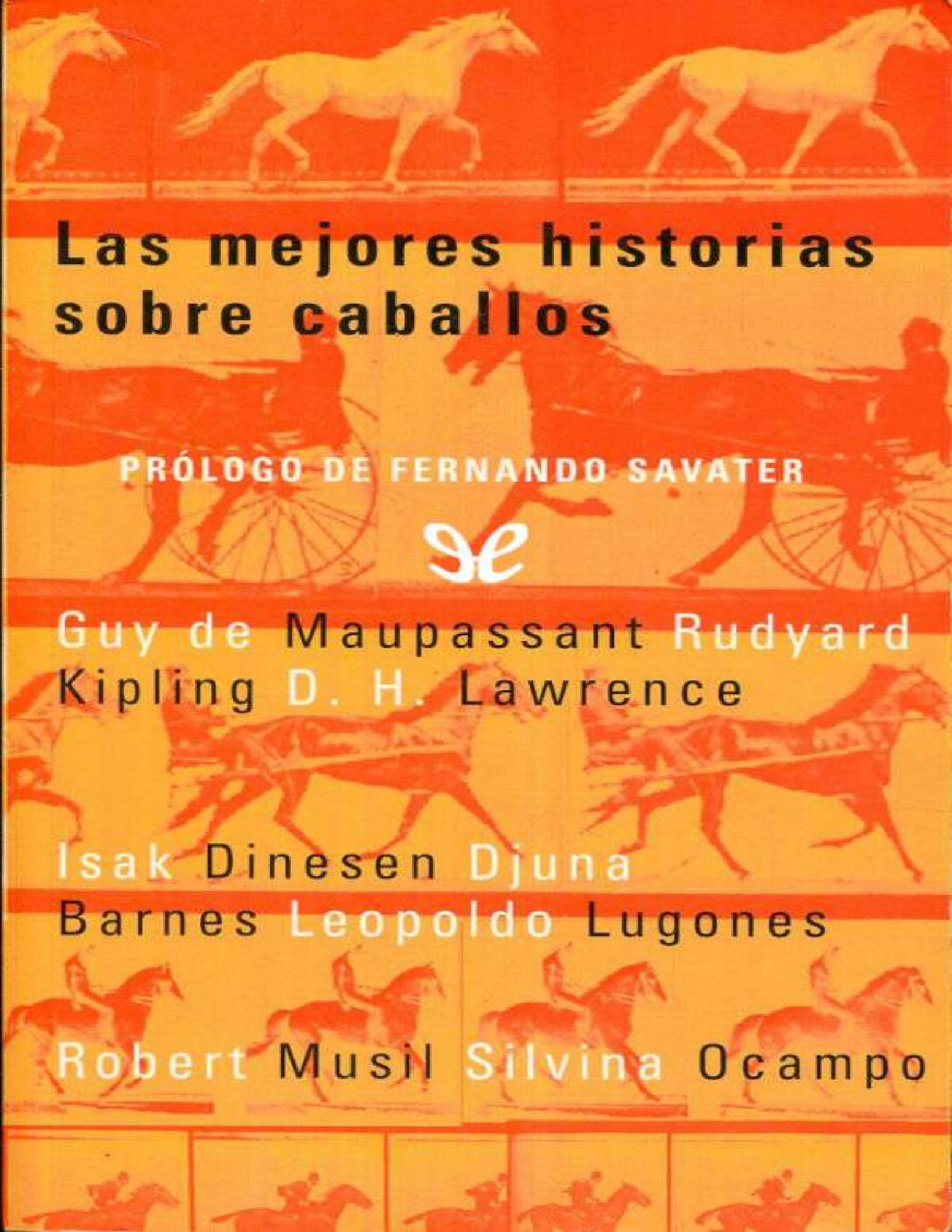


The background of the book cover is a collage of various images related to horses, all in shades of orange and red. At the top, there are three horses running in a row. Below them, there are two horse-drawn carriages with drivers. In the middle, there are two horses running side-by-side. At the bottom, there are several smaller images of horses and riders, some of which are framed in a grid-like pattern.

Las mejores historias sobre caballos

PRÓLOGO DE FERNANDO SAVATER



Guy de Maupassant Rudyard
Kipling D. H. Lawrence

Isak Dinesen Djuna
Barnes Leopoldo Lugones

Robert Musil Silvina Ocampo

En esta tercera entrega de cuentos sobre animales, tras la excepcional acogida de *Las mejores historias sobre perros* y *Las mejores historias sobre gatos* (publicados en esta misma colección), el protagonista es el caballo: un animal que desde siempre ha sabido inspirar sueños y leyendas en la imaginación de casi todas las culturas. Todos recordamos alguna historia en donde él es también protagonista como ser mitológico, Pegaso o los centauros, o como fiel compañero de algún héroe, Rocinante o Babieca.

Esta selección nos ofrece una rica y variada antología de cuentos que nos hablan de su inteligencia, lealtad, amistad y entrega, pero también de su temperamento independiente y a veces temible. Distintos autores clásicos y modernos nos ofrecen aquí sus propias experiencias o fantasías con este bello y noble animal.

**LAS MEJORES
HISTORIAS SOBRE
CABALLOS**

Prólogo de
Fernando Savater

Traducciones de
Anne-Hélène Suárez, Elisa Lucena,
Francisco Torres Oliver y otros

LOS HIJOS DE QUIRÓN

Fernando Savater

¿Milenios, decís? Los tres últimos han pasado para nosotros a una de caballo. No sólo me refiero a que hayan transcurrido rápidamente —falta el testimonio de alguien tan longevo que pudiera transmitirnos sus impresiones al respecto— sino que la humanidad ha *cabalgado* sin cesar a través de ellos. Sin caballos, no hay historia humana. Mejor dicho, no hay historias humanas porque aparecen constantemente en todas ellas: los caballos impetratorios de Altamira, los corceles de Diomedes, el Caballo de Troya, Bucéfalo (al que Alejandro domeñó cegándolo con el sol), aquel equino ascendido —o degradado— a senador por Calígula, el corcel malfamado que montó Atila (donde pisaba no volvía a crecer la hierba), los caballos que Mahoma reservó para el paraíso de los creyentes y a los que calificó de «hermosos como el mar», los caballos que los conquistadores españoles llevaron a América y a los que dedicó una oda famosa el modernista Santos Chocano, la tristeza metafísica de Rocinante o la mixtificación de Clavileño, el caballo que montaba Fabricio del Dongo en Austerlitz, aquella yegua a cuyos encantos fue postergada momentáneamente Ana Karenina por su amante, los caballos mártires de Balaclava y esos otros de la caballería polaca cuando cargó contra los tanques alemanes en el preludio de la segunda guerra mundial, los ganadores a lo largo de doscientos veintiún años —la cifra domiciliaria de

Sherlock Holmes— del Derby de Epsom, el *dark horse* del *Ulises* de James Joyce, los caballos de la diligencia de John Ford y de todos los restantes *westerns*, los minúsculos *ponies* que divierten a los niños junto a los caballitos del ti vivo, los percherones que tantos surcos han arado y tanto peso arrastraron para que construyésemos nuestro presente de caballos de vapor, de caballos de gasóleo, de caballos atómicos y blindados...

El comprometido y memorable proyecto de san Pablo fue «serlo todo para todos». Sin alharaca misionera, los caballos lo han sido realmente todo para los hombres a lo largo de pacientes milenios, les han transportado y han trabajado con ellos, han compartido sus batallas sanguinarias y sus desfiles triunfales, han navegado con ellos, han muerto en las plazas de toros, les han servido de alimento, de juego, de compañía y hasta de orgullo en las estatuas sobre las que inmisericordes se cagan las palomas en las plazas de tantas ciudades...

En buena medida, las diversas estirpes y variedades equinas son un invento humano. Un antiguo mito habla de los centauros, cuyo padre es Quirón, que educó nada menos que al propio Hércules. Los centauros, como es bien sabido, fueron caballos con torso y cabeza humana, es decir, mitad naturaleza y mitad inteligencia razonante. Todos los caballos que hemos frecuentado a lo largo de milenios son también a medias humanos, porque han nacido de formas de cría doméstica orientadas a potenciar tal o cual aspecto de sus muchas capacidades, aquéllos cuya colaboración resultaba más imprescindible para esos proyectos nuestros que arrogantemente denominamos «civilizados». De modo que cada corcel y cada modesto jaco pueden reclamarse herederos putativos de Quirón.

Pero ¿no puede decirse también lo mismo de nosotros, dueños e inventores de la humanidad? Lo que somos, lo que hemos conseguido ser, no se explica ni resulta imaginable sin la complicidad perpetua de los caballos. Inevitablemente somos ya también en parte equinos y no sólo los caballeros... sino incluso las damas que más respingan ante el olor tonificante del estiércol. En la leyenda y en la historia, en la fama y en la ignominia —«¡mi reino por un caballo!»— dependemos de la montura, el arnés, la fusta y el estribo. Quizá el milenio que inauguramos prescinda de los equinos: entramos en una época que considera un progreso arrinconar o

sustituir a quienes tan útiles nos han sido. Pero tras preguntarnos con displicencia «¿qué será de los caballos sin los hombres?» quizá debamos plantearnos otra interrogación más inquietante: «¿seguiremos siendo hombres, ya sin caballos?».

En esta antología se nos narran cuentos de cuando aún no había ocurrido ese divorcio de consecuencias tan imprevisibles. Todos son sin duda notables, pero declaro mi preferencia por tres de ellos, de tono fantástico: el de Leopoldo Lugones, con sus caballos rebeldes y el final espléndido en que el discípulo de Quirón llega para rescatar a los humanos asediados; el mágico y delicadísimo de Isak Dinesen, en que los caballos se convierten en las joyas que sin duda son para quien sabe apreciarlos; y el angustioso de D.H. Lawrence (sobre el que se hizo en los años cincuenta una película no menos inquietante) que leí en otra antología remota de mi niñez y cuya fascinación agobiada me ha acompañado desde entonces. No sé si dentro de cien años habrá ya cuentos de caballos y hombres; estoy seguro, en cualquier caso, de que los lectores del futuro deberán acudir a éstos que ahora presentamos o a otros semejantes para poder recordar el aroma perdido de su propia humanidad.

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque —según se decía él a sí mismo— no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera, que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, 1,

EL BURRO Y EL CABALLO

Marcel Aymé

[Traducción de Anne-Hélène Suárez]

Delphine y Marinette se acostaron cada una en su cama pero, como brillaba un gran claro de luna que entraba hasta su habitación, no se durmieron enseguida.

—¿Sabes lo que me gustaría ser? —dijo Marinette, que era algo más rubia que su hermana—. Un caballo. Sí, me encantaría ser un caballo. Tendría cuatro buenos cascos, unas crines, una cola, y correría más que nadie. Por supuesto, sería un caballo blanco.

—Yo no pido tanto —dijo Delphine—. Me conformaría con ser un burro gris con una mancha blanca en la cabeza. También tendría cuatro cascos, y dos orejotas que movería para divertirme. Y, sobre todo, tendría una mirada dulce.

Charlaron todavía un rato, y el sueño las sorprendió cuando expresaban una vez más el deseo, Marinette de ser un caballo, y Delphine de ser un burro gris con una mancha blanca en la cabeza. La luna se puso aproximadamente una hora más tarde. La siguió una noche negra y espesa como nunca la había habido igual. Varias personas del pueblo dijeron al día siguiente que habían oído en las tinieblas un ruido de cadenas y, al mismo tiempo, una musiquilla tenue y el silbido de la tormenta, pese a que el

viento no había soplado en ningún momento. El gato de casa, que sin duda estaba al corriente de muchas cosas, pasó varias veces bajo las ventanas de las niñas y las llamó lo más fuerte que pudo, pero dormían tan profundamente que no lo oyeron. El gato envió al perro, pero éste no tuvo más éxito.

Muy de mañana, Marinette entreabrió los ojos, y le pareció que entre las pestañas veía en la cama de su hermana un par de orejas velludas agitarse sobre la almohada. Ella misma se sentía incómoda en su postura tumbada, físicamente molesta, como enredada en las sábanas y las mantas. No obstante, el sueño venció a la curiosidad, y se le cerraron los párpados. Delphine, también somnolienta, echó una rápida ojeada a la cama de su hermana. La encontró muy voluminosa, sorprendentemente abultada; sin embargo, volvió a quedarse dormida. Un ratito después, se despertaron de verdad y bizquearon mirándose la parte inferior del rostro, que les parecía haberse alargado y haber cambiado de aspecto. Al volverse hacia la cama de Marinette, Delphine lanzó un chillido. En lugar de la cabeza rubia que esperaba ver sobre la almohada, había una cabeza de caballo. Por su parte, Marinette no quedó menos sorprendida de encontrarse de frente una cara de burro y también lanzó un chillido. Las pobres hermanas, con los ojos como platos, estiraban el cuello fuera de sus respectivas camas para mirarse desde más cerca, sin comprender lo que les había sucedido. Cada cual se preguntaba dónde podía haberse metido su hermana y por qué se había instalado una bestia en su cama. A Marinette casi le entraron ganas de reír pero, al examinarse a sí misma, vio su pecho y sus extremidades peludas, provistas de cascos, y comprendió que los deseos de la víspera se habían cumplido. Delphine también se miraba el vello gris, las pezuñas, la sombra de sus largas orejas sobre la sábana blanca, y comprendió la verdad. Lanzó un suspiro que hizo mucho ruido al pasar por sus blandos bellos.

—¿Eres tú, Marinette? —preguntó a su hermana con una voz temblorosa que ya no reconocía.

—Sí —contestó Marinette—. ¿Eres tú, Delphine?

No sin dificultad, bajaron de sus respectivas camas y se pusieron a cuatro patas. Delphine, convertida en un hermoso burrito, era mucho más

pequeña que su hermana, un sólido perdieron que le sacaba una cabeza larga.

—Tienes un pelo muy bonito —dijo a su hermana—, y si te vieras las crines, creo que estarías contenta...

Pero el pobre caballo no pensaba en correr. Contemplaba su vestidito de niña depositado la noche anterior sobre una silla al pie de la cama, y la idea de que quizá no podría volver a ponérselo nunca más lo llenaba de tristeza y estremecía sus patas. El burro gris hacía lo que podía por tranquilizarlo y, viendo que cuanto decía resultaba inútil, le acariciaba el cuello con el hocico o con sus grandes y suaves orejas. Cuando su madre entró en la habitación, estaban apretados uno contra el otro, el caballo inclinando la cabeza sobre la del burrito, y ninguno de los dos se atrevió a levantar la mirada. La mujer encontró peregrina la idea que habían tenido sus hijas de meter en el dormitorio esos dos animales que ni siquiera pertenecían a sus padres, y se declaró muy enfadada.

—Por cierto, ¿dónde están mis dos revoltosas? Tienen que estar escondidas en la habitación, puesto que sus vestidos están encima de las sillas. ¡Vamos, salid de vuestros escondites! No estoy de humor para juegos...

Al no ver venir nada, la madre fue a palpar las camas y, mientras se agachaba para mirar por debajo, oyó musitar:

—Mamá... mamá...

—Sí, sí, ya os oigo, ya... Vamos, salid. Tengo que deciros que no me tenéis nada contenta...

—Mamá... mamá... —oyó de nuevo.

Y eran voces roncadas y afligidas que apenas reconocía. Al no encontrar a sus hijas en el dormitorio, se volvió para interrogarlas, pero la triste mirada que el burro y el caballo le dirigían la sobrecogió. Fue el burro el primero en hablar:

—Mamá —dijo—, no busques ni a Marinette ni a Delphine... ¿Ves este caballo? Pues es Marinette, y yo soy Delphine.

—Pero ¿qué me cuentas? ¡Veo perfectamente que no sois mis hijas!

—Que sí, mamá —dijo Marinette—, que somos tus dos hijas...

La pobre madre acabó reconociendo las voces de Marinette y Delphine. Apoyando sendas cabezas sobre los hombros de la mujer, lloraron un buen rato con ella.

—Quedaos aquí un momento —les dijo—. Voy a buscar a vuestro padre.

Vino el padre y, después de mucho llorar, reflexionó sobre la nueva vida que imponía a sus hijas ese cambio de estado. Para empezar, ya no podrían alojarse en su habitación, que resultaba demasiado exigua para esos grandes animales. Lo mejor que se podía hacer era instalarlas en la cuadra con un lecho de paja fresca y un pesebre bien provisto de heno. Caminando detrás de ellas, el padre las siguió hasta el patio y, mirando el caballo, murmuró distraídamente:

—Hay que reconocer que es una hermosa bestia.

Cuando hacía bueno, el burro y el caballo no paraban mucho tiempo en la cuadra y se iban por los prados, donde pasaban el tiempo pastando y hablando de las niñas que fueron.

—¿Recuerdas —decía el caballo— un día en que estábamos en este prado, y vino un ganso y nos quitó la pelota?

—Y nos mordió las pantorrillas...

Y los dos animales acababan deshaciéndose en lágrimas. A las horas de comer, mientras almorzaban sus padres, se sentaban en la cocina, junto al perro, y seguían con tierna mirada todos los gestos de sus progenitores. Pero al cabo de unos días se les hizo comprender que eran demasiado grandes, que estorbaban y que su sitio no era la cocina. Tuvieron que conformarse con asomar la cabeza por la ventana, desde el patio. Los padres seguían muy afligidos por la aventura ocurrida a Delphine y Marinette, pero al cabo de un mes ya no pensaron tanto en ello y se acostumbraron muy bien a ver el burro y el caballo. En definitiva, las trataban con menos atención. Por ejemplo, la madre ya no se tomaba la molestia, como en los primeros días, de anudar la crin del caballo con el lazo de Marinette, ni de abrochar el reloj a la pata del burro. Y, un día en que el padre estaba comiendo y de mal humor, al ver los dos animales asomar por la ventana entreabierta, les espetó:

—¡Vamos, fuera de ahí los dos! No es cosa de bestias fisgonear todo el rato en la cocina... Además, ¿qué hacéis en el patio a cualquier hora del día? ¿Qué queréis que parezca la casa? ¡Ayer os vi en el jardín, que ya es el colmo! A partir de ahora, os quedaréis en el prado o en la cuadra.

Se alejaron cabizbajos, más desdichados que nunca. A partir de ese día, se guardaron bien de no cruzarse con el padre y ya no lo vieron más que en la cuadra, adonde iba a hacerles el lecho de paja. Los padres les parecían más temibles que antes, y siempre se sentían culpables de no sabían qué falta.

Un domingo por la tarde, mientras pastaban en un prado, vieron venir a su tío Alfred. De lejos, dijo a voces a los padres:

—¡Hola! ¡Soy yo, el tío Alfred! Vengo a veros y a saludar a las niñas... Pero ¿cómo es que no las veo?

—No estás de suerte —contestaron los padres—. ¡Precisamente hoy están en casa de su tía Jeanne!

El burro y el caballo tenían ganas de decir al tío Alfred que las niñas no habían abandonado la casa y que se habían convertido en los pobres animales que tenía ante los ojos. El tío Alfred no habría sabido hacer nada por cambiar su estado, pero podría haber llorado con ellas, lo cual ya era algo. Pero no se atrevieron a hablar, por miedo a irritar a los padres.

—Vaya —dijo el tío Alfred—, sentiré no haber visto a mis dos rubitas... Pero veo que tenéis un caballo muy hermoso y un buen burro. No los había visto nunca, y no los mencionasteis en vuestra última carta.

—No hace ni un mes que están en la cuadra.

Al acariciar a los dos animales, el tío Alfred quedó muy sorprendido de la dulzura de sus miradas y de la complacencia con que ofrecían el cuello a los mimos. Lo estuvo mucho más cuando el caballo dobló las rodillas ante él y le dijo:

—Debe de estar muy cansado, tío Alfred. Súbase a mi lomo y yo lo llevaré hasta la cocina.

—Déme su paraguas —dijo el burro—, no hace falta que vaya cargando con él. Cuélguemelo en una oreja.

—Sois muy amables —contestó el tío Alfred—, pero para tan poco trecho no hace falta que os molestéis.

—Nos habría hecho ilusión —suspiró el burrito.

—Vamos —interrumpieron los padres—, dejad en paz a vuestro tío, id al fondo del prado. Vuestro tío ya os ha visto bastante.

Esa manera de decir «vuestro tío» hablando de él a un burro y a un caballo extrañó un poco al visitante. Pero como sentía simpatía por los dos animales, no se ofendió en absoluto. Al alejarse hacia la casa, se volvió varias veces para saludarlos con el paraguas.

Al poco tiempo, la comida empezó a ser menos abundante. La provisión de heno había disminuido mucho, y los padres reservaban una parte para los bueyes y las vacas, que merecían, ya fuera por su trabajo o por la calidad de su leche, cuidados particulares. En cuanto a la avena, hacía ya mucho que el burro y el caballo ni la veían siquiera. Ya no les permitían ir a los prados, porque había que dejar crecer la hierba en previsión de la cosecha de heno. Ya no encontraban pasto más que en las cunetas y taludes de los caminos.

Los padres no eran lo bastante ricos para alimentar todos esos animales y decidieron vender los bueyes y poner el burro y el caballo a trabajar. Así pues, una mañana, el padre enganchó el caballo al coche, mientras la madre llevaba al mercado de la ciudad el burro cargado con dos sacos de verduras. El primer día, los padres mostraron mucha paciencia. Al día siguiente, se limitaron a hacerles algunas observaciones. Luego les hicieron violentos reproches, enfureciéndose hasta el punto de insultarlos. El caballo se asustaba tanto que perdía la dirección, no entendía «arre» ni «ria». Entonces el padre tiraba tan fuerte de las riendas que al caballo se le escapaba un relincho de dolor por el freno que le lastimaba cruelmente los belfos.

Un día en que el carruaje estaba en una pendiente muy fuerte, el caballo, jadeante, avanzaba con dificultad y se detenía a cada poco. Llevaba una carga pesada y aún no estaba entrenado para hacer tanto esfuerzo. Sentado en el coche, riendas en mano, el padre se impacientaba por su lentitud y por las pausas demasiado frecuentes que hacían laboriosos los arranques. Al principio se había limitado a animarlo chasqueando la lengua. Al no verse satisfecho, se puso a decir barbaridades y se le escapó que nunca había visto un penco tan desastroso. Sobrecoigido, el caballo se detuvo en seco, y las patas le flaquearon.

—¡Vamos, arre! —gritó el padre—. ¡Arre de una vez, mala bestia! ¡Ahora verás si avanzas o no!

Furioso, lo amenazó varias veces con el látigo y le azotó los flancos. El caballo no se quejó, pero se volvió hacia su padre y lo miró con tanta tristeza que al hombre se le cayó el látigo de las manos, y enrojeció hasta las orejas. Bajó del coche y fue a abrazar a su caballo y a pedirle perdón por haberse permitido tanta dureza.

—Olvidaba lo que sigues siendo para mí. ¿Entiendes?, me parecía que eras un simple caballo.

—Aun así —dijo el animal—. Aunque hubiera sido un simple caballo, no habría que azotarlo tan fuerte.

El padre prometió que en adelante se guardaría de dejarse llevar por esos arrebatos, y es verdad que estuvo tiempo sin volver a usar su látigo. Pero, un día en que el tiempo apremiaba, no aguantó más y lo golpeó en las patas. No tardó en acostumbrarse, y empezó a azotar al animal casi sin darse cuenta. Cuando sentía algún asomo de remordimiento, decía encogiéndose de hombros:

—O se tiene un caballo, o no se tiene. Hay que hacerse obedecer, digo yo.

La situación del burro no era mucho más envidiable. Cada mañana, con un pesado fardo sobre el lomo, iba al mercado de la ciudad hiciera el tiempo que hiciera. Cuando llovía, su madre abría el paraguas, pero no se preocupaba de si al burro se le mojaba el pelo.

—Antes —decía—, cuando era una niña, no me habrías dejado mojarme así.

—Si hubiera que tener con los burros todos los miramientos que uno tiene con sus hijos —contestaba la madre—, no servirías para gran cosa, y no sé muy bien qué haríamos contigo.

Igual que el caballo, recibía sus palizas. Como suele pasar a los burros, a veces se mostraba muy terco. En algunos cruces, se detenía sin que se supiera por qué y se negaba a avanzar. La madre intentaba convencerlo con suavidad.

—Vamos —decía, acariciándolo—, sé razonable, mi pequeña Delphine. Siempre has sido una buena hija, una niña obediente...

—Ya no hay ninguna pequeña Delphine —replicaba el burro sin enfadarse—. Sólo un asno que no quiere moverse.

—Venga, no seas cabezota, ya sabes que no te conviene. Contaré hasta diez. Piénsatelo.

—¡Ya está pensado!

—Uno, dos, tres, cuatro...

—¡No pienso dar ni un paso!

—... cinco, seis, siete...

—¡Antes, que me corten las orejas!

—... ocho, nueve, ¡diez! ¡Tú lo has querido, mala bestia!

Y recibía en el lomo una tunda de palos que siempre acababa por decidirlo. Pero lo más penoso, en la nueva vida del burro y del caballo, era la separación. En la escuela o en casa, Delphine y Marinette nunca se habían separado ni una hora. Burro y caballo, trabajaban cada cual por su lado y, por las noches, en la cuadra, se encontraban tan derrengados, que apenas tenían tiempo, antes de quedarse dormidos, de intercambiar unas cuantas quejas acerca de la dureza de sus amos. De modo que esperaban con impaciencia el descanso del domingo. Ese día no tenían nada que hacer y pasaban el tiempo juntos fuera o en la cuadra. Habían conseguido de sus padres que los dejaran jugar con una muñeca que tenían tumbada en el pesebre sobre un lecho de paja. Al no tener manos para cogerla, no podían ni mecerla, ni vestirla, ni peinarla, ni prodigarle ninguno de los cuidados que normalmente exigen las muñecas. El juego consistía básicamente en mirarla y hablarle.

—Soy tu mamá Marinette —decía el caballo—. ¡Ay, ya veo que me encuentras algo cambiada!

—Soy tu mamá Delphine —decía el burrito—. No prestes mucha atención a mis orejas.

Por la tarde, iban a pastar por los caminos y hablaban largo y tendido de sus miserias. El caballo, que tenía más genio que su compañero, pronunciaba contra sus amos palabras llenas de rabia.

—Lo que me extraña —decía—, es que los demás animales acepten que se los trate con tanta dureza. ¡Nosotros todavía, que somos de la casa! Sé

perfectamente que, si no fueran mis padres, me habría escapado hace ya tiempo.

Al decirlo, el caballo no podía retener el llanto, y el burrito hipaba con todas sus fuerzas.

Un domingo por la mañana, los padres acompañaron a la cuadra a un hombre que tenía una voz muy potente y llevaba una bata azul. Se detuvo detrás del caballo y dijo a los padres, que lo seguían:

—¡Éste es mi animal! Es el que vi el otro día trotando por la carretera. Tengo buena memoria y, una vez que veo un caballo, lo reconozco entre mil. Claro que es mi oficio, todo hay que decirlo.

Se echó a reír y añadió, dando al caballo una palmada amistosa:

—No es más feo que otros. Incluso diría que me gusta bastante.

—Se lo hemos enseñado porque usted se ha empeñado —dijeron los padres—. Pero de lo demás, ni hablar.

—Es lo que se dice siempre —dijo el hombre—, y luego se cambia de opinión.

Entretanto, daba vueltas alrededor del caballo, lo observaba de cerca, le palpaba el vientre y las extremidades.

—¡Pare de una vez! —le dijo el caballo—. ¡No me gustan estos modales!

El hombre se limitó a reírse y, levantándole los bellos, se puso a examinarle los dientes. Acto seguido, se volvió hacia los padres:

—¿Y si añadiera doscientos? —propuso.

—No, no —contestaron los padres sacudiendo la cabeza—. Ni doscientos, ni trescientos... ¡No se moleste en insistir!

—¿Y si añadiera quinientos?

Los padres tardaron un poco en responder. Se habían puesto colorados y no se atrevían a mirarlo.

—No —musitó por fin la madre, tan bajo que apenas se la oyó—. No y no.

—¿Y si añadiera mil? —exclamó el hombre de la bata azul, y tenía un vozarrón de ogro que ya empezaba a asustar al caballo y al burro—. ¿Eh, y si añadiera mil más?

El padre quiso contestar algo, pero la voz se le empañó, se puso a toser e hizo entender al hombre con una seña que fuera estarían más a gusto para hablar. Salieron al patio y no tardaron en ponerse de acuerdo.

—Me parece bien el precio —dijo el hombre—. Pero, antes de comprarlo, quiero verlo caminar y galopar.

Apenas oyó estas palabras, el gato, que sesteaba sobre el brocal del pozo, corrió a la cuadra y dijo al oído del caballo:

—Cuando los amos te hagan salir al patio, harías bien en cojear de una pata todo el tiempo que ese hombre te esté mirando.

El caballo oyó el consejo y, al cruzar el umbral de la cuadra, fingió sentir mucho dolor en una pata y se puso a cojear.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo el hombre a los padres—. No me habían dicho que le dolía una pata. Eso cambia las cosas.

—Sólo puede ser un capricho —afirmaron los padres—. Esta mañana tenía las cuatro patas la mar de sanas.

Pero el hombre no quiso saber nada y se marchó sin mirar el caballo. Los padres lo devolvieron a la cuadra, no sin mal humor.

—¡Lo has hecho a propósito! —regañó el padre—. ¡Maldito jamelgo, estoy seguro de que lo ha hecho adrede!

—¿Maldito jamelgo? —replicó el burrito—. ¡Vaya una manera agradable de llamar a la hija pequeña! ¡Sí que honra a los padres!

—No tengo por qué hacer caso a los consejos de un borrico —respondió el padre—. Pero, por una vez y porque es domingo, me tomaré la molestia de contestar a tus insolencias. Diríase al oírte que de verdad somos los padres de un caballo y un burro. Si os habéis creído que hemos aceptado un embuste tan tonto, desengañaos. Ya me contaréis qué persona en sus cabales oiría contar sin encogerse de hombros que dos niñas se han convertido una en un caballo y la otra en un burro. La verdad es que sois dos animales y punto. Y ni siquiera puedo decir que seáis animales modélicos, ni muchísimo menos.

Al principio, el burrito no encontró nada que replicar, de la pena que le dio verse así renegado por sus padres. Fue a frotar su cabeza contra la del caballo para decirle que, aunque sus padres lo olvidaran, siempre podría contar con su compañero de cuadra.

—Con mis cuatro patas y mis orejotas, sigo siendo tu hermana Delphine, ¡por mucho que digan!

—Mamá —preguntó el caballo—, ¿tú también crees que no somos tus hijas?

—Sois buenas bestias —contestó la madre, algo incómoda—, pero sé perfectamente que no podéis ser mis hijas.

—No os parecéis en nada a ellas —afirmó el padre—. ¡Además, ya está bien de historias! Vámonos, mujer.

Los padres salieron de la cuadra, aunque no tan deprisa como para que el burrito no tuviera tiempo de decir:

—Ya que estáis tan seguros de que no somos vuestras hijas, encuentro que es una ligereza no preocuparos por ellas. ¡Vaya unos padres, que una mañana ven desaparecer a sus hijas y les da exactamente igual! ¿Las habéis buscado en el pozo, en el estanque, en los bosques? ¿Habéis preguntado por ellas a los gitanos?

Los padres no contestaron pero, cuando estuvieron en el patio, la madre dijo suspirando:

—Oye... ¿y si fueran las niñas?

—¡Qué va! —rezongó el padre—. ¡Pero qué dices! Tenemos que acabar de una vez con estas tonterías. Nunca se ha visto que una niña, ni siquiera una persona mayor, se transforme en borrico ni en ningún otro animal. Al principio fuimos lo bastante simples para creernos lo que esas bestias nos dijeron, pero sería ridículo que siguiéramos creyéndolo.

Los padres fingieron no abrigar la menor duda sobre la cuestión, y quizá fueran sinceros. En cualquier caso, no se informaron en ninguna parte de si habían visto a Delphine y Marinette y no hablaron a nadie de su desaparición. Cuando alguien preguntaba por las pequeñas, ellos contestaban que estaban en casa de la tía Jeanne. A veces, cuando los padres se encontraban en la cuadra, el burro y el caballo les cantaban una cancioncilla que el padre había enseñado antaño a sus hijas.

—¿No reconoces la canción que nos enseñaste? —decían.

—Sí —contestaba el padre—, la reconozco, pero es una canción que se puede aprender en cualquier sitio.

Tras varios meses de duro trabajo, el burro y el caballo acabaron por olvidar lo que habían sido en otros tiempos. Si por ventura lo recordaban, era como un cuento que ya no se creían sino a medias. Además, sus recuerdos no concordaban. Los dos pretendían haber sido Marinette y, un día en que se habían peleado precisamente por eso, decidieron no volver a hablar nunca más del tema. Cada día se interesaban más por su oficio, por su condición de animales domésticos, y encontraban natural que sus amos los molieran a palos.

—Esta mañana —dijo el caballo—, me han azotado las piernas, y lo tenía bien merecido. Nunca había estado tan despistado.

—Pues yo —decía el burrito—, como siempre. Me han dado una paliza por cabezota. Ya va siendo hora de que me corrija.

Ya no jugaban con la muñeca y no entendían que eso hubiera podido servir para jugar. Ahora veían venir el domingo casi sin ilusión. Los días de reposo les parecían más largos por cuanto no tenían gran cosa que decirse. Su mejor distracción consistía en discutir sobre si era más armonioso rebuznar o relinchar. Al final acababan insultándose y llamándose borrico y jamelgo.

Los padres estaban contentos con su caballo y su burrito. Decían no haber visto nunca unas bestias tan dóciles y se felicitaban del servicio que les hacían. De hecho, el trabajo de esos animales los había enriquecido, y cada uno se compró un par de zapatos.

Una mañana muy temprano, el padre entró en la cuadra para dar avena a su caballo y tuvo una sorpresa. Tendidas en la paja, en lugar de los animales, había dos niñas, Delphine y Marinette. El pobre hombre no podía creer lo que veía, y pensaba en su caballo al que no volvería a ver. Fue a informar a la madre y volvió con ella a la cuadra para recoger a las dos niñas y, dormidas, llevarlas a la cama.

Cuando Delphine y Marinette se despertaron, ya era hora de ir a la escuela. Parecían atontadas y casi no sabían usar las manos. En clase, no hicieron más que meter la pata y contestar mal todas las preguntas. La maestra declaró no haber visto nunca unas niñas tan tontas y les puso a cada una diez puntos negativos. Fue un día triste para ellas. Al ver las malas

notas, los padres, que estaban de un humor de perros, las castigaron a pan y agua.

Afortunadamente, las niñas no tardaron en recobrar sus costumbres. Fueron muy buenas alumnas y ya sólo trajeron buenas notas. En casa, su comportamiento era igualmente ejemplar y, a menos de mostrarse injusto, no había ninguna razón para hacerles un reproche. Los padres se sentían muy felices de haber recuperado a las dos niñas a quienes querían con tanta ternura, ya que eran, en el fondo, unos padres excelentes.

LOS CABALLOS FANTASMALES

Isak Dinesen

[Traducción de Maribel de Juan]

Una niña yacía enferma en una casa grande. Mejoró y luego tuvo una súbita recaída, de la cual al parecer se negaba a recuperarse.

El médico famoso al que habían hecho venir de la ciudad afirmó que ya estaba repuesta y que debía levantarse. Pero la niña yacía en su cama lánguida y lacia como una muñeca de trapo. Cuando las personas que la rodeaban le hablaban, ella permanecía con los ojos cerrados, pero cuando creía que nadie la miraba los abría y se quedaba con la mirada perdida y triste, y a veces grandes lagrimones se derramaban por debajo de sus largas pestañas. No quería comer ni hablar, y cuando sus enfermeras trataban de conseguir con halagos que se pusiera de pie, ella gritaba que le hacían daño.

La niña tenía seis años y había sido bautizada con el nombre de Oenone, pero en la vida cotidiana la llamaban Nonny. Era una niña preciosa, con el cabello negro y abundante y los ojos azules. Era hija única y había sido mimada toda su vida; su camita de enferma estaba rodeada de espléndidos juguetes.

La casa en la que vivía tenía doscientos años y era un majestuoso edificio gris en medio de un gran parque. Había pertenecido a la misma familia durante muchas generaciones, y se contaban extrañas y románticas historias acerca de la mansión. En la sala, un padre había perdido a su única hija en una partida de faraón. Un duelo fatal había tenido lugar en el vestíbulo. Un siglo antes, la joven dueña de la casa había abandonado a su marido y se había fugado con el apuesto mozo de cuadras, llevándose las joyas de la familia.

La madre de Nonny había heredado la casa de una anciana tía y ella y su marido habían disfrutado mucho modernizándola. Ahora había una radio en cada habitación y habían convertido los viejos establos en magníficos garajes.

El médico le dijo a la madre de Nonny:

—Nos enfrentamos a un caso insólito, mi querida señora. Ante nosotros se está haciendo una elección entre la vida y la muerte, y la persona que está a punto de hacer esa elección ¡tiene seis años! Además, Nonny es una niña con una fuerza de voluntad excepcional.

—Doctor, ¿qué quiere usted decir?

—Generalmente, el mundo de un niño —respondió el médico— gira en torno a una sola personalidad magnética. Es natural que sea la de una madre joven y admirada. Durante tres semanas ha estado usted dedicada por entero a Nonny, ahora ella no permite que esta feliz situación cambie. Se empeña en estar enferma, para que usted siga preocupada por ella; puede que se empeñe en morirse, para que usted la eche de menos.

—¿Qué puedo hacer? —exclamó la hermosa mujer—. ¿Acaso tenemos que ser una maldición para las personas que amamos? —añadió al cabo de un momento, con lágrimas en los ojos.

—Debe usted marcharse —dijo el médico—. Y Nonny ha de comprender que sólo cuando esté perfectamente bien volverá usted a ella y que entonces estarán juntas para siempre. Su marido ha estado hablando de un viaje de dos semanas recorriendo Francia en coche. Mi consejo es que emprendan ese viaje mañana.

La madre de Nonny miró al médico y luego miró por la ventana.

—Deja usted a la niña en muy buenas manos —continuó el médico—. La señorita Anderson es una persona seria y digna de confianza, la señorita Brown es una enfermera titulada y la niñerita sueca le tiene mucho cariño a la chiquilla. Yo vendré a verla todos los días.

—Puede que sea una buena idea marcharnos —dijo la madre despacio.

—Nosotros cuatro —dijo el médico— le hablaremos de usted a Nonny todos los días y le diremos que cuanto antes se ponga buena, antes volverá usted. Entonces nuestra obstinada jovencita se concentrará en curarse, no en morirse.

—Mi hermano llega mañana de París —dijo la madre de Nonny—. Le he enviado un telegrama.

—¿Su hermano el pintor? —preguntó el médico—. ¿El joven que le hace unos dibujos tan divertidos a Nonny? Es exactamente la persona que nos conviene. Él le describirá su viaje a la niña día a día y además se lo ilustrará.

Así que la madre de Nonny partió para Francia con su marido en su gran coche nuevo.

Dio la casualidad de que se encontró con su hermano en el puerto marítimo. Comieron juntos en un hotel y después de comer, cuando Peter, el marido, se fue a echarle un vistazo al coche, los dos tuvieron una larga conversación mientras tomaban café.

Eran gemelos y muy parecidos, tanto que sus amigos les llamaban Sebastian y Viola. Siempre habían sido grandes amigos. Cedric había sorprendido a la familia primero al querer ser pintor y luego al hacerse un nombre como tal. Vivía en París, en un círculo de artistas de los que tenía una excelente opinión, mientras que era modesto respecto a su propia obra. Era un joven de aspecto agradable, modales suaves y con la clase de equilibrio que se encuentra en muchachos cuya familia ha vivido durante generaciones en una situación económica inalterada, sea muy buena o muy mala.

Annabelle le contó a su hermano que el mundo de un niño se centra en una sola personalidad magnética y que se iba a Francia para salvarle la vida a Nonny. Él debía hablarle de ella a todas horas, decirle a Nonny que su madre volvería en cuanto ella estuviera perfectamente bien, y enviarle

informes de los progresos de la niña a varias direcciones en Francia. Cedric prometió hacer todo lo que le pedía.

—Pero ésa no es la razón por la que me mandaste un telegrama pidiéndome que viniera —dijo.

—No —dijo Annabelle. Hizo una pausa—. Quería pedirte consejo. A menudo había querido su consejo anteriormente.

—Estoy a tu disposición —dijo él.

—Sí, eso es fácil de decir —contestó Annabelle—, pero la cuestión es que Peter y yo hemos estado gastando más dinero del que tenemos. Vivir por encima de las propias posibilidades, es como lo llama la gente.

—¿De veras? —preguntó Cedric sorprendido.

—Por el amor de Dios, no empieces a regañarme —dijo Annabelle—. Vivir por encima de las propias posibilidades es terriblemente desagradable. Yo no lo puedo soportar. Tampoco tú podrías, ¿verdad?

—No —dijo Cedric, que vivía muy austeramente en París.

—¿Lo ves? —dijo su hermana—. Últimamente nos ha surgido una maravillosa oportunidad. Peter siempre ha querido trabajar en algo. Ahora sir Maurice Mendoza le ha ofrecido entrar en su empresa como socio. Es un trabajo ideal para Peter. ¿No crees que es maravilloso?

—Sí —dijo el hermano.

—Sí, ¿verdad? —dijo la hermana—. Y yo ¿qué?

—Eso, y tú ¿qué opinas?

—Oh, Cedric —dijo ella—, trata de no ser tan obtuso. La cuestión es que sir Maurice me admira.

—Como todo el mundo —dijo él.

—No, no como todo el mundo, Cedric.

—Y a Peter siempre le gusta que te admiren.

—No. Puede que no le gustara, si supiera toda la verdad.

—Y a ti, ¿te gusta, querida mía? —preguntó él.

—Verás, Cedric, pasa lo siguiente —dijo ella—. Quiero a Peter. Le quiero desde hace siete años, así que me parece que le conozco a fondo. A sir Maurice no le conozco en absoluto. Es un hombre misterioso, como sabrás por su reputación. No es rico de una manera normal, es como un personaje de cuento de hadas. ¡Es la cueva de Aladino: rubíes como

cerezas, zafiros como uvas! Me he acordado de ese viejo cuento nuestro porque sir Maurice posee fabulosos conocimientos sobre las piedras preciosas. ¡Cómo me gustaría que la tatarabuela Annabelle no se hubiera llevado las joyas de la familia cuando se escapó con su mozo de cuadra!

—Sí —dijo Cedric despacio—, esas románticas historias amorosas suelen traer algunos problemas.

—La noche antes de que Nonny se pusiera enferma —dijo Annabelle— cenamos con él y nos enseñó un rubí que había comprado en Holanda. Nos preguntó si, cuando Peter y él hubieran llegado a un acuerdo podría regalármelo en un brazalete. Como un sello rojo para nuestro acuerdo, dijo. Luego Nonny cavó enferma y no he vuelto a verle y ahora tenemos dos semanas en Francia para tomar la decisión. Eso es todo. ¿Qué me aconsejas?

—¿Me das también a mí dos semanas para pensarlo? —preguntó el hermano.

—Sí —contestó la hermana.

Vieron que Peter se acercaba a la mesa y cambiaron de conversación.

—Es muy extraño que durante toda su enfermedad —dijo Annabelle— haya estado hablando de caballos, sólo de caballos, carreras, cacerías y cuadras. ¡Cuando casi nunca ha visto un caballo! Como no paraba de hablar de ellos, Peter le compró un precioso juguete mecánico que imitaba perfectamente a un caballo. Pero no le gustó.

Después de esto se despidieron.

Cedric estaba deseando comenzar sus vacaciones, porque tenía que pensar en un gran cuadro nuevo y quería estar solo.

Nunca había estado en casa de su hermana en ausencia de ella. Ahora que tenía tiempo y tranquilidad para pasear y observar, le pareció un lugar nuevo y fascinante.

«Si esta casa hubiera sido mía», pensó, «la habría dejado tal y como estaba. Entonces, viviendo en ella, habría podido pintar como Zoffany».

Subió al cuarto de Nonny. Estaba aún más bonita de como la recordaba. Pero ¿qué hacía esa expresión severa, ojerosa y desesperanzada en una carita como una flor?

Obedeciendo las instrucciones recibidas, le habló a Nonny de su madre, le describió el viaje que estaba haciendo y lo ilustró con papel y lápiz. Ella le escuchó sin la menor muestra de interés y apenas miró los dibujos. El caballo mecánico estaba junto a su cama; él lo admiró y el rostro de Nonny adquirió una expresión todavía más trágica.

«Si valgo algo como artista», se dijo Cedric, «tengo que ser capaz de corregir este bonito *Retrato de niña*».

—¿A qué vamos a jugar cuando te levantes, Nonny? —le preguntó.

Por primera vez obtuvo una respuesta. Después de un silencio, Nonny dijo:

—No podemos jugar. Tú y yo no.

Él reflexionó, luego dijo:

—No, tú y yo no. ¿Quién puede jugar?

—Billy —respondió Nonny.

No quería forzarla, así que dejó el tema.

El médico vino, examinó a la niña y preguntó si se había levantado. Cuando la enfermera negó con la cabeza, le dijo que la situación se volvía grave y que era preciso que la niña se pusiera de pie antes de su próxima visita. Luego se marchó en su coche.

—¿Verdad que te levantarías si pudieras jugar con Billy? —le dijo Cedric a Nonny.

—Sí —contestó ella.

—¿Y por qué no puedes jugar con él? —le preguntó.

El rostro de la niña se ensombreció por la indignación.

—¡Ya lo sabes! —dijo.

—He estado mucho tiempo en París, cariño —dijo él—. Me parece que han pasado muchas cosas mientras tanto. ¿Te importaría decírmelo?

—Porque Billy ha muerto —contestó Nonny.

Cedric descubrió que se estaba ocupando tanto de Nonny como de su nuevo cuadro. Pensó que ni la señorita Anderson ni la señorita Brown podían ayudarle, por lo que acudió a la joven niñera sueca, Ingrid. La muchacha atraía su corazón de pintor, porque con su cofia blanca parecía un cuadro holandés. Se esforzó para encontrarla sola y se sentó con ella.

Hablaron de la enfermedad de Nonny y estuvieron de acuerdo en que tenían que curarla antes de que regresara su madre.

—A propósito —dijo Cedric—, ¿quién es Billy?

Ingrid palideció, le miró fijamente y dijo:

—Oh, señor.

—Comprenda que no puedo ayudarla a curar a Nonny hasta que lo sepa —dijo él.

—Tenía la esperanza —dijo Ingrid— de que nadie llegaría a saberlo.

—¿Por qué no debían saberlo? —preguntó él.

—Porque Billy ha muerto —respondió Ingrid.

—Eso ya lo sé —dijo Cedric— y lo siento mucho. Pero debe haber algo más en relación con Billy. Si tuviera usted la amabilidad de contármelo, yo no se lo diría a nadie.

Ingrid respiró hondo.

—Me alegraré de contárselo —dijo—. Esto me ha tenido preocupada, señor.

Con expresión grave, deteniéndose de vez en cuando y mirándole a la cara, como para obligarle a cumplir su promesa, se lo contó todo.

Billy era el nieto de la anciana señora Peavey. ¿Y quién era la anciana señora Peavey? La señora Peavey era la viuda del antiguo cochero. El antiguo cochero vivía en el pequeño piso que había encima de los establos que habían transformado en garajes; después de su muerte le habían permitido a la viuda que se quedara en el piso.

¿El caballero no había visto nunca a la anciana señora Peavey? No, claro, eso era porque ella tenía mal las piernas y le costaba mucho subir las escaleras. Al principio ella e Ingrid se habían hecho amigas porque la señora Peavey venía del campo de verdad, su padre había sido granjero y había criado caballos, igual que el padre de la muchacha sueca, y ellas dos tenían muchos intereses en común.

—Debió de ser muy agradable para las dos —comentó Cedric.

—Sí, señor —dijo Ingrid.

La señora Peavey tenía un solo hijo, que trabajaba en una gran cuadra de carreras, estaba casado y tenía siete hijos. Cuando murió su mujer y se volvió a casar, su nueva esposa no quiso saber nada del niño más pequeño,

por lo que la señora Peavey se lo llevó con ella. Le había traído el hermano mayor, un chico muy simpático que era mozo en la cuadra de carreras. Cedric se preguntó si este mozo de cuadra no sería el interés que la anciana y la joven tenían en común. El niño había vivido desde entonces con la señora Peavey, encima de los antiguos establos.

—Ése era Billy, señor —dijo Ingrid.

Billy tenía tres meses menos que Nonny, y era un niño muy guapo y muy listo. Pero era sordomudo.

A veces, cuando la señorita Anderson le decía a Ingrid que llevara a Nonny a dar un paseo, ellas subían las escaleras de los establos para hacerle una visita a la señora Peavey. Ingrid se sentaba con ella y le zurcía algunas cosas, pero Nonny y Billy se iban a jugar al cuarto de los arreos, que estaba al lado de las habitaciones de la señora Peavey.

—Pero no hay nada de malo en eso —dijo Cedric.

—Sí, señor —dijo Ingrid—, porque fue Billy quien le contagió el sarampión a Nonny —se retorció las manos sobre el regazo—. Y justo cuando Nonny se estaba recuperando —continuó—, Billy se murió. Cuando Nonny se enteró de eso fue cuando volvió a ponerse tan malita.

—¿Cómo se enteró? —preguntó Cedric.

Se había enterado por Ingrid. Ésta había ido a ver a la señora Peavey y habían llorado juntas por Billy, y cuando volvió, Nonny le preguntó por qué había llorado. Tuvieron que mandar a buscar al médico en mitad de la noche. Cuando Nonny estaba delirando, Ingrid temió que hablase de Billy, que se descubriese todo y que echaran a la anciana señora Peavey. Pero Nonny había sido leal y no había dicho nada ni siquiera entonces.

—Mi hermana me dijo —comentó Cedric— que hablaba de caballos.

—Sí, hablaba de caballos. Había muchos cuadros de caballos en el cuarto de los arreos y Billy le había dicho el nombre de todos ellos.

—¿Cómo pudo decírselos si era sordomudo? —preguntó Cedric.

Evidentemente a Ingrid aquello no le había parecido especialmente extraño, pero tampoco podía explicarlo. Nonny y Billy siempre habían insistido en que les dejaran estar solos en el cuarto de los arreos, incluso cerraban la puerta con llave, y jugaban allí dentro casi sin hacer ruido. A

Billy le habían enseñado, o había aprendido él solo, a leer en los labios; Ingrid creía que él le había enseñado a Nonny.

Porque Nonny le decía a Ingrid: «Voy a contarte una cosa maravillosa», y luego movía los labios y ponía cara larga cuando Ingrid no la entendía. También, a veces, cuando Ingrid la acostaba, se reía durante un rato ella sola y luego le decía en voz baja que Billy y ella tenían unos hermosos caballos con los que jugar.

—Creo —dijo Cedric después de un silencio— que hablaré con Nonny de Billy.

—¿Será buena idea, señor?

—Creo que sí. El médico le dijo a mi hermana que para un niño siempre hay una personalidad destacada y fascinante que atrae su atención antes que ninguna otra. Él pensó que para Nonny era su madre. Pero ahora comprendo que era Billy.

Cedric le había enviado una postal a su hermana diariamente. Ahora recibió una de ella. Francia era maravillosa, escribía. Viajar con Peter era maravilloso. Sería maravilloso volver a ver a Nonny. A veces deseaba no tener que volver. Besos para Cedric.

Cedric le dijo a Nonny:

—Yo, en tu lugar, me desharía de ese caballo.

Ambos miraron con desprecio el caballo mecánico que estaba junto a la cama.

—Las cosas que son exactamente igual a otras —dijo Cedric— son una verdadera lata.

Nonny le miró, pero aún tenía sospechas y no dijo nada.

—Las únicas cosas *realmente* reales —dijo él— son las que uno se inventa y que no son igual a otras. En mi casa de París yo hago muchas cosas *realmente* reales: flores y pájaros y una señora que se tira al río porque es muy desgraciada. Huelen y cantan y saltan al agua muy bien, divinamente.

Después de un silencio, Nonny preguntó:

—¿Con qué los haces?

—Generalmente encuentro algo con que hacerlos. ¿Tú, no?

Una pálida sonrisita, la primera que él veía, iluminó la cara de Nonny.

—Sí —dijo.

Él esperó un momento.

—En lo que se refiere a los caballos —dijo— a los caballos *realmente* reales, supongo que Billy *realmente* podía conseguir que hicieran de todo.

Nonny le miró a la cara, otra cosa que no había hecho hasta entonces. Su expresión era grave y orgullosa, pero no hostil.

—Billy sabía explicarme todo lo que hacían —dijo.

—Comprendo —dijo él—, porque no podía hablar como los demás niños.

Parecía que ella iba a decir algo, pero de nuevo apretó los labios.

—Bueno, Nonny, hasta luego —dijo él—. Tengo que ir a dar un paseo en el coche que me ha dejado tu madre. Es una pesadez, en realidad, porque un coche se vuelve tan lento cuando piensas en los caballos de Billy.

—¿Volverás, tío Cedric? —preguntó Nonny.

Él se marchó y pensó: «El cambio se está produciendo. Es difícil, muy difícil hacerlo bien, pero se está produciendo. ¡Que Dios me ayude ahora a elegir los pinceles y los tubos de pintura adecuados!».

Al día siguiente consiguió que Nonny jugara con él a una especie de juego de tablero sobre la colcha. Mientras pensaba en un movimiento, ella le preguntó:

—¿Dónde guardas tus flores y los pájaros y a la señora?

—Los pongo contra la pared —contestó él—, así nadie los ve. Pero están ahí todo el tiempo, naturalmente.

Si esta vez Nonny no dijo nada no era, pensó Cedric, por falta de simpatía sino, simplemente, por falta de palabras con que expresar su nueva y feliz compenetración. Finalmente dijo:

—Nuestros caballos están en sus *boxes*. Y en sus establos.

—Como la mayoría de los caballos realmente buenos —dijo él.

Después de que ella ganara la partida, mientras él guardaba las piezas en la caja, Nonny le preguntó de repente:

—¿Quieres que te enseñe mis caballos, tío Cedric?

—Me encantaría —contestó él—. He estado pensando en ellos. No está bien que nadie les dé agua ni los cepille, ahora que Billy ya no está y tú tienes las piernas demasiado débiles para ir allí.

—No es verdad —dijo Nonny, y se puso de pie en la cama.

—Para trabajar en un establo hace falta tener las piernas muy fuertes —dijo Cedric—. Tal vez puedas ir mañana.

—No —dijo Nonny—, hoy. Después de comer —miró a su alrededor y añadió—: la señorita Anderson y la señorita Brown no deben enterarse.

—No —dijo él.

—Me puede vestir Ingrid —dijo la niña.

—Te puede vestir Ingrid —asintió él—, y yo les diré a la señorita Anderson y a la señorita Brown que me llevas a dar un paseo en coche.

De pie sobre la cama, con su pequeño camisón de franela, su cara quedaba a la altura de la de Cedric. Qué ojos tan bonitos, qué cejas tan delicadamente arqueadas, qué cabello tan abundante. Y qué repentina y extraña fuerza en toda la frágil figura.

—Porque —dijo lenta y solemnemente— ¡tú nunca, nunca lo contarás!

—Porque —repitió él lenta y solemnemente— ¡yo nunca, nunca lo contaré!

Los ojos claros de la niña, graves, penetrantes, miraron a los suyos. En su corta vida había tenido decepciones y catástrofes; en este asunto no podía correr ningún riesgo. Él buscó en su mente un juramento que le obligara sin condiciones.

—Si alguna vez —dijo— digo una palabra acerca de los caballos, los boxes o los establos, a cualquier ser viviente, que nunca vuelva a pintar un cuadro decente en toda mi vida. Que Dios me ayude a cumplirlo.

Habló del asunto con la otra conspiradora. Acordaron darle el día libre a la señorita Anderson y que Ingrid entretendría a la señorita Brown.

Era una hermosa tarde de finales de verano. El aire estaba soñoliento por la dulzura de los setos de boj y de los largos parterres de rosas y alhelíes, las sombras de los grandes árboles descansaban suave y plácidamente sobre el césped. Nonny, en brazos de Cedric, miraba a su alrededor y al cielo. Él se preguntó si una niña tenía alguna idea del tiempo, si se daba cuenta de que había pasado el tiempo y habían sucedido cosas desde la última vez que había estado en el jardín.

—He mandado a Parker a un recado —le dijo cuando iba camino de los garajes—. Subiremos la escalera para ir directamente a casa de la señora

Peavey.

Le miró como para preguntarle cómo conocía tan bien el camino pero luego no dijo nada.

En las escaleras pensó: «Retrocedo diez años en cada uno de estos viejos y gastados escalones». Había llegado a los tiempos de Zoffany cuando cruzó el umbral de la señora Peavey.

Una anciana muy menuda, sentada junto a los geranios del alféizar de la ventana, trató de levantarse de su sillón al ver a sus visitantes, renunció, se encogió aún más y se echó a llorar. Nonny la miró bondadosamente, pero no habló.

—No pasa nada, señora Peavey —dijo Cedric—, Nonny ya está bien. ¿Cómo está usted? Nos gustaría entrar en el cuarto de los arreos.

—Oh, me temo que habrá muchísimo polvo allí, señor —dijo la señora Peavey—. No he vuelto a entrar en el cuarto de los arreos desde que murió mi nietecito. Yo tenía un nietecito, señor.

—Lo sé, señora Peavey —dijo Cedric—. Y siento mucho que haya muerto. Lo del polvo no importa.

—Billy ponía la llave por dentro —dijo Nonny—. También sabía echarla. Allí dentro me dejarás en el suelo, tío Cedric.

—Sí, Nonny —dijo él.

Abrió la puerta del cuarto de arreos. El olor les recibió aún antes que la luz, luego ambos se fundieron en una silenciosa bienvenida, humilde y digna a la vez.

El cuarto era grande y bajo, cruzaba toda la casa y tenía dos ventanas al este y dos al oeste. Todo estaba cubierto de polvo. La afirmación de la anciana de que no había estado allí desde la muerte de Billy era probablemente más que cierta: esta delicada capa debía datar de los tiempos del viejo cochero.

Era un sitio tan encantador que por un momento se olvidó de la misión que le había llevado allí y permaneció inmóvil. La suave luz dorada de la tarde llenaba el cuarto vacío y convertía su desnudez y pobreza en esplendor. Las paredes encaladas tenían el lustre del alabastro y la vieja madera del techo el brillo profundo del metal.

Todo a lo largo de dos paredes había ganchos y percheros de los que colgaban arreos y talabartería. Había guarniciones, cinchas, bocados, bridas y espuelas. Había arneses sencillos y dobles, para tándem y para tiros de cuatro caballos, con adornos de latón y de níquel, y anteojeras con penachos. Había sillas de caza, de carreras y de mujer.

Cedric sabía muy poco de talabartería, no recordaba haber ido nunca en un vehículo tirado por un caballo. Miró todos aquellos objetos y vio que estaban enmohecidos y agrietados, pero que habían sido hechos con maestría, empleando cuero y metal de buena calidad. Manos hábiles, cuidadosas y pacientes los habían trabajado.

En las otras dos paredes había cuadros de caballos, solos o en grupos, en magníficas actitudes: galopando, saltando vallas, brincando delante de faetones, tirando de carrozas, montados por damas con faldas de cola. Eran grabados antiguos, perfectamente hechos como los demás objetos del cuarto, y como ellos, descoloridos y manchados por las moscas, algunos con el cristal roto o desaparecido.

Comprendió que estaba en el reino de Billy. En este cuarto había vivido gente que pensaba en los caballos y hablaba de ellos, que lo sabía todo acerca de ellos, cuyas más profundas satisfacciones y más altos ideales estaban de alguna manera relacionados con los caballos. Billy —hijo de un preparador y nieto de un cochero, probablemente el último descendiente de una línea de jinetes y de criadores de caballos que se perdía en la noche de los tiempos— había sido el legítimo heredero de este antiguo mundo ecuestre inglés ya desaparecido. Este pequeño y silencioso guardián y custodio de su última, olvidada provincia o reserva, la había hecho revivir espléndidamente ante los ojos de su amiguita, hija de la era del motor.

Nonny le había pedido que la dejara en el suelo y se había quedado inmóvil, como el propio Cedric, mirando el cuarto con apasionado y tierno orgullo. Ahora le pidió que la cogiera en brazos otra vez para enseñarle los grabados a su invitado. Estuvieron de acuerdo en que estaba lo bastante fuerte para ir subida a sus hombros y de esta manera recorrieron lentamente el cuarto.

—Éste es Guardabosques —dijo Nonny—, que ganó en Longchamps. Éste es Boiard, que ganó en Ascot. Éste es el caballo favorito de la Reina y

éste el del príncipe Alberto. Éste es Robert el Diablo, que ganó el Saint-Léger, y ¿a que tiene cara de diablo? ¡Y este de aquí es Gladiateur, que ganó el Derby! Todo está escrito debajo de los cuadros.

—Pero tú no sabes leer, Nonny —dijo Cedric—. ¿Cómo has llegado a saber tantas cosas de ellos?

—Billy sí sabía leer —dijo Nonny—. Él me lo explicó todo... ¡Y mira! —gritó con un repentino estallido de placer—. ¡Ésa es la coronación de la Reina el 28 de junio de 1838! —se quedó callada y seria durante un momento—. Quiero bajarme. Hoy haremos el desfile de la coronación, tú y yo.

Cedric miró por todo el cuarto. No había ningún armario ni ningún cofre por ninguna parte, únicamente, en un rincón, una cesta con pinzas para tender la ropa y unas botellas vacías. Había creído que estaba cerca de su objetivo; ahora se quedó parado sobre el suelo desnudo sintiéndose terriblemente torpe y adulto. ¿Qué objetos de los que había aquí habrían sido animados y exaltados por la varita mágica de Billy para formar un cortejo real?

Había un sillón del abuelo en el cuarto, con el relleno saliéndose por la rota cubierta de crin.

—Verás, Nonny —dijo—. Te dejaré en el sillón. Luego tú me das órdenes.

—No —dijo Nonny—. No me sentaré en el sillón.

—¿Por qué no? —dijo él—. Si vamos a hacer una carrera, ésa será la silla del juez y tú serás el juez. Y si hacemos el cortejo de la coronación... —se detuvo, sin saber exactamente qué papel haría Nonny entonces.

—Seré Dios —dijo Nonny con voz clara—, mirando a los caballos desde el cielo. Dios mira a todos los caballos, decía Billy.

Parecía muy pequeña en el enorme sillón, pero se sentó en él como en un trono.

—¡Abre la puerta del establo y haz salir a los caballos! —dijo.

—Sí, cariño —contestó él.

Al azar, temeroso de hacer algo mal, descolgó un cuadro y lo dejó apoyado en la pared.

—No —dijo Nonny—. Ormond no, tío Cedric. Aquél: Zeodone, que ganó el Grand National.

En la pared estaba Zeodone, levantado sobre las patas traseras y sujeto por un esforzado mozo.

—Nunca hubieras encontrado el establo tú solo, ¿eh, tío Cedric? —dijo Nonny—. Billy lo encontró él solito. Y tenía que ponerse de pie sobre la silla de mujer para llegar ahí.

Al quitar el cuadro, apareció un agujero cuadrado en la pared. Era oscuro y profundo.

—Están ahí dentro —dijo Nonny.

En el nicho había una pila de cajas grandes y pequeñas. Las sacó una a una y cuando había sacado tres o cuatro empezó a sospechar lo que tenía en las manos.

Las cajas eran todas muy bonitas, hechas de tafilete o de terciopelo con cierres dorados, pero estaban mohosas y agrietadas. La niña le dijo que las pusiera todas en el suelo y luego que las abriera. Estaban forradas de raso descolorido. Pero las joyas brillaban sobre la tela deteriorada limpias y radiantes, con cien deslumbradoras sonrisas.

—¿Has visto alguna vez unos caballos tan brillantes, tío Cedric? —preguntó Nonny alegremente—. Billy y yo los lavamos con una esponjita y los frotamos con una gamuza que había sido del abuelo de Billy. Cuando los pones uno al lado del otro, en fila, van desde esa pared a esa otra.

Había sortijas con diamantes, esmeraldas, rubíes y zafiros. Había broches en forma de ramilletes o de castillos de flores, arabescos y estrellas. Había pulseras, colgantes y hebillas. Cinco estuches contenían collares u otros adornos grandes, cuyas piedras habían sido sacadas de su montura por algún motivo y estaban esparcidas o en montoncitos. Los hilos de dos collares de perlas, uno muy largo y el otro más corto, hechos con perlas rosadas increíblemente grandes e iguales, habían sido rotos o se habían podrido; las perlas rodaban y chocaban suavemente entre sí al mover el estuche. Había pendientes de perlas y pendientes largos de brillantes. También había tres diademas, la mayor de las cuales era de brillantes, y verdaderamente regia.

Los destellos de las piedras talladas y el brillo suave de las perlas llenó el corazón del artista de una profunda y humilde adoración, de sencilla gratitud por las cosas bellas de este mundo. Permaneció inmóvil durante un rato, contemplando el despliegue, eligiendo primero un objeto y luego otro como el más hermoso.

Luego pensó: «Así que aquí están. Y sólo Dios sabe qué sucedió aquí. ¿Acaso los amantes, después de haber preparado tan cuidadosamente su huida, tuvieron que salir corriendo en el último momento para escapar de la venganza del marido? ¿O el tatarabuelo George los descubrió antes de que se fugaran y me encontraría unos esqueletos debajo del suelo si los buscara?».

Nonny, sentada en su sillón, estaba satisfecha de la impresión que sus cuabras le habían hecho a su joven tío. Le dio un minuto para la muda admiración y luego le dijo que se pusiera a trabajar.

Obediente a sus órdenes, Cedric se puso a gatas y organizó el cortejo. La larga procesión tenía que ir desde la pared hasta el sillón de Nonny y él había de comenzarla por la cabeza. Mientras iba tomando forma bajo sus manos se hacía cada vez más espléndida, ya que la carroza de la Reina aparecía casi al final.

Primero, antes que nadie, iba el señor Lee, el jefe de policía de Westminster. El señor Lee era un alto sello con el blasón familiar labrado en ágata. Podía sostenerse en pie y tenía un porte muy digno.

Luego venía un escuadrón de la Guardia de Corps en finas hileras de los rubíes más pequeños procedentes del collar.

A continuación venían los carruajes de la familia real, centelleantes brazaletes, acompañados de dos o cuatro sortijas cada uno; el último era la carroza de la madre de la Reina, que era una diadema y tenía una escolta de seis sortijas. La propia madre de la Reina, una perla muy grande montada como colgante, iba elegantemente reclinada en la curva interior de la diadema.

Después aparecía la banda montada de un regimiento de la Brigada de la Casa Real, todos broches.

Les seguían las perlas redondas y rosadas del collar más corto; eran los cuarenta y ocho Barqueros de la reina.

Tras ellos iba un escuadrón superior de Bañeros, los rubíes mayores del collar y detrás de ellos los Monteros Reales, de verde, las esmeraldas del collar. Los Alabarderos de la Guardia, montados en caballos blancos, eran todos brillantes.

Y luego, por último, venía la carroza de Su Majestad, la luminosa diadema grande, tirada por seis pares de pendientes, los más pequeños delante, el par muy largo y pesado junto a la carroza.

—Ahora —dijo Nonny— pon a la Reina en su carroza. ¿A que está guapísima, toda de blanco? En realidad soy yo, ¿sabes? ¡Billy dijo que en realidad era yo!

Con gran cuidado Cedric puso un enorme brillante en el centro del medio círculo formado por la diadema. Recordó que había oído hablar de este brillante, comprado hacía cien años a un maharajá.

Detrás de la carroza marchaba un regimiento de perlas del collar más largo.

—¡Levántate, tío Cedric, y mira la procesión! —dijo Nonny.

Él se levantó, trató de sacudirse el polvo de los pantalones, renunció y miró la procesión. La mirada de Nonny siguió la suya; su cara estaba tranquila y sonrosada de felicidad.

—Di algo, tío Cedric —dijo con voz suave y gozosa.

—Es como la cueva de Aladino, Nonny —dijo.

Al oír sus propias palabras se acordó de su hermana y de la conversación que habían tenido en el hotel, y se quedó pensativo. «Un gran rubí de Holanda», se dijo, «para montarlo en una pulsera. Y luego todo esto. Todo esto en su propio cuarto de arreos. ¡Ay, Annabelle!».

—No, tío Cedric —dijo Nonny—, no tienes que decir que es como la cueva de Aladino. Cuando es exactamente igual que una coronación.

—Cariño —dijo él—, eso es lo que he dicho. Es *realmente* una coronación. Eso es lo que es tan valioso y tan fascinante. Pero algunas personas dirían que es un poco como la cueva de Aladino.

—Oh, sí —dijo Nonny. Después de un momento añadió—: cuando hayamos terminado, volverás a guardarlos y pondrás a Zeodone para que haga de puerta del establo, ¿verdad, tío Cedric? Para que nadie pueda encontrarlos.

—Sí, Nonny —dijo él—. Y entonces será casi como si Billy aún estuviera aquí, ¿no? —añadió después de un momento.

Ella se quedó callada.

—No —dijo al fin—, no exactamente. Pero dentro de un poco... —se calló durante un segundo o dos—. Dentro de un poco —dijo con voz firme y sonora— estaré perfectamente bien. Entonces vendrá Billy y él y yo estaremos juntos otra vez. Para siempre.

EL CABALLITO BALANCÍN

D.H. Lawrence

[Traducción de Francisco Torres Oliver]

Había una mujer hermosa que nació con todas las ventajas; pero no era afortunada. Se casó por amor, y el amor se había convertido en polvo. Tenía hijos preciosos, pero vivía con la sensación de que le habían sido impuestos y no podía quererlos. Ellos la miraban con frialdad, como con censura. Y ella, aturullada, sentía que ocultaba algún defecto que tenía. Sin embargo, no sabía cuál era ese defecto. No obstante, cuando ellos estaban presentes, notaba siempre una dureza en el fondo de su ser. Esto la desasosegaba, y le hacía adoptar una actitud más dulce y ansiosa por sus hijos, como si los quisiera muchísimo. Sólo que sabía que había una pequeña dureza en lo más hondo de su ser que no podía sentir amor. Que no podía sentirlo por nadie. Todos decían de ella: «¡Qué madre más buena! Idolatra a sus hijos». Pero ella y sus hijos sabían que no era así. Se lo leían mutuamente en los ojos.

Eran un chico y dos niñas pequeñas. Vivían en una casa bonita, con jardín, y tenían una servidumbre discreta y se consideraban por encima de sus vecinos.

Aunque vivían con elegancia, reinaba una perpetua comezón en la casa: siempre había falta de dinero. La madre tenía una pequeña renta y el padre también; pero no era suficiente para la posición social que tenían que mantener. El padre comenzó a trabajar en una oficina de la ciudad. Pero aunque tenía buenas expectativas, estas expectativas nunca se materializaban. Y continuaba sin disiparse la opresiva sensación de falta de dinero, aunque seguían manteniendo el nivel de vida.

Por último dijo la madre: «Voy a ver si yo puedo hacer algo». Pero no sabía por dónde empezar. Se devanó los sesos; intentó esto y aquello, pero no encontró nada que diera resultado. El fracaso le marcó profundas arrugas en el rostro. Sus hijos iban creciendo; tendrían que ir al colegio. Había que conseguir más dinero, había que conseguir más dinero. El padre, que siempre vestía con mucha elegancia y tenía gustos caros, parecía incapaz de hacer algo que valiera la pena. En cuanto a la madre, que tenía una gran fe en sí misma, tampoco le iba mejor, y sus gustos eran igual de caros.

Y así, la casa acabó dominada por la muda consigna: «¡Hay que conseguir más dinero! ¡Hay que conseguir más dinero!». Los niños la oían sin cesar, aunque nadie la pronunciaba en voz alta. La oían en Navidad, cuando su cuarto se llenaba de juguetes preciosos y caros. Detrás del moderno y lustroso caballito balancín, detrás de la elegante casita de muñecas, una voz se ponía a susurrar: «¡Hay que conseguir más dinero! ¡Hay que conseguir más dinero!». Y los niños suspendían su juego para escuchar un momento. Se miraban para ver si los otros lo habían oído. Y cada uno leía en los ojos de los otros dos que lo habían oído también. «¡Hay que conseguir más dinero! ¡Hay que conseguir más dinero!».

El susurro les venía de los muelles aún oscilantes del caballito balancín; incluso el caballito, moviendo su cabeza de madera embridada, lo oía. La gran muñeca, sonrosada y sonriente en su cochecito nuevo, lo oía con claridad y por eso ensanchaba aún más su sonrisa bobalicona. El estúpido cachorrillo, que ocupaba el sitio del osito de felpa, parecía tener también esa pinta de atontado porque oía el susurro secreto por toda la casa: «Hay que conseguir más dinero».

Pero nadie lo decía en voz alta. El susurro estaba en todas partes, así que nadie lo pronunciaba. De la misma manera que nadie dice «¡Estamos

respirando!» a pesar de que el aliento está entrando y saliendo de nosotros sin parar.

—¡Madre! —dijo Paul, el chico, un día—, ¿por qué no tenemos coche? ¿Por qué siempre tenemos que utilizar el del tío, o un taxi?

—Porque somos los miembros pobres de la familia —dijo la madre.

—Pero ¿por qué lo somos, madre?

—Pues —dijo ella despacio, con amargura—, porque tu padre no es afortunado, supongo.

El chico se quedó callado un momento.

—¿Ser afortunado es tener dinero, madre? —preguntó con timidez.

—¡No, Paul! No exactamente. Es lo que hace que lo tengas.

—¡Ah! —dijo Paul vagamente—. Yo creía que cuando tío Oscar dice «asquerosa fortuna» se refería al dinero.

—Tener una fortuna es tener dinero —dijo la madre—. Pero *una* fortuna, no fortuna.

—¡Ah! —dijo el niño—. Entonces ¿qué es ser afortunado, madre?

—Es lo que hace que tengas dinero. Si eres afortunado, tienes dinero. Por eso es mejor nacer afortunado que rico. Si eres rico, puedes perder el dinero. Pero, si eres afortunado, siempre tendrás más dinero.

—¡Ah!, ¿de verdad? ¿Y padre no es afortunado?

—Yo diría que es muy desafortunado —dijo la mujer con amargura.

El niño la miró con ojos dubitativos.

—¿Por qué? —preguntó.

—No lo sé. Nadie sabe por qué una persona es afortunada y otra desafortunada.

—¿Nadie? ¿De verdad? ¿Nadie nadie?

—¡Seguramente Dios! Pero no lo dice.

—Pues debería. ¿Y tú, madre, tampoco eres afortunada?

—No puedo serlo habiéndome casado con un marido desafortunado.

—Pero por ti misma, ¿no lo eres?

—Antes de casarme creía que lo era. Ahora creo que soy muy desafortunada.

—¿Por qué?

—¡Bah..., no importa! Puede que no lo sea en realidad —dijo.

El niño la miró para averiguar qué quería decir. Pero vio, por los frunces de su boca, que sólo intentaba ocultarle algo.

—Bueno, en todo caso —dijo él con firmeza—, yo sí soy afortunado.

—¿Por qué? —dijo su madre con súbita risa.

El niño se quedó mirándola. No sabía siquiera por qué lo había dicho.

—Dios me lo ha dicho —afirmó desafiante.

—¡Espero que así sea, cariño! —dijo ella con otra risa, aunque amarga.

—¡Es verdad, madre!

—¡Excelente! —dijo la madre, utilizando la exclamación de su marido.

El niño se dio cuenta de que no le creía; o, más bien, que no prestaba el menor interés a lo que él decía. Esto lo irritó un poco, y le hizo desear obligarla a prestarle atención.

Se fue solo, vagamente; en busca de la clave de la «fortuna» a la manera infantil. Ensimismado, sin hacer caso de los demás, andaba como con cautela, buscaba la fortuna dentro de él. Necesitaba la fortuna, la necesitaba, la necesitaba. Mientras las dos niñas jugaban a las muñecas, en el cuarto de los juegos, él montaba en su gran caballito balancín, y cargaba furiosamente contra el aire, con una furia que hacía que las niñas le mirasen con inquietud. El caballito corría salvajemente, sacudía el niño su flotante pelo negro, y sus ojos despedían un extraño centelleo. Las niñas no se atrevían a decirle nada.

Cuando llegaba al final de su pequeña galopada, bajaba, se plantaba delante de su caballito balancín y se quedaba mirando su cara bajada, su boca rosa entreabierta, y sus grandes ojos abiertos y relucientes de barniz.

—¡Ahora! —ordenaba en silencio al jadeante corcel—, ¡ahora llévame a donde está la fortuna! ¡Llévame!

Y azotaba al caballo en el cuello con la pequeña fusta que le había pedido a tío Oscar. *Sabía* que el caballo podría llevarlo a donde estaba la fortuna, si lo obligaba. Así que montó otra vez, y emprendió nuevamente una furiosa carrera, con la esperanza de llegar finalmente allí. Sabía que podía llegar.

—¡Vas a romper el caballo, Paul! —dijo la niñera.

—¡Siempre cabalga así! ¡A ver si acaba ya! —dijo Joan, su hermana mayor.

Pero él se limitó a mirarlas en silencio desde arriba. La niñera le dejó. No podía con él. De todas maneras se estaba haciendo demasiado mayor.

Un día entraron su madre y su tío Oscar cuando estaba en mitad de una de sus furiosas galopadas. No les dijo una palabra.

—¡Hola, joven jinete! ¿Montando a un ganador? —dijo su tío.

—¿No eres un poco mayor para jugar con un caballito balancín? Ya no eres un niño —dijo su madre.

Pero Paul se limitó a dirigirles una mirada llameante y azul desde sus ojos entornados. Su madre lo observó con una expresión de inquietud en el rostro.

Por último, dejó de forzar súbitamente el galope mecánico del caballo y bajó.

—¡Bien, ya he llegado! —anunció fieramente, con sus ojos azules todavía llameantes y sus piernas largas y firmes separadas.

—¿Adónde has llegado? —preguntó la madre.

—A donde quería —le soltó el niño.

—¡Eso está bien, hijo! —dijo tío Oscar—. No pares hasta que hayas llegado. ¿Cómo se llama tu caballo?

—No tiene nombre —dijo el niño.

—¿Está sin nombre? —preguntó el tío.

—Bueno, tiene varios. La semana pasada se llamaba Sansovino.

—¿Sansovino? Ése ganó la Ascot. ¿Cómo sabías tú ese nombre?

—Siempre está hablando de carreras de caballos con Bassett —dijo Joan.

Al tío le encantó descubrir que su pequeño sobrino estaba al corriente de las noticias sobre las carreras. Bassett, el joven jardinero que había sido herido en el pie izquierdo en la guerra y había obtenido su actual trabajo por mediación de Oscar Cresswell, del que había sido asistente, era un auténtico «forofo» del *turf*. Vivía con apasionamiento todo lo relacionado con las carreras, y el chico lo vivía con él.

Oscar Cresswell interrogó a Bassett sobre el particular.

—El señorito Paul viene a preguntarme, y no tengo más remedio que contestarle, señor —dijo Bassett con expresión terriblemente seria, como si hablase de cuestiones religiosas.

—¿Y alguna vez ha apostado por el caballo que le gusta?

—Bueno, no quiero delatarlo... Es un joven aficionado, y un buen aficionado, señor. ¿Le importaría preguntárselo personalmente a él? Seguramente le gustará. De otro modo podría pensar que lo he delatado, señor. Si no le importa...

Bassett estaba serio como un funeral.

El tío volvió en busca de su sobrino y se lo llevó a dar un paseo en el coche.

—A propósito, Paul, ¿se te ha ocurrido alguna vez apostar a un caballo?
—preguntó el tío.

El chico miró al hombre apuesto con atención.

—¿Por qué, cree que no debo hacerlo? —dijo soslayando la pregunta.

—¡Ni mucho menos! Sólo pensaba que quizá podrías darme alguna pista para la Lincoln.

El coche se adentró veloz en el campo, hacia la residencia de tío Oscar en Hampshire.

—¿Palabra? —dijo el sobrino.

—¡Palabra, hijo! —dijo el tío.

—Bueno, entonces: ¡Daffodil!

—¿Daffodil? Lo dudo, hijo. ¿Qué me dices de Mirza?

—Yo sólo sé el ganador —dijo el chico—. ¡Es Daffodil!

—Daffodil, ¿eh?

Hubo un silencio. Daffodil era un caballo relativamente desconocido.

—¡Tío!

—¿Sí, hijo?

—No se lo diré a nadie, ¿verdad? Se lo he prometido a Bassett.

—¡Que zurzan a Bassett, muchacho! ¿Qué tiene que ver él con esto?

—¡Somos socios! ¡Somos socios desde el principio! Tío, él me prestó mis primeros cinco chelines, que perdí. Le prometí, bajo palabra de honor, que esto sería sólo entre él y yo: aunque usted me dio aquel billete de diez chelines con el que empecé a ganar; así que pensé que era usted afortunado. No se lo diré a nadie más, ¿verdad?

El chico miró a su tío con aquellos ojos grandes, cálidos, azules, un poco juntos. El tío se removi6 y rió inc6modo.

—Tienes razón, hijo. No diré a nadie tu información secreta. Daffodil, ¿eh? ¿Cuánto apuestas a él?

—Todo menos veinte libras —dijo el chico—. Las guardaré como reserva.

El tío pensó que le estaba tomando el pelo.

—Así que te guardas veinte libras como reserva, ¿eh, jovencito fantasioso? Entonces, ¿cuánto es lo que apuestas?

—Apuesto trescientas —dijo el chico con seriedad—. ¡Pero que quede entre usted y yo, tío Oscar! ¿Me da su palabra?

El tío soltó una carcajada.

—No te preocupes, mi joven Nat Gould, quedará entre tú y yo —dijo riendo—. Pero ¿dónde están tus trescientas?

—Me las guarda Bassett. Somos socios.

—¡Ah, ya! Entiendo. ¿Y cuánto apuesta Bassett a Daffodil?

—No tanto como yo, espero. Seguramente ciento cincuenta.

—¿Peniques? —rió el tío.

—No, libras —dijo el chico lanzando una mirada sorprendida a su tío—. Bassett mantiene una reserva más grande que la mía.

Entre asombrado y divertido, tío Oscar se quedó callado. Dejó el asunto, pero decidió llevar a su sobrino a las carreras de Lincoln.

—Escucha, hijo: voy a apostar veinte a Mirza, y apostaré cinco al caballo que tú me digas. Así que dime: ¿cuál eliges?

—Daffodil, tío.

—¡Hombre no, las cinco a Daffodil no!

—Si fueran más las apostaría —dijo el chico.

—¡Está bien! ¡Está bien! De acuerdo. Cinco por ti y cinco por mí a Daffodil.

El chico no había asistido nunca a unas carreras y sus ojos eran fuego azul. Observaba con los labios apretados. Delante tenía un francés que había apostado a Lancelot. Frenético de excitación, se descoyuntaba los brazos agitándolos arriba y abajo, al tiempo que vociferaba «¡Lancelot! ¡Lancelot!», con su acento francés.

Primero entró Daffodil, segundo Lancelot y tercero Mirza.

El chico, arrebolado y con los ojos encendidos, estaba singularmente sereno. Su tío le trajo cinco billetes de cinco libras: cuatro a uno.

—¿Qué tengo que hacer con éstos? —exclamó, agitándolos ante los ojos del chico.

—Supongo que tenemos que hablar con Bassett —dijo el chico—. Creo que tengo mil quinientas ahora; más veinte en reserva; y estas veinte.

El tío lo observó unos momentos.

—Vamos a ver, hijo. No dirás en serio eso de Bassett y las mil quinientas, ¿verdad?

—Pues, sí. ¡Pero que quede entre usted y yo, tío! ¿Me da su palabra?

—¡Te doy mi palabra, hijo! Pero tengo que hablar con Bassett.

—Si quiere ser socio mío y de Bassett, tío, podemos ser socios los tres. Pero tiene que prometer de verdad que no se lo dirá a nadie. Bassett y yo somos afortunados, y seguro que usted lo es también; porque fue con sus diez chelines con lo que empecé a ganar...

Una tarde tío Oscar llevó a Bassett y a Paul a Richmon Park, y allí hablaron.

—Pues pasó esto, señor —dijo Bassett—: el señorito Paul no hacía más que hablarme de carreras y demás; historias inacabables. Y siempre quería saber si yo ganaba o perdía. Y hará como un año aposté cinco chelines a Blish of Dawn por él: y perdimos; pero después nos cambió la suerte con aquellos diez chelines que le pidió a usted: los apostamos a Singhalese. Y desde entonces, la cosa nos ha ido bien en general. ¿Usted qué dice, señorito Paul?

—Nos va bien cuando estamos seguros —dijo Paul—. Cuando no estamos completamente seguros, la cosa sale mal.

—¡Ah, pero andamos con mucho cuidado! —dijo Bassett.

—¿Y cuándo estáis seguros? —sonrió tío Oscar.

—Es el señorito Paul, señor —dijo Bassett con voz confidencial, devota—. Es como si le llegara del cielo. Como ahora Daffodil, en la Lincoln. Estaba tan seguro como si lo tuviera en el bolsillo.

—¿Has apostado tú algo a Daffodil? —preguntó tío Oscar.

—Sí, señor. He sacado mi parte.

—¿Y mi sobrino?

Bassett guardó un silencio obstinado, mirando a Paul.

—Yo he ganado mil doscientas, ¿no es así, Bassett? Le he dicho a mi tío que apostaba trescientas a Daffodil.

—Así es —dijo Bassett, asintiendo con la cabeza.

—Pero ¿dónde está el dinero? —preguntó el tío.

—Lo tengo bien guardado, señor. El señorito Paul puede disponer de él cuando quiera.

—¿Qué, mil quinientas libras?

—Mil quinientas veinte; mejor dicho cuarenta, con las veinte que ha ganado en la carrera.

—¡Es asombroso! —dijo el tío.

—Si el señorito Paul le propone asociarse, señor, yo que usted aceptaría; con perdón por el atrevimiento —dijo Bassett.

Oscar Cresswell se quedó pensando.

—Quiero ver el dinero —dijo.

Regresaron; y efectivamente, Bassett fue a la casita del jardinero y volvió con mil quinientas libras en billetes. La reserva de veinte libras las tenía Joe Glee, en el depósito de la Comisión de Carreras.

—Como ve, tío, todo va bien cuando yo estoy seguro. Entonces jugamos fuerte, con todo lo ganado. ¿Verdad, Bassett?

—Así es, señorito Paul.

—¿Y cuándo estás seguro? —dijo el tío, riendo.

—Bueno, unas veces estoy absolutamente seguro, como con Daffodil —dijo el chico—; otras veces tengo un barrunto; y otras no tengo ni idea, ¿verdad, Bassett? Entonces andamos con cuidado, porque casi siempre perdemos.

—Conque sí, ¿eh? Y cuando lo estás, como con Daffodil, ¿qué es lo que te hace estarlo, hijito?

—Pues, la verdad, no lo sé —dijo el chico incómodo—. Estoy seguro; eso es todo.

—Es como si le llegara del cielo, señor —repitió Bassett.

—¡Eso parece ser! —dijo el tío.

Pero se asoció con ellos. Y cuando se iba a celebrar la Leger, Paul estuvo seguro de Lively Spark, un caballo totalmente del montón. El chico

insistió en apostar mil a este caballo, Bassett prefirió apostar quinientas, y Oscar Cresswell doscientas. Lively Spark entró primero, y las apuestas habían estado diez a uno contra él. Paul ganó diez mil.

—La verdad —dijo— es que estaba completamente seguro de que era él.

Incluso Oscar Cresswell había conseguido dos mil.

—Escucha, hijo: estas cosas me ponen nervioso.

—No tiene por qué, tío. Puede que no vuelva a estar seguro en mucho tiempo.

—Pero ¿qué vas a hacer con ese dinero? —preguntó el tío.

—Naturalmente —dijo el chico—, empecé esto por mi madre. Decía que no era afortunada porque papá no tiene suerte; así que pensé que si lo era yo se acabarían los cuchicheos.

—¿Los cuchicheos de quién?

—¡De la casa! Odio nuestra casa por los cuchicheos.

—¿Qué es lo que cuchichea?

—Pues... pues... —el chico se puso desasosegado—, ¡no lo sé! Pero siempre hay falta de dinero, tío.

—Lo sé, hijo, lo sé.

—Sabe que siempre están enviando notificaciones a madre, ¿verdad, tío?

—Me temo que así es —dijo el tío.

—Y la casa se pone a cuchichear como la gente cuando se ríe de uno a sus espaldas. ¡Es horrible, de verdad! Y pensé que si yo era afortunado...

—Podías poner fin a eso —añadió el tío.

El chico lo observó con sus ojos grandes y azules, dotados de un fuego extraño y frío, pero no dijo nada.

—¡Muy bien! —dijo el tío—. Entonces ¿qué hacemos?

—No me gustaría que madre se enterara de que soy afortunado —dijo el chico.

—¿Por qué, hijo?

—Me cortaría.

—No lo creo.

—Bueno —el chico se retorció de manera extraña—: no quiero que madre lo sepa, tío.

—Está bien, hijo. Lo haremos de manera que no se entere.

No les fue difícil. Paul dio cinco mil libras a su tío a sugerencia de éste, y él las depositó en manos del abogado de la familia, quien debía informar a la madre de Paul de que un pariente le había confiado cinco mil libras, con el encargo de que se las hiciera llegar en entregas de mil libras, el día de su cumpleaños, durante los cinco años subsiguientes.

—Así recibirá un regalo de cumpleaños de mil libras durante cinco años sucesivos —dijo tío Oscar—. Espero que no se le haga más duro después.

El cumpleaños de la madre de Paul era en noviembre. Últimamente la casa «cuchicheaba» más que nunca; y Paul, a pesar de ser afortunado, no podía resistirlo. Así que estaba ansioso por ver el efecto que haría en su madre, el día de su cumpleaños, la carta sobre las mil libras.

Cuando no había visitas Paul comía ahora con sus padres, dado que ya no estaba bajo la jurisdicción de la niñera. Su madre iba a la ciudad casi a diario: había descubierto que tenía habilidad para el diseño de pieles y tejidos, así que trabajaba secretamente en el taller de una amiga que era la principal «artista» de los más importantes pañeros. Trazaba figurines de damas con pieles y sedas y lentejuelas para anuncios en periódicos. Esta joven artista ganaba varios miles de libras al año; pero la madre de Paul sólo sacaba unos centenares. Y otra vez se sentía insatisfecha: quería ser la primera en algo, y no lo conseguía, ni siquiera en dibujar figurines para anuncios de periódicos.

Estaba abajo desayunando la mañana de su cumpleaños. Paul observaba su cara mientras leía las cartas; sabía cuál era la del abogado. Cuando la leyó, su rostro se endureció y se volvió más inexpresivo. Seguidamente su boca esbozó una mueca fría y determinada. Escondió la carta debajo de las demás y no dijo una palabra al respecto.

—¿Te ha traído algo agradable el correo por tu cumpleaños, madre?
—dijo Paul.

—Muy discretamente agradable —dijo ella con voz fría y ausente.

Se fue a la ciudad sin decir nada más.

Pero por la tarde apareció tío Oscar. Le contó a Paul que su madre había tenido una larga entrevista con el abogado, y le había preguntado si podía adelantarle las cinco mil libras de una vez, ya que tenía deudas.

—¿Usted qué opina, tío? —dijo el chico.

—Decídelo tú, hijo.

—¡Bueno, que se las dé! Podremos ganar más con las otras —dijo el chico.

—¡Más vale pájaro en mano que ciento volando, chaval! —dijo tío Oscar.

—Pero estoy seguro de que voy a *saber* para la Grand National; o para la de Lincolnshire; o al menos para el Derby. Estoy seguro de que *sabré* en una de ellas —dijo Paul.

Así que tío Oscar firmó el conforme, y la madre de Paul se embolsó las cinco mil. Y entonces ocurrió algo muy curioso: de repente las voces de la casa enloquecieron como un coro de ranas en charca veraniega. Trajeron algunos muebles nuevos, y Paul tuvo un nuevo preceptor. El próximo otoño iba a ir incuestionablemente a Eton, el colegio de su padre. Hubo flores en invierno, y un reverdecimiento del lujo al que la madre de Paul había estado acostumbrada. Sin embargo las voces de la casa, detrás de los ramos de mimosa y de las flores de almendro, y debajo de las pilas de cojines, vibraban y gritaban en una especie de éxtasis: «¡Hay que tener más dinero! ¡Ayyy! ¡Más dinero! ¡Ahora!... ¡ahooora hay que tener más dinero!, ¡más que nunca! ¡Más que nunca!».

Todo esto asustaba terriblemente a Paul. Se dedicó al latín y al griego con sus preceptores. Pero sus horas más intensas las pasaba con Bassett. Se había celebrado la Grand National; no había «sabido», y había perdido cien libras. El verano estaba encima. Se angustió con la Lincoln. Pero tampoco para la Lincoln había «sabido», y perdió cincuenta libras. Se volvió extraño, con la mirada extraviada, como si algo fuera a estallarle dentro.

—¡No importa, hijo! ¡No te preocupes! —le recomendaba tío Oscar. Pero era como si el chico no oyese lo que decía su tío.

—¡Tengo que saber para el Derby! ¡Tengo que saber para el Derby! —repetía el niño, con sus grandes ojos azules llameando con una especie de locura.

Su madre se daba cuenta de lo sobreexcitado que estaba.

—Convendría que te fueras a la playa. ¿Te gustaría irte ahora, en vez de esperar? Creo que sería mejor —dijo mirándolo con inquietud; sentía una extraña zozobra por él.

—¡No puedo irme antes del Derby, madre! —dijo—. ¡Me es imposible!

—¿Por qué? —dijo ella; la voz se le endurecía cuando encontraba oposición—. ¿Por qué? Desde la playa podrías ir a ver el Derby con tu tío Oscar, si es eso lo que quieres. No hace falta que esperes aquí. Además, creo que estás demasiado embebido en las carreras. Mal síntoma. Mi familia ha sido una familia de jugadores de apuestas; cuando seas mayor te darás cuenta del daño que eso nos ha hecho. Tendré que despedir a Bassett, y rogarle a tío Oscar que no te vuelva a hablar más de carreras de caballos, a menos que me prometas tener cabeza en eso. Vete a la playa y olvida los caballos. ¡Tienes los nervios deshechos!

—Haré lo que quieras, madre; ¡pero no me mandes lejos hasta después del Derby! —dijo el chico.

—¿Lejos de dónde? ¿De esta casa?

—Sí —dijo él mirándola.

—Vaya; qué niño más raro eres. ¿Qué ha hecho que de repente te importe tanto esta casa? ¡No sabía que le tuvieras tanto apego!

El niño la miró en silencio. Tenía un secreto dentro de un secreto, algo que no había dicho a nadie, ni siquiera a Bassett o a tío Oscar.

Pero su madre, tras permanecer unos momentos indecisa y algo contrariada, dijo:

—¡Muy bien! No irás a la playa hasta después del Derby si no quieres. ¡Pero prométeme que no vas a destrozarte los nervios! ¡Prométeme que no estarás pensando a todas horas en carreras de caballos y *acontecimientos*, como tú los llamas!

—Está bien —dijo el chico como indiferencia—. No pensaré mucho en todo eso. Descuida. Yo en tu lugar no me preocuparía.

—Si tú fueses yo y yo fuese tú —dijo su madre—, ¡no sé qué íbamos a hacer!

—Pero sabes que no tienes motivo para preocuparte, madre, de verdad —repitió el chico.

—Cuánto me alegraría saber eso —dijo ella con cansancio.

—Bueno, yo sé que *puedes*. Quiero decir, que deberías saber que no tienes por qué preocuparte —insistió él.

—¿De veras? Entonces ya lo veré —dijo ella.

El secreto de los secretos de Paul era su caballo de madera, el que no tenía nombre. Desde que se había liberado de la niñera y de la institutriz, se había llevado su caballito de balancín a su propio dormitorio, en lo alto de la casa.

—¡Pero si eres demasiado mayor para jugar con un caballito de balancín! —le había afeado su madre.

—Bueno, madre, hasta que tenga un caballo de verdad, me gustará tener un animal parecido —había sido su original respuesta.

—¿Sientes que te hace compañía? —rió ella.

—¡Claro! Es muy bueno; siempre me hace compañía cuando estoy arriba —dijo Paul.

Así que el caballo, andrajoso ya, se alzaba en una cabriola detenida en el dormitorio del niño.

Se acercaba el Derby, y el chico estaba cada vez más tenso. Apenas se enteraba de lo que le decían, estaba muy débil, y tenía la mirada verdaderamente misteriosa. Su madre sufría súbitos accesos de desazón por él. A veces, durante media hora, la invadía una ansiedad repentina rayana en la angustia. Le venían impulsos de correr a donde estuviese para comprobar que no le pasaba nada.

Dos noches antes del Derby estaba ella en una gran fiesta en la ciudad, cuando le atenazó el corazón uno de sus accesos de ansiedad al extremo de dejarla casi sin habla. Pugnó por reprimir este sentimiento con todas sus fuerzas porque creía en el sentido común; pero era demasiado intenso. Tuvo que abandonar el baile y bajar a telefonear al campo. La institutriz de los niños se sorprendió y se sobresaltó al oír el teléfono en plena noche.

—¿Se encuentran bien los niños, señorita Wilmot?

—Sí, sí, están todos bien.

—¿Y el señorito Paul? ¿Está bien también?

—Se ha ido derecho a la cama como un buen chico. ¿Llamo para que vayan a ver?

—No —dijo la madre de Paul de mala gana—. No. No moleste. Está bien. Acuéstese. No tardaremos en volver —no quería que se entrometieran en la intimidad de su hijo.

—Está bien —dijo la institutriz.

Era alrededor de la una cuando los padres de Paul llegaron a casa. Todo estaba tranquilo. La madre de Paul subió a su habitación y se quitó su abrigo de pieles. Había dicho a su doncella que no la esperase levantada. Oyó a su marido abajo preparándose un whisky con soda.

Y entonces, obedeciendo a la extraña ansiedad de su corazón, subió sigilosa al cuarto de su hijo. Recorrió el pasillo de arriba. ¿No sonaba un ruido apagado? ¿Qué era?

Se detuvo delante de la puerta con los músculos contraídos; escuchó. Se oía un ruido extraño, pesado, aunque bajo. El corazón se le paralizó. Era un ruido sordo, pero impetuoso, precipitado. Algo enorme se movía de manera violenta y apagada. ¿Qué era? ¡Por Dios!, ¿qué era? Debía saber qué era. Estaba segura de que *conocía* ese ruido. Sabía qué era.

Sin embargo no conseguía identificarlo. No podía decir qué era. Y seguía y seguía como una locura.

Suavemente, helada de ansiedad y de temor, hizo girar la manivela de la puerta.

La habitación estaba a oscuras. Sin embargo, en el espacio cercano a la ventana, oyó y vio algo que iba y venía. Se quedó mirándolo con asombro y temor.

Y a continuación, de repente, encendió la luz; y vio a su hijo, con su pijama verde, meciéndose furiosamente sobre su caballito balancín. El resplandor de la luz iluminó súbitamente al chico cuando fustigaba frenéticamente a su caballo de madera, y también a ella, inmóvil, rubia, con su vestido verde pálido y cristal, en el vano de la puerta.

—¡Paul! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Es Malabar! —gritó el chico con voz extraña y poderosa—. ¡Es Malabar!

Sus ojos la miraron furiosos durante un extraño e insensible segundo a la vez que dejaba de mecer su caballo de madera. Y entonces se cayó

redondo al suelo; y su madre, con toda su atormentada maternidad agolpándosele en el corazón, se lanzó a levantarlo.

Pero estaba inconsciente. Y siguió inconsciente, aquejado de algún tipo de fiebre cerebral. Deliraba y se agitaba, mientras su madre permanecía petrificada junto a su cabecera.

—¡Malabar! ¡Es Malabar! ¡Bassett, Bassett, lo sé: es Malabar!

Así gritaba el niño, tratando de levantarse para mover el caballito balancín que le daba la inspiración.

—¿Qué quiere decir con eso de Malabar? —preguntó la madre con el corazón encogido.

—No lo sé —dijo el padre, ajeno.

—¿Qué quiere decir con eso de Malabar? —preguntó ella a su hermano Oscar.

—Es uno de los caballos que corren el Derby —contestó él.

Y haciendo de tripas corazón, Oscar Cresswell habló con Bassett, y apostó mil libras a Malabar: catorce a uno.

El tercer día de la enfermedad era crítico: esperaban que se produjese un cambio. El chico, con su pelo largo y rizado, se agitaba sin cesar sobre la almohada. Ni dormía ni recobraba la conciencia; y sus ojos eran como piedras azules. Su madre, sentada, y con la sensación de habersele secado el alma, se estaba convirtiendo en una piedra de verdad.

Al atardecer no acudió Oscar Cresswell; pero Bassett fue a preguntar si podía subir a verlo un momento; un momento nada más. A la madre de Paul le irritó sobremanera lo que consideraba una impertinencia; pero recapacitó y accedió: el chico seguía igual; quizá Bassett podía hacer que volviera a la conciencia.

El jardinero, un individuo pequeño con bigotito castaño y ojillos marrones y sagaces, entró de puntillas en la habitación, se tocó su gorra imaginaria a manera de saludo a la madre de Paul, se acercó a la cama y se quedó mirando con sus ojos menudos y brillantes al niño agitado y moribundo.

—¡Señorito Paul! —susurró—. ¡Señorito Paul! Malabar ha entrado primero: una victoria completa. Hice lo que me dijo. Usted ha ganado más

de setenta mil libras, sí señor; tiene ya más de ochenta mil. Ha sido Malabar, señorito Paul.

—¡Malabar! ¡Malabar! ¿No había dicho yo que sería Malabar, madre? ¿No había dicho yo Malabar? ¿No crees que soy afortunado, madre? Sabía que sería Malabar. ¡Más de ochenta mil libras! Eso es ser afortunado, ¿no te parece, madre? Malabar ha sido el primero. Si cabalgo sobre mi caballo hasta que estoy seguro, Bassett, puedes subir la apuesta lo que quieras. ¿Apostaste todo lo que tenías, Bassett?

—He apostado mil a él, señorito Paul.

—Nunca te he dicho, madre, que si cabalgo sobre mi caballo, y *llego*, entonces estoy completamente seguro... ¡Absolutamente seguro! ¿Te lo he dicho alguna vez, madre? ¡Soy afortunado!

—No; no me lo habías dicho —dijo la madre.

Pero el chico murió por la noche.

Incluso mientras yacía muerto, su madre oyó la voz de su hermano que le decía: «¡Dios mío, Hester, tienes ochenta y pico mil en tu haber, y una pobre criatura en el debe! Pero ¡pobre, pobre criatura!; es mejor que se haya ido de un mundo en el que tiene que montar un caballito balancín para descubrir un ganador».

EL MORO

Silvina Ocampo

*Indio volveme mi moro
que me has llevado la vida.*

Oía aquella tarde esa canción cantada por Gardel, en la radio del almacén de Tres Arroyos, cuando me enteré por boca de Ireneo, que no era mentiroso, de algo increíble: que en Francia la gente comía carne de caballo, y que al dueño del establecimiento donde yo trabajaba le habían propuesto como negocio (el desgraciado aceptó en el acto) comprarle caballos para mandarlos en barco a Francia.

Yo tenía ocho años. A pesar de mi corta edad, trabajaba de peón como un hombre, mejor que un hombre porque no era haragán. Quizá mi habilidad y diligencia me volvían simpático, pues todos los peones me regalaban algo; es cierto que les hacía parte del trabajo. ¡Pero qué regalos recibía! El más extraordinario que conservo hasta hoy fue aquel par de espuelas con estrellitas de plata.

Yo era el último en acostarme y el primero en levantarme para encender el fogón, cebar mate o ensillar los caballos. A más de Guacho me llamaban Bichofeo, porque era feo, Comadreja, porque robaba huevos de noche, Tero, porque tenía las piernas flacas.

Sabía hacer todo lo que saben hacer los hombres: beber, fumar, jugar a las bochas o a la taba, enlazar, cuerear y otras cosas que no digo. Me gustaban los caballos: eran mi juguete, pero también mi herramienta de trabajo. En la tropilla del desgraciado de don Eusebio (del establecimiento La Felicidad, de Tres Arroyos) había caballos de todos los pelos: alazanes, gateados, zainos, azulejos, tobianos, rosillos, picazos, malacaras, colorados, bayos, tordillos, negros, blancos. Todos me gustaban, salvo el blanco, que atraía los rayos, el rosillo que parecía sucio. El mío era moro y uno de los pocos de ese pelo en mi pago. Tal vez por ese motivo me gustaba tanto la canción del Moro, cantada por Gardel, que a menudo oía en la radio de Tres Arroyos.

Yo no era caviloso ni inclinado a creer en la mala suerte, aunque tuviera ya experiencia de adulto. Empecé a temer que embarcaran el moro con el resto de la tropilla, pues no sólo era mañero y medio manco, sino bichoco, y no me pertenecía. Los hombres del establecimiento, salvo Ireneo, que tenía un corazón de oro, daban poca importancia a la amistad que me unía al caballo. Por esa amistad yo me creía poco menos que su propietario, pero en ese punto reconozco que me equivocaba.

El tiempo rápidamente reveló que mis temores eran justificados.

Fijada la fecha de partida, en el establecimiento se hizo un rodeo: apartaron los caballos que mandarían a Bahía Blanca, para embarcarlos en un buque de carga francés, llamado *Mistral*. Tres hombres y yo los arrearíamos hasta el puerto. Luego el capataz e Ireneo se embarcarían con la tropilla, destinada al matadero en Francia. Como si yo también fuera a embarcar me despedí de mi madre, que insistió en no dejarme ir a Bahía Blanca, para no quedar sola. En vez de besar su mejilla besé su esclavina de lana azul y pensé que me iría más lejos aún.

Era pleno verano. Durante el trayecto arreamos los caballos de sol a sol. Llevé poco equipaje; justo lo necesario para un viaje largo: las espuelitas y el poncho. De continuo el capataz nos retaba a Ireneo y a mí; esto me unía a Ireneo. Yo discurría tretas para embarcarme. ¿Qué podía hacer sin la ayuda de alguien? ¿Podría esconderme en el barco hasta que zarpeáramos? ¿Quedarme con el Moro? ¿Huir a último momento con él? La solución fue mejor. Yo sabía que la cebolla hacía llorar los ojos. Antes de llegar a Bahía

Blanca (el trayecto duró una semana entre una cosa y otra), robé una cebolla en la cocina de una fonda donde nos apeamos y, para conmovier a Ireneo, me la pasé por los ojos. Todo salió como por encanto, pues estuve media hora a solas con él, lagrimeando, mientras el capataz se lavaba los pies, orinaba en la letrina o cumplía otros engorrosos preparativos para proseguir el viaje. Expliqué a Ireneo la causa de mi llanto: el Moro era un caballo extraordinario; para salvarlo me embarcaría con él. Un llanto verdadero hubiera sido menos elocuente. Ireneo me dijo:

—Un hombre no llora y menos cuando lleva espuelas y se llama Bichofeo. El Moro no vale nada, pero todo va en gustos... ¡Caray que estás hediondo!

Prometí, si yo me bañaba, armar personalmente, con el pretexto de llevar en lugar seguro las herramientas, un enorme cajón para esconderme durante el viaje. Así lo hizo, porque era hombre de palabra. En lugar de pasear por Bahía Blanca, el día de nuestra partida preparó el cajón, en el que agregó una cama de paja y unas arpilleras para cubrirme. A último momento me deslicé en el escondite. Ireneo clavó las tablas que me encerraban, dejando algunos agujeros para que yo pudiera respirar y aun ver. Con muchas recomendaciones pidió a los estibadores que no golpearan demasiado el cajón, para que no se rompiera la madera. Con la grúa lo subieron a bordo, sin tropiezos.

Durante cinco días dormí en la cubierta, sobre la cama de paja, entre los caballos. Ireneo me visitaba para traerme comida. Salía de mi escondite de noche y como tuve suerte de no ser visto, me atreví a pasear por la cubierta en horas más peligrosas. El capataz me sorprendió abrazado al Moro. Entonces Ireneo pareció tan asombrado como él. Discutieron si me arrojarían al mar, pues mi presencia en el barco podría traer disgustos. Luego convinieron en tirar a la suerte con una moneda. Estaban borrachos. Me di cuenta de ello porque se servían continuamente vino de una damajuana. «Los franceses en los barcos llevan bebidas buenas; están dispuestos a cambiarlas por yerba o maní», me había dicho Ireneo el día anterior.

—¿Cara o cruz? —dijo Ireneo.

—Cara —dijo el capataz.

Ireneo tiró la moneda al aire y la barajó en la palma de la mano. Salió cara.

—Lo tiraremos al mar —murmuró el capataz.

La palabra más cruel me la dijo Ireneo:

—Despedite del Moro, Bichofeo.

Estiraron un poncho sobre el piso. Me despedí del Moro, como lo había ordenado Ireneo, y me eché de boca sobre el poncho, acurrucándome después sobre un costado. Los hombres tomaron el poncho por las puntas y me levantaron en el aire. Si hubiera sido en broma, el juego me hubiera gustado. El barco se movía y tambaleándose los hombres se arrimaron a la borda. Como si hubieran comprendido, los caballos relincharon; pero no lo hacían por mí, sino de terror, porque se levantaba una tormenta. Los marineros aparecieron en la cubierta, treparon a los mástiles, desanudaron sogas, anudaron otras. El capataz y mi amigo soltaron las puntas del poncho y me dejaron caer al suelo.

—Arréglate como puedas —me dijeron, acodándose a la borda.

—Yo me lavo las manos —declaró el capataz, encendiendo un cigarrillo.

—Decile al Moro que te proteja. ¿No lloraste por él, como una mujer, cuando llegábamos a Bahía Blanca?

Me senté sobre unas sogas, más muerto que vivo. Yo con el susto, el capataz e Ireneo con la borrachera, no hacíamos caso de la tripulación, que iba y venía; ni siquiera del capitán, que se acercó y me dijo dos o tres palabras en francés, palmoteándome el hombro. Supe después que me tomó por un fantasma, por una de esas visiones producidas por el delirio que alguna vez padeció. Ahora, cuando recuerdo, pienso que tal vez estaba beoda la tripulación entera, pues se conducía tan caprichosamente que era difícil comprender lo que hacía y por qué lo hacía. La tormenta arreciaba, crujían las maderas como si el barco se quebrara. Los relinchos aumentaron. El capataz e Ireneo estaban marcados, los caballos también: daba risa mirarlos. Eso sí, ver a Ireneo, que era tan hombre, vomitar, me causó pena. Yo gateaba por la cubierta y con gusto recibía el agua en el pelo y en la cara. Por primera vez veía el mar enojado.

Cuando calmó la tormenta, sequé mi ropa al sol. Ireneo me dio una manta. No tardaron mis compañeros en obligarme a hacer todo el trabajo. Tenía que bañar los caballos, darles la ración, limpiar las camas. El capataz e Ireneo conversaban todo el día o bebían o jugaban a la taba con marineros que conocían dos o tres palabras de castellano. Como el Moro y yo, los hombres se entienden mejor cuando no hablan el mismo idioma.

Soñé una noche que montado en el Moro galopaba por el mar en dirección al sol del poniente, hasta llegar de nuevo a Tres Arroyos. Muchas veces deseé bajar del barco y alejarme en aquella extensión misteriosa donde no había alfalfa, ni trigo, ni girasol, ni lino, ni barro, ni tierra arada, ni greda, ni arboledas, ni pájaros, ni vacunos, ni majadas, sino agua azul, agua verde, agua negra con espuma.

Ireneo y el capataz discutían a menudo, mientras yo bañaba o daba la ración a los caballos. ¿De qué discutían? No sé. Miraban un pianito de Francia y le dibujaban cruces con un lápiz; hablaban de un dinero que repartirían entre ellos, también.

El barco atracó en Pernambuco. En el puerto, mercachifles exhibieron inmediatamente carpetas, colchas, canastas, adornos de celuloide, muñecos de madera. Ireneo me preguntó si quería que me comprara algo. Era bueno Ireneo. Le pedí un pajarito, porque pensé que era lo más barato y que alegraría al Moro, porque en el campo un tordo solía posarse sobre su lomo. Le pedí también un cortaplumas, porque me hacía falta para limpiarme las uñas.

—¿Y abrigo? —me dijo—. ¿No sabes que hay nieve en Francia? Me encogí de hombros.

—Con el ponchito basta —le contesté.

Casi desnudo me escondí en el cajón. Como fogón ardía el sol. Gotas de sudor chorreaban por mi frente. Era carnaval y algunas máscaras, al caer la noche, bajaron al embarcadero, buscando un barco argentino, donde había fiesta. Pasaban con sus caretas, bailaban, tiraban serpentinas a nuestro barco vacío. Salí de mi escondite y me asomé. Vi una fila de negros, algunos con bolsas al hombro, otros con pescados colgando de una caña; no sé si

pertenecían a la comparsa enmascarada o si eran peones que aprovechaban el fresco de la noche para trabajar. Los caballos, apesadumbrados por el calor y las moscas del día, agachaban las cabezas. Sin olvidar mi obligación los bañé y les di agua, antes de recorrer el barco, aprovechando el rato de soledad.

Amanecía cuando volvieron el capataz e Ireneo. Me escondí. Como llegaban borrachos yo sabía lo que me esperaba. Ireneo traía un cacho de bananas y una jaulita; el capataz, un sombrero de paja aludo, lleno de chirimoyas y de abacachís. Nada bueno me esperaba; cuando estaban borrachos no tenían otra preocupación que deshacerse de mí.

—¿Dónde está? —vociferaba el capataz, mientras subía la planchada, mirando a todos lados.

—Ahí me parece haberlo visto —respondió Ireneo.

—Yo lo vendo por nada, por veinte reis. En casa de la loca limpiará los patios: puede darse por bien servida. Y él, qué más quiere. Comerá bananas todo el santo día, como un mono.

En la dársena una mujer de pelo rojo, extravagante, agitaba una mano, miraba el barco, esperaba probablemente que me entregaran de una vez el capataz e Ireneo. Me buscaron hasta la salida del sol. Bajaron del barco y de nuevo subieron. Mi escondite era seguro, pues me alojé en un camarote vacío, por cuyo ojo de buey veía todo. El barco tembló, sonó la sirena, se levantó la planchada, golpeó la cadena del ancla contra los hierros del casco. Aproveché el movimiento para salir del camarote y meterme en el cajón.

Cuando estábamos navegando, advertí que Ireneo y el capataz dormían en la cubierta. Ireneo, junto a la jaula que en lugar de un pájaro contenía un monito, y al cacho de bananas; el capataz junto al sombrero de paja con chirimoyas. Me acerqué, arranqué cuatro bananas, regalé una al mono y comí las otras; tenía hambre, pues Ireneo me daba alimentos una vez por día, y nunca frutas sino las sobras de su comida, que era abundante, pero no de mi agrado. El mar, tan parecido a la llanura, ya no fue verde, sino azul, cuando dejamos Pernambuco.

Tramábamos con Ireneo una huida a nado con la tropilla, para salvarla del matadero. ¡Parecía tan fácil! Mucho más fácil que llegar a Francia.

A veces el monito andaba con Ireneo, que lo llevaba bajo el poncho, porque era friolento, y a veces conmigo. Lo bautizamos Maní.

Un caballo enfermó de locura. Hubo que tirarlo al mar para que nadie se enterara de la enfermedad, pues si no al llegar a Francia nos hubieran puesto en cuarentena, y ¡adiós negocio!

—Si otro caballo enloquece, también lo tiramos al mar —decía el capataz, moviendo una mano amenazadora—. Hay que evitar que descubran la enfermedad y nos arruinen el negocio, aunque debamos echar al agua toda la tropilla.

Yo observaba al Moro con inquietud. Un día lo noté triste y le puse vino en el agua, para alegrarlo.

El capitán, que sabía algunas palabras de castellano, conversaba a menudo con Ireneo y con el capataz. De nuevo habló de que había un niño a bordo, quizá un polizonte; a lo que Ireneo le dijo que si padecía de delirio era mejor que se cuidara.

De noche las fosforescencias y de día los peces voladores me deslumbraban. Las horas pasaron con rapidez; ni tiempo me daban para dormir. Ireneo discutía siempre con el capataz; a ellos tampoco el tiempo les alcanzaba. Con desgano jugaban a la taba o al truco, alumbrados por un farol.

Una noche en que jugaban por plata, el capataz gritó ¡trampa! Ireneo contestó riendo. El capataz lo arrinconó contra la borda. Relucieron los cuchillos. El de Ireneo cayó al suelo. Lo recogí. Quise alcanzárselo, pero lo tomó el capataz y se lo clavó en el pecho. El capataz trató de reanimar a Ireneo toda la noche. Antes de que amaneciera envolvió el cadáver en bolsas, las ató con sogas y lo tiró al mar. Me dijo:

—Diremos que se suicidó. Total, le hice un favor. ¿Para qué quería vivir?

Cuando la tripulación se enteró de que faltaba Ireneo, lo buscaron hasta en la bodega. Casi me descubren a mí. ¡Pero a mí ya no me importaba!

Uno de los marineros encontró sobre la cucheta de Ireneo un papel que decía: «No me busquen porque voy a tirarme al mar. Ahí acabarán mis penas. Ireneo». El capataz era como un hombre que perdió a un hermano, cuando el capitán le palmeó la espalda.

Con la desaparición de Ireneo el capataz se ocupó del mono y de nú. Me trajo vino: lo tiré al mar. Me trajo comida: la tiré al mar. Durante cinco días no probé bocado, pero desfallecía, y avergonzado comí para no morir. El capataz me regaló el rebenque de Ireneo, que tenía empuñadura de plata: sin contestarle, mirándolo en la cara, lo acepté.

Cuando llegamos a Francia, llovía. Con el apuro de los últimos momentos Maní quedó en el barco. Con la grúa me bajaron en el cajón, me depositaron en la dársena de El Havre. Divisé a Maní junto a la baranda de la cubierta. Le grité adiós.

En la entrada del pueblo había ruinas. Fue allí donde el capataz sacó una carta arrugada y me anunció la muerte de mi madre. Él andaba medio encorvado, porque maldad y deformidad van juntas. Se quitó la boina y me alargó la mano. Crucé los brazos.

—Lo siento de verdad —me dijo, y agregó—: Si querés quedarte con el Moro, te lo regalo, Bichofeo.

—Me llamo Luis —le respondí, pensando que los asesinos tienen cara de gusano.

Emprendimos el viaje de El Havre al matadero. De mi mano cayó el gorro de arpillera que usaba Maní en el barco. Francia estaba tan vacía como el partido de Tres Arroyos, pero hacía más frío. Yo, montado en el Moro, el capataz en un alazán, arreábamos la tropilla. Desde aquel día odio los alazanes. Fue largo el trayecto, como fue largo el trayecto de Tres Arroyos a Bahía Blanca; ningún cerco de cina-cina, ningún eucalipto nos guarecía. Los caminos arbolados se estiraban hasta el horizonte. Los pueblos tenían calles torcidas y angostas. El ciclo estaba más lejos y no reconocí las estrellas. ¿Dónde estarían las Tres Marías y los Siete Cabritos? Ya habíamos pasado una semana en aquel país parecido al nuestro y tan diferente. Nos acercábamos al matadero. Oímos los bramidos de los animales en la mañana. Entonces, en el momento en que la tropilla, súbitamente aterrada, comprendiendo dónde la llevábamos, se detuvo,

arrimé mi caballo al del capataz. ¿Qué había en la mirada mía para asustar a un hombre? Le crucé la cara de un rebencazo y le grité:

—Por Irene.

Largué la rienda al Moro, clavé las espuelas. Huí en dirección adonde habíamos desembarcado. Galopé, sin mirar a dónde iba, no sé cuánto tiempo. Cuando el Moro, bañado en sudor, se detuvo, como si se le aflojaran las patas, caí contra su pescuezo, abrazado. Una mujer me habló. Yo miraba a lo lejos. La mujer tenía una esclavina azul. Me bajé del caballo y ella tomó las riendas. Me desmayé sobre su pecho, con la cara contra la esclavina. Acariciándome el pelo, dijo algo en francés, que no entendí, pero yo oí las palabras que me dijo mamá cuando me fui a Bahía Blanca: «Quedate con tu madre» y la voz de Gardel que cantaba en la radio del almacén de Tres Arroyos.

LA HUIDA DEL CORCEL BLANCO

Mark Helprin

[Traducción de Elisa Lucena]

Érase una vez un corcel blanco en una tranquila mañana de invierno. Una nieve blanda y no demasiado profunda cubría las calles de la ciudad. En el cielo brillaban incontables estrellas. Por Oriente ya se anunciaba la mañana con un impreciso tono azulado. El aire no se movía, pero había que contar con que pronto, tras la salida del sol, un viento helado llegaría rugiendo al cauce del Hudson.

El caballo había huido de su establo, un estrecho vallado en el barrio de Brooklyn. Solo, ahora trotaba por el puente de Williamsburg, que presentaba gran densidad de tráfico durante todo el día. El hombre que debía cobrar el peaje del puente desde muy temprano hasta tarde seguía durmiendo junto a su estufa.

La nieve reciente amortiguaba el ruido de los cascos del corcel. Más de una vez volvió la mirada para asegurarse de que nadie le seguía. Desde su huida de Brooklyn había recorrido a buen ritmo cuatro o cinco millas, pasando por delante de silenciosas iglesias y tiendas aún cerradas.

Más abajo, hacia el sur, en la desembocadura del Hudson, se abría paso al mismo tiempo el transbordador, un punto brillante en el alba que

avanzaba entre témpanos de hielo camino de Manhattan, donde a esa temprana hora sólo estaban en pie unos cuantos comerciantes y mujeres que trabajan en el mercado. Esperaban a que los barcos pesqueros llegaran deslizándose por la nocturna y tranquila corriente a través del *Hell Gate*.

Lo que había hecho el corcel carecía de sentido, y lo sabía. En breve se levantarían su amo y la esposa de éste, encenderían el fogón y comenzarían su jornada laboral. El gato volvería a sufrir la dolorosa humillación de ser expulsado con cajas destempladas de su caldeado rinconcito en la cocina y, con la cola por delante, aterrizaría sobre una pila de virutas de sierra cubiertas por la nieve. El aroma de las moras y de los crepes calientes se mezclaría con el olor dulzón de la leña resinosa, y poco más tarde el señor de la casa atravesaría el patio con paso firme para darle primero forraje a él, el corcel blanco, y luego engancharlo al carro cargado de botellas de leche. Pero el establo estaba vacío, y por los alrededores no había huella alguna del corcel blanco.

«Ésta es una buena broma», se dijo el corcel. Esta forma de protestar tan rebelde aumentó los latidos de su corazón y le produjo una deliciosa inquietud. Él sabía con certeza que su amo no tardaría en seguirle. Quizá debiera estar dispuesto a recibir algunos dolorosos golpes, pero al mismo tiempo sentía que su amo no sólo estaría enfadado, sino que también le divertiría el asunto y se sentiría halagado porque de nuevo era él, el corcel, el que había conseguido organizar su huida con valor y astucia. Eso merecía respeto. Una revuelta insignificante y poco imaginativa como el derribo de la puerta del establo con los cascos había sido en otras ocasiones castigada con razón con el látigo, pero incluso entonces su amo no hacía siempre uso de él. Sabía valorar el espíritu levantisco de su caballo, y su misteriosa inteligencia le llenaba de un sentimiento de gratitud y reconocimiento. Hasta ese momento había sucedido lo contrario, al minusvalorar la astucia del corcel. Por lo demás, quería a su caballo y realmente no le importaba andar tras él por todo Manhattan. Estas escapadas le proporcionaban siempre una excusa para reunir a todos sus amigos y recorrer con ellos los bares del barrio. Tras un par de cervezas y chupitos se anunciaba a los parroquianos y preguntaba si alguno había visto a su hermoso, alto y nívoo

corcel, el cual había vuelto a escaparse y andaba por la ciudad sin bocado, riendas ni gualdrapa.

El corcel no podía resistirse a Manhattan. Esta parte de la ciudad le atraía como un imán, como el vacío, como un saco de avena, como una yegua o como una avenida infinita, ribeteada de árboles.

Una vez llegado al otro extremo del puente, el corcel se quedó petrificado. Ante él se extendían miles de calles. Reinaba un profundo silencio. Sólo el viento susurraba bajito. La ciudad parecía desierta. La nieve reciente se había amontonado en las calles formando pequeños remolinos que aún no habían sido hollados por pisadas ni ruedas de coches. Lleno de alegría, el corcel contempló ese laberinto blanco. Se puso de nuevo en movimiento y trotó delante de teatros cerrados, de oficinas y casas de botes cuyos tejados nevados recordaban un bosque en invierno. Ribeteaban el camino del corcel oscuras naves de fábricas y parques vacíos, a continuación de los cuales aparecía una hilera de casitas desde cuyas chimeneas ascendía el olor al fuego recién encendido del hogar, que llenaba el aire de un confortante presentimiento de calor y abrigo. Mas, poco después, se ofrecía a la mirada del fugitivo tras un par de ventanas iluminadas la repulsiva imagen de un albergue nocturno para mendigos, en el que holgazaneaba toda clase de chusma propia de la gran ciudad. Cerca del mercado se abrió repentinamente una puerta, y un cubo lleno de agua hirviendo cayó borboteante y humeante sobre la nieve de la calle. El corcel se asustó y, a trote corto, se hizo a un lado. Casi tropezó a la puerta de una cochera con el cadáver de un hombre cuyo cuerpo, petrificado por el frío y envuelto en harapos, tenía el crudo realismo de un ataúd.

Trineos y coches tirados por robustos jamelgos partían del mercado hacia todos los puntos cardinales al encuentro de sus destinos, situados en algún lugar de la ciudad. Pero el corcel rodeó ese ajetreado lugar, pues allí, aun al amanecer, reinaba una actividad tan frenética como al mediodía. Prefirió limitarse a las tranquilas calles laterales, donde enormes andamios llenaban los huecos entre las líneas de casas y exhibían una febril labor constructora. Era raro que perdiera de vista los nuevos puentes, que conectaban la bella y delicada Brooklyn con la altiva y rica Manhattan y acercaban los barrios de los alrededores al centro de la ciudad. No sólo

cubrían la distancia sobre el agua oscura, sino que unían también los sueños de los hombres.

La cola del corcel oscilaba a un lado y a otro mientras trotaba alegremente por silenciosos bulevares y avenidas. Su paso tenía algo de bailarín, y no era de extrañar que así fuera. Un caballo no es sólo un animal bello, sino que tiene sobre todo la notable propiedad de moverse siempre como si siguiera los acordes de una música. Con una determinación que sorprendió al propio corcel, partió al trote en dirección sur, hacia el Battery Park. Ya estaba al final de una larga calle estrecha cuando reconoció un campo cubierto de nieve que atravesaban las sombras de altos árboles.

El agua del puerto adquiría a la luz del joven día diversas tonalidades; se mecía formando estratos de color verde, plata y azul. Al otro lado del Hudson, al final de ese esplendor irisado, se elevaban sobre el horizonte, tras un blanco velo de niebla, los imponentes aledaños de una ciudad. El sol naciente la bañaba en un reflejo de oro blanco que se hacía cada vez más nítido, engañaba a los ojos con gelatinosas oleadas de calor que reverberaban. Allí podrían erigirse tanto mil ciudades como los umbrales del cielo.

El caballo se detuvo. Sus ojos se llenaron de una luz dorada. De su ollar no salía ninguna nube de vapor mientras contemplaba desde la distancia aquel espectáculo que quitaba el aliento. Su inmovilidad le confería la apariencia de una estatua. Su mirada, fija, se dirigía hacia la llama dorada que ardía en su lecho azul. ¡Qué perfección! Sin más tardar se decidió a buscar aquel lugar.

Se puso en marcha, pero poco después comprobó que el acceso al Battery Park a través de una alta puerta de hierro estaba cerrado. Así, se dio la vuelta y lo intentó por otro lugar, pero volvió a encontrarse ante una puerta de similares características. Esto se repitió de nuevo, pero quería probar todas las calles posibles. Entretanto el resplandor dorado se hacía cada vez más brillante en la lejanía, hasta que calentó la mitad del mundo.

El corcel, atrapado en aquel laberinto de calles, seguía sin querer darse por vencido. El Battery Park, aquella superficie ancha y blanca, le parecía el único camino hacia la luz dorada. Le atraía de una manera tan irresistible como si ése hubiera sido su destino desde su nacimiento. Desesperado,

galopó por avenidas y calles, atravesando parques cubiertos de nieve y plazas también nevadas. Nunca perdió de vista el cada vez más nítido fulgor dorado.

Al final de la última calle, que desembocaba en un espacio abierto, le obstruyó el paso una de aquellas puertas de hierro. Sin embargo, estaba cerrada con un simple cerrojo. La respiración del corcel se hizo más difícil, y su cabeza se cubrió del vapor de su ollar cuando aguzó la vista para observar a través de la barra de celosía. Todo fue en vano. Nunca pisaría el Battery Park para elevarse de algún modo desde el agua verde y azul del río hacia el resplandor dorado.

En ese instante quiso darse la vuelta y emprender el camino de regreso a través de la ciudad hasta llegar al puente que le conduciría sobre el río a Brooklyn, pero entonces llegó a sus oídos un ruido que sonaba como un lejano oleaje. Este ruido iba aumentando cada vez más, hasta que el corcel comprendió lo que era: la trápala de muchos pies. Pronto creyó sentir cómo la tierra se estremecía de una manera casi imperceptible, igual que si otro caballo hubiera pasado a su lado. Pero no había ningún caballo, se trataba de muchos hombres que se acercaban a pie. ¡De repente allí estaban! El corcel vio cómo atravesaban el parque corriendo. Dicho de un modo más preciso, caminaban a grandes zancadas, pues sólo así podían avanzar de alguna manera en la nieve, que cubría hasta la rodilla. Esto debía de resultar bastante fatigoso, y desde la distancia parecía como si se movieran al ralentí. Pasó un buen rato hasta que los hombres alcanzaron el centro de aquel extenso campo. El corcel se dio cuenta de que uno del grupo, que constituía una buena docena, parecía correr delante. El fugitivo jadeaba y agitaba los brazos con violencia. Entretanto, haciendo un esfuerzo, había aumentado un poco su ventaja. Más de una vez se cayó, pero enseguida se ponía en pie y seguía corriendo. Algunos de los otros también se cayeron, pero demostraron ser menos ágiles que la presa. Así, sucedió que los perseguidores no tardaron en formar una larga fila. Agitaban los brazos y proferían gritos incomprensibles. El hombre que iba a la cabeza no les prestaba atención, sino que seguía corriendo como si algo le atrajera. Sólo al dar un salto para sortear un remolino de nieve, extendió los brazos y los balanceó.

Al corcel le gustaba aquel hombre que ya no estaba lejos. El fugitivo se movía bien, no como un caballo o un bailarín o alguien que se pasa la vida escuchando música, pero de todos modos se desenvolvía con una cierta valentía y arrojo. Lo que estaba pasando allí parecía tener que ver de alguna misteriosa manera con el hecho de que ese hombre se moviera así. No se trataba de una persecución normal. Los otros se acercaban cada vez más al fugitivo, algo que en verdad era difícil de entender, pues llevaban pesados abrigos y sombreros cubriendo sus cabezas. Él, la presa, corría por la nieve descubierto y con una gruesa chaqueta. Alrededor del cuello se había anudado un pañuelo. Aun desde la distancia se podía reconocer con claridad que llevaba botas de invierno, mientras que sus perseguidores calzaban sus pies con zapatos normales de calle. Seguramente llevaban tiempo llenos de nieve y empapados. Pese a todo, los otros eran más rápidos que el hombre que corría delante de ellos. Parecían estar en mejor forma que él y también tenían más práctica en tales cometidos.

De repente, uno de los perseguidores se detuvo y abrió ligeramente las piernas, sacó una pistola, apuntó y disparó sobre el hombre que huía. El eco del disparo reverberó en las fachadas de las casas situadas en los márgenes del parque. Inquietas y asustadas, algunas palomas revolotearon por el cielo. La presa echó una breve ojeada a su alrededor y cambió de dirección. Ahora se dirigía directamente hacia la puerta de hierro tras la que se encontraba el corcel blanco. Esta maniobra hizo que los perseguidores ganaran aún más tiempo, pues naturalmente habían cambiado de dirección con el fugitivo. Esto significaba que ellos corrían hacia la puerta de hierro en un ángulo más favorable que el hombre detrás del que iban. El primero de los perseguidores se había adelantado sesenta o setenta pasos. También él se detuvo de repente, sacó un arma del bolsillo de su abrigo y disparó. La detonación parecía tan cercana y era tan ensordecedora que el corcel se sobresaltó y dio un salto hacia atrás.

Entretanto, el fugitivo se había acercado mucho a la puerta. El corcel, al que todo el asunto le resultaba extraño, retrocedió aún más y se escondió en una cochera. Pero no pudo contenerse por mucho tiempo. Su curiosidad era más fuerte. Con precaución espió desde una esquina. Justo en ese momento el fugitivo golpeó desde abajo el cerrojo de la puerta con tanta fuerza, que

éste rebotó emitiendo un sonido claro y metálico. A continuación, cerró la puerta tras de sí con toda energía, sacó una corta y gruesa vara de hierro del bolsillo y, jadeando, atizó con ella el cerrojo hasta que éste se curvó de tal manera que ya no era posible moverlo. El hombre se volvió y corrió calle arriba. La expresión de sus ojos revelaba que se sentía acosado.

Sus perseguidores ya habían alcanzado la valla cuando él resbaló en un charco helado y se desplomó. Cayó al suelo, su cabeza dio contra el adoquinado y se quedó inmóvil. Con el corazón en un puño, el corcel vio que los doce hombres se abalanzaban contra la puerta como una tropa de soldados. Casi parecían la caricatura de una banda de criminales. Sus rostros resultaban de alguna manera sospechosos: tenían todos ellos cejas pobladas y unidas en el entrecejo, mentones huidizos y narices que parecían cosidas, o, al menos, éste era el aspecto que ofrecían. La profunda línea de nacimiento de sus cabellos era como un grotesco glaciar que hubiera avanzado demasiado río abajo. La crueldad se encendía en ellos como una azulada chispa eléctrica que saltara crepitante el vacío abierto entre dos polos. Uno sacó su pistola y apuntó al caído, pero otro, al parecer el cabecilla, ordenó:

—¡No, así no! ¡Ya lo tenemos! Lo remataremos lentamente con el cuchillo.

Hizo a sus hombres una señal. Se dispusieron enseguida a trepar por la puerta. Si el corcel no hubiera sacado la cabeza desde su escondite en la esquina de la casa y no hubiera mirado, el hombre seguramente se hubiera quedado tendido donde estaba y se hubiera rendido. Por cierto, se llamaba Peter Lake. En voz alta, se dijo a sí mismo: «Debes de estar en un buen aprieto cuando un caballo te mira con tanta compasión. ¡Tonto!». Estas palabras parece que le dieron nuevas fuerzas, pues se levantó y gritó:

—¡Eh, caballo, ven!

Los doce hampones, que no podían ver el caballo desde la puerta, debieron de pensar que Peter Lake había perdido el juicio o intentaba volver a engañarlos.

—¡Caballo! —repitió Peter.

El corcel volvió la cabeza.

—¡Caballo, ven aquí, por favor!

Detrás de Peter, los primeros perseguidores habían alcanzado la parte de la puerta que miraba hacia él. Peter extendió los brazos:

—¡Ven! —volvió a decir suplicante al caballo.

Los hampones ya no tenían prisa. En la calle no se veía un alma, y Peter Lake no hacía ademán de huir. ¡Ahora lo tenían seguro!

El corazón de Peter latía tan aprisa como si quisiera saltar de su pecho. Se sentía tan ridículo como un juguete mecánico cuyos movimientos estuvieran descontrolados porque alguna ruedecilla hubiera dejado de prestar servicio.

—¡Oh, Dios mío! —se le escapó en su desesperación—. ¡Oh, Jesús, María y José, envíadme una pesada apisonadora a vapor!

Pero, naturalmente, no sucedió un milagro semejante. Todo dependía ahora del caballo.

De un brinco saltó el corcel blanco el charco helado y se colocó junto a Peter Lake. Bajó la cabeza para que el hombre pudiera abrazarse a su delgado cuello. Inmediatamente, Peter se sentó a lomos del caballo. ¡Otra vez lo había conseguido! Ni siquiera los disparos que retumbaban a sus espaldas podían empañar la sensación de triunfo que le embargaba. El caballo no tardó en darse la vuelta sobre su tercio posterior, se inclinó ligeramente como para saltar y llenó sus pulmones del frío aire invernal. Dio un vigoroso salto y empezó a galopar a gran velocidad. Peter se volvió sonriendo con arrogancia para mirar a sus embaucados perseguidores. Algunos de ellos dieron unos pasos, como si quisieran correr tras él. Otros, entre los cuales también se encontraba Pearly Soanes, estaban echados contra la puerta de hierro y vaciaban sus cargadores profiriendo execraciones. Pearly fue el primero en abandonar aquel tiroteo carente de sentido. Se mordía el labio inferior, y se le veía en la cara que ya estaba pensando en nuevas estratagemas para atrapar algún día a su huidizo oponente.

De momento, Peter estaba seguro. Ninguna bala podía ya alcanzarle. Sujetó las riendas del corcel e hizo que éste corriera a galope ligero, dirigiéndolo hacia el norte por las calles de la ciudad recién levantada.

A CABALLO

Guy de Maupassant

[Traducción de Anne-Hélène Suárez]

Esa pobre gente vivía con dificultad de las pequeñas pagas del marido. Dos niños habían nacido desde que se casaron, y la escasez del principio se había convertido en una de esas miserias humildes, veladas, vergonzosas, en una miseria de familia noble que a pesar de todo quiere mantener su rango.

Hector de Gribelin había sido educado en la provincia, en la casa solariega paterna, por un viejo abate preceptor. No eran ricos, pero iban tirando y guardando las apariencias.

Más tarde, a los veinte años, le buscaron un trabajo, y entró, empleado a mil quinientos francos, en el ministerio de la Marina. Había encallado en ese escollo como todos los que no están preparados desde temprana edad para el duro combate de la vida, todos los que ven la existencia a través de una nube, que ignoran los medios y las resistencias, en quienes no se han desarrollado desde la infancia aptitudes especiales, facultades particulares, una áspera energía en la lucha, todos aquéllos a quienes no se ha puesto un arma o una herramienta en la mano.

Sus tres primeros años de oficina fueron horribles.

Había encontrado varios amigos de su familia, ancianos varados en otra época y, como él, poco adinerados, que vivían en las calles nobles, las tristes calles del Faubourg Saint-Germain; y se había formado un círculo de conocidos.

Gente ajena a la vida moderna, humildes y aristócratas menesterosos habitaban los elevados pisos de las casas dormidas. Todos los inquilinos de esos edificios, de arriba abajo, tenían título; pero el dinero parecía escasear tanto en el primero como en el sexto.

Los eternos prejuicios, la preocupación por el rango, el afán de no venir a menos atormentaban a esas familias otrora brillantes, y ahora arruinadas por la inacción de los hombres. Hector de Gribelin conoció en ese mundo a una joven noble y pobre como él, y la tomó como esposa.

Tuvieron dos hijos en cuatro años.

Durante otros cuatro, el matrimonio, hostigado por la miseria, no conoció más distracción que el paseo dominical por los Campos Elíseos y algunas veladas teatrales, una o dos por invierno, gracias a las entradas de favor que les regalaba un colega.

Pero he aquí que, hacia la primavera, el jefe confió al empleado una tarea suplementaria, y éste recibió una gratificación extraordinaria de trescientos francos.

Al llevar el dinero a casa, dijo a su mujer:

—Mi querida Henriette, tenemos que permitirnos algún lujo, por ejemplo una excursión para los niños.

Y, tras una larga discusión, decidieron que harían una merienda campestre...

—Realmente —exclamó Hector—, una vez al año no hace daño, alquilaremos un break para ti, los niños y la criada, y yo tomaré un caballo del picadero. Me vendrá bien.

Y durante toda la semana no se habló más que de la excursión proyectada.

Cada tarde, al volver de la oficina, Hector cogía a su hijo mayor en brazos, se lo sentaba sobre tina pierna y, haciéndolo saltar con todas sus

fuerzas, le decía:

—Así es como galopará papá el domingo que viene, cuando nos vayamos de paseo.

Y el niño se pasaba el día montando a horcajadas sobre las sillas y arrastrándolas por toda la estancia gritando:

—¡Éste es papá a caballo!

Y hasta la criada miraba al señor maravillada, pensando que cabalgaría acompañando el coche; y durante todas las comidas lo escuchaba hablar de equitación, contar sus hazañas de antaño en la casa paterna. Tenía buena escuela y, una vez sobre su montura, no temía a nada, ¡a nada!

El hombre repetía a su mujer, frotándose las manos:

—Si pudieran darme un animal que fuera algo difícil, estaría encantado. Ya verás como monto; y, si quieres, regresaremos por los Campos Elíseos cuando volvamos del bosque. Como haremos buen papel, no me disgustaría encontrarme con alguien del ministerio. No hace falta más para que los jefes lo respeten a uno.

En la fecha prevista, el coche y el caballo llegaron al mismo tiempo ante la puerta. Héctor bajó enseguida para examinar su montura. Había mandado coser unas trabillas a su pantalón y manipulaba una fusta comprada el día anterior.

Levantó y palpó, una tras otra, las cuatro patas del animal, le tocó el cuello, las costillas, los corvejones, le hundió el dedo en los riñones, le abrió la boca, examinó los dientes, declaró su edad y, cuando bajó toda la familia, hizo una especie de cursillo teórico y práctico sobre el caballo en general y sobre ése en particular, cuya excelencia reconoció.

Cuando todos estuvieron bien instalados en el coche, comprobó las correas de la silla; luego, alzándose sobre un estribo, se dejó caer sobre el animal, que se puso a bailar bajo el peso y estuvo a punto de desarzonar a su jinete.

Héctor, turbado, intentó calmarlo:

—Vamos, tranquilo, amigo, tranquilo...

Luego, cuando el portador hubo recobrado la calma y el portado su equilibrio, éste preguntó:

—¿Preparados?

Todas las voces contestaron:

—¡Sí!

Entonces ordenó:

—¡En marcha!

Y la cabalgata se alejó.

Todas las miradas estaban puestas en él. Iba trotando a la inglesa, exagerando los saltos. Apenas caía sobre la silla rebotaba como para elevarse al espacio. A menudo parecía a punto de abatirse sobre las crines; y miraba fijamente al frente, con el semblante crispado y pálidas las mejillas.

Su mujer, que llevaba sobre las rodillas uno de los niños, y la criada, que llevaba el otro, repetían sin parar:

—¡Mirad a papá, mirad a papá!

Y los dos críos, embriagados por el movimiento, la alegría y el aire puro, lanzaban gritos agudos. El caballo, asustado por los clamores, acabó por salir a galope y, mientras el jinete se esforzaba en frenarlo, el sombrero cayó al suelo. El cochero tuvo que bajar del pescante para recoger el tocado y, cuando Hector lo hubo recibido, se dirigió de lejos a su mujer:

—¡Di a los niños que dejen de gritar, un poco más y se me lleva por tu culpa!

Comieron las provisiones que llevaban en los cofres sentados en la hierba, en los bosques del Vésinet.

Aunque el cochero cuidaba de los tres caballos, Hector se levantaba a cada momento para ver si al suyo no le faltaba nada; y le acariciaba el cuello, le daba pan, pasteles, azúcar.

Declaró:

—Es un buen trotador. Hasta me ha sacudido un poco al principio; pero ya has visto que me he recuperado rápidamente: ha reconocido a su amo, ya no se rebelará.

Conforme estaba previsto, volvieron por los Campos Elíseos.

En la ancha avenida pululaban los coches. Y en las aceras, los paseantes eran tan numerosos que semejabán dos cintas negras desenrollándose desde el Arco de Triunfo hasta la plaza de la Concordia. Un diluvio de sol lo

inundaba todo, haciendo destellar el barniz de las calesas, el acero de los arneses, las manillas de las portezuelas.

Una locura de movimiento, un frenesí de vida parecía agitar a esa multitud de gente, carruajes y animales. Y el Obelisco, allá a lo lejos, se erguía en un halo de oro.

El caballo de Hector, nada más pasar bajo el Arco de Triunfo, fue súbitamente presa de un nuevo arrebató y se dirigió como una exhalación, a trote largo, hacia la cuadra, a pesar de todos los esfuerzos de su jinete por apaciguarlo.

El coche ya estaba lejos, muy atrás; y he aquí que, frente al Palacio de la Industria, al ver espacio, giró a la derecha y echó a galopar.

Una anciana con delantal cruzaba la calzada con paso calmoso; se encontraba justo en el camino de Héctor, que se aproximaba a toda velocidad. Incapaz de dominar su montura, se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Eh! ¡Oiga! ¡Eh, ahí!

Debía de ser sorda, porque siguió tranquilamente su camino hasta el instante en que, arrollada por el pecho del caballo embalado como una locomotora, fue a parar diez pasos más allá, con los faldones al aire, tras tres tumbos de cabeza.

Unas voces gritaron:

—¡Detenedlo!

Enajenado, Hector se aferraba a las crines chillando:

—¡Socorro!

Una tremenda sacudida lo disparó como una bala por encima de las orejas de su corcel, y fue a parar en los brazos de un guardia municipal que se precipitaba a su encuentro.

En un segundo, un grupo airado se apiñó, gesticulando y vociferando, a su alrededor. Un señor mayor sobre todo, un señor mayor que llevaba una gran condecoración redonda y grandes bigotes blancos parecía exasperado. Repetía:

—¡Maldita sea, cuando se es tan torpe se queda uno en casa! ¡No se viene a matar a la gente en la calle cuando no se sabe montar a caballo!

Aparecieron cuatro hombres llevando a la vieja. Parecía muerta, con la tez amarillenta y el gorro torcido, todo gris de polvo.

—Lleven a esta mujer a una farmacia —ordenó el señor mayor—, y vayamos a la comisaría de policía.

Hector, flanqueado por dos guardias, se puso en marcha. Otro sujetaba su caballo. Una multitud los seguía; y de repente apareció el break. Su mujer se precipitó hacia él, la criada perdía la cabeza, los mocosos berreaban. Les explicó que volvería pronto, que había atropellado a una mujer, que no era nada. Y la familia, azarada, se alejó.

En la comisaría, la explicación fue breve. Dio su nombre, Hector de Gribelin, empleado del ministerio de la Marina; y esperaron noticias de la accidentada. El agente enviado a informarse volvió. La mujer había recobrado el conocimiento, pero le dolía terriblemente por dentro, según decía. Era una mujer de la limpieza, de sesenta y cinco años, llamada Sra. Simon.

Cuando supo que no estaba muerta, Hector recuperó la esperanza y prometió sufragar los gastos de la curación. Y corrió a la farmacia.

Un tropel se había formado ante la puerta; la anciana, hundida en un sillón, gemía con las manos inertes, la expresión embrutecida. Dos médicos seguían examinándola. No tenía ningún miembro roto, pero temían que hubiera una lesión interna. Hector le habló:

—¿Le duele mucho?

—¡Ay, sí!

—¿Dónde?

—Es como si *teniera* un fuego en los estómagos.

Un médico se aproximó:

—Señor, ¿es usted el autor del accidente?

—Sí, señor.

—Habría que llevar a esta mujer a un sanatorio; conozco uno donde la aceptarían por seis francos al día. ¿Desea que me encargue de ello?

Encantado, Hector le dio las gracias y volvió a casa aliviado.

Su mujer lo esperaba, llorosa: la tranquilizó.

—No es nada, esa señora Simon ya está mejor, en tres días estará bien del todo; la he enviado a un sanatorio; no es nada.

¡No es nada!

Al salir de la oficina, al día siguiente, fue a preguntar por la señora Simon. La encontró tomando un caldo con aire satisfecho.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Ay, señor, igual. *Estí* casi *pal* arrastre. No he *mejorao* ni pizca.

El médico declaró que había que esperar, ya que podía sobrevenir alguna complicación.

Esperó tres días y volvió. La anciana, con la tez clara y los ojos límpidos, se puso a gemir nada más verlo:

—No *puo* ni moverme, señor; no puedo. Me quedaré así *pal* resto 'mis días.

Un escalofrío le recorrió el espinazo. Pidió ver al médico. Éste dijo, alzando las manos:

—¿Qué quiere usted que le diga? Yo qué sé. Pega alaridos en cuanto intentamos levantarla. Ni siquiera podemos trasladar su sillón sin que lance unos gritos desgarradores. Tengo que creer lo que me dice ella, señor; yo no estoy en su pellejo. Mientras no la vea caminar, no tengo derecho a suponer que miente.

La vieja escuchaba, inmóvil, con mirada taimada.

Pasaron ocho días; y luego quince, y luego un mes. La señora Simon no abandonaba su sillón. Comía desde por la mañana hasta por la noche, engordaba, charlaba animadamente con los demás pacientes, parecía acostumbrada a la inmovilidad como si hubiera sido el descanso bien merecido tras sus cincuenta años de subir y bajar escaleras, de dar la vuelta a los colchones, de llevar el carbón de piso en piso, de pasar la escoba y de pasar el cepillo.

Hector, desesperado, venía cada día; cada día la encontraba tranquila y serena, declarando:

—Ya no *puo* ni moverme, señor, no puedo.

Cada noche, la señora de Gribelin preguntaba, consumida de angustia:

—¿Y la señora Simon?

Y cada vez, él le contestaba con descorazonado abatimiento:

—No hay ningún cambio, ¡absolutamente ninguno!

Echaron a la criada, cuyo sueldo empezaba a resultarles gravoso. Ahorraron todavía más, agotaron la gratificación entera.

Entonces Hector reunió a cuatro médicos alrededor de la vieja. Ésta se dejó examinar, auscultar, palpar, vigilándolos con ojillos zorrunos.

—Hay que hacerle andar —dijo uno.

La anciana exclamó:

—¡Ya no *puo* moverme, señores, no puedo!

Entonces la agarraron, la levantaron, la arrastraron unos cuantos pasos; pero la mujer se les escapó de las manos, se cayó al suelo lanzando alaridos tan espantosos que la volvieron a llevar a su asiento con infinito cuidado.

Emitieron una opinión discreta, llegando no obstante a la conclusión de que la tarea era imposible.

Y, cuando Héctor llevó la noticia a su mujer, ésta se derrumbó en una silla musitando:

—Casi sería mejor tenerla aquí, nos saldría menos caro.

Él dio un respingo:

—¿Aquí, en casa, estás loca?

Pero ella contestó, resignada a todo y con lágrimas en los ojos:

—¡Qué le vamos a hacer, querido, no es culpa mía!...

CABALLO EN EL SALITRAL

Antonio Di Benedetto

Agosto de 1924

El aeroplano viene toreando el aire.

Cuando pasa sobre los ranchos que se le arriman a la estación, los chicos se desbandan y los hombres envaran las piernas para aguantar el cimbrón.

Ya está de la otra mano, perdiéndose a ras del monte.

Los niños y las madres asoman como después de la lluvia. Vuelven las voces de los hombres:

—¿Será Zanni..., el volador?

—No puede. Si Zanni le está dando la vuelta al mundo.

—¿Y qué, acaso no estamos en el mundo?

—Así es; pero eso no lo sabe nadie, aparte de nosotros.

Pedro Pascual oye y se guía por los más enterados: tiene que ser que el aeroplano le sale al paso al «tren del rey».

Humberto de Saboya, príncipe de Piamonte, no es rey; pero lo será, dicen, cuando se le muera el padre, que es rey de veras.

Esa misma tarde, dicen, el príncipe de Europa estará allí, en esa pobrecita tierra de los medanales.

Pedro Pascual quiere ver para contarle a la mujer. Mejor si estuviera acá. A Pedro Pascual le gusta compartir con ella, aunque sea el mate o la risa. Y no le agrada estar solo, como agregado a la visita, delante del corralón. No es hosco; no está asentado, nomás: los mendocinos se ríen de su tonada cordobesa.

Se refugia en el acomodo de los fardos de pienso. Tanta tierra, la del patrón que él cuida, y tener que cargar pasto prensado y alambrado para quitarles el hambre a las vacas. Las manos que justan y cinchan dan con los yuyos que han segado en el camino: previsión medicinal para la casa. Perlilla, tabaquillo, té de burro, arrayán, atamisque... Mueve y ordena los manojos y la mezcla de fragancias le compone el hogar, resumido en una taza aromática. Pero se adueña del olfato la intensidad del tomillo y Pedro Pascual quiere compararlo con algo y no acierta, hasta que piensa, seguro: «... éste es el rey, porque le da olor al campo».

¿Éso, el tren del rey? ¿Una maquinita y un vagón dándose humo? No puede ser; sin embargo, la gente dice...

Pedro Pascual desatiende. Lo llama esa carga de nubes azuladas, bajonas, que están tapando el cielo. Se siente como traicionado, como si lo hubieran distraído con un juguete zampándole de atrás la tormenta. No obstante, ¿por qué ese disgusto y esa preocupación? ¿No es agua lo que precisa el campo? Sí, pero... su campo está más allá de la Loma de los Sapos.

La maquinita pita al dejar de lado la estación y a Pedro Pascual le parece que ha asustado las nubes. Se arremolinan, cambian de rumbo, se abren, como rajadas, como pechadas por un soplido formidable. El sol recae en la arena gris y amarronada y Pedro Pascual siente como si lo iluminara por dentro, porque el frente de nubes semeja haber reculado para llevarle el agua adonde él la precisa.

Ahora Pedro Pascual se reintegra al sitio donde está parado. Ahora lo entiende todo: la maquinita era algo así como un rastreador, o como un payaso que va delante del circo. El «tren del rey», el tren que debe ser

distinto de todos los trenes que se escapan por los rieles, viene más serio, allá atrás.

Es distinto, se dice Pedro Pascual. Se da razones: porque en el miriñaque tiene unos escudos, y dos banderas... ¿Y por qué más? Porque parece deshabitado, con las ventanillas caídas, y nadie que se asome, nadie que baje o suba. El maquinista, allá, y un guarda, acá, y en las losetas de portland de la estación un milico cuadrado haciendo el saludo, ¿a quién?

La poblada, que no se animaba, se cuela en el andén y nadie la ataja. Los chicos están como chupados por lo que no ocurre. Los hombres caminan, largo a largo, pisan fuerte, y harían ruido si pudieran, pero las alpargatas no suenan. Se hablan alto, por mostrar coraje, mas ni uno solo mira al tren, como si no estuviera.

Después, cuando se va, sí, se quedan mirándole la cola y a los comentarios: «¡Será!...».

Antes que el tren sea una memoria, llega de atrás el avioncito obsequioso, dispuesto a no perderle los pasos.

Tendrá que arrepentirse, Pedro Pascual, de la curiosidad y de la demora; aunque poco tiempo le será dado para su arrepentimiento.

A una hora de marcha de la estación, donde ya no hay puestos de cabras, lo recibe y lo acosa, lo ciega el agua del ciclo. Lo achica, lo voltea, como si quisiera tirarlo a un pozo. Lo acobarda, le mete miedo, trezada con los refusilos que son de una pureza como la hoja del más peligroso acero.

Pedro Pascual deja el pescante. No quiere abandonar el caballito; pero el monte es achaparrado y apenas cabe él, en cuclillas. El animal humilde, obediente a una orden no pronunciada, se queda en la huella con el chaparrón en los lomos.

Entonces sucede. El rayo se desgarras como una llamarada blanca y prende en el alpataco de ramas curvas que daban amparo al hombre. Pero

Pascaul alcanza a gritar, mientras se achicharra. Ruido hace, de achicharrarse.

El caballo, a unos metros, relincha de pavor, ciego de luz, y se desemboca a la noche con el lastre del carro y el pasto que le hunde las ruedas en la arena y en el agua, pero no lo frena.

Clarea en el bajo, mas no en los ojos del animal.

Ha huido toda la noche. Afloja el paso, somnoliento y vencido, y se detiene. El carro le pesa como un tirón a lo largo de las varas; sin embargo, lo aguanta. Cabecea un sueño. La pititorra picotea la superficie del pasto y a saltitos lleva su osadía por todo el dorso del caballo, hasta la cabeza. El animal despierta y se sacude y el pajarito le vuela en torno y deja a la vista las plumas blancas del pecho, adorno de su masa gris parduzca. Después lo abandona.

El cuadrúpedo obedece al hambre, más que a la fatiga. El pasto mojado de su carga le alerta las narices. Hunde el casco, afirma el remo, para darse impulso, y sale a buscar.

Huele, trata de orientarse, si bien donde está ya no hay ni la huella que ayuda y el silencio es tan imperioso que el animal ni relincha, como si participara de una mudez y una sordera universales.

El sol golpea en la arena, rebota y se le mete en la garganta.

No es difícil —todavía— beber, porque la lluvia reciente se ha aposentado al pie de los algarrobos y el ramaje la defiende de una rápida evaporación.

El olor de las vainas le remueve el instinto, por la experiencia de otro día de hambre desesperada, pero el algarrobo, con sus espinas, le acuchilla los labios.

El atardecer calma el día y concede un descanso al animal.

La nueva luz revela una huella triple, que viene al carro, se enmaraña y se devuelve. La formaron las patitas, que apenas se levantan, del pichiciego, el Juan Calado, el del vestido trunco de algodón de vidrio. El pasto

enfardado pudo ser su golosina de una noche; estacionado, su eterno almacén. Muy alto, sin embargo, para sus cortas piernas.

Muy feo, además, como indicio del desamparo y la pasividad del caballo de los ojos impedidos. Ahí está, débil, consumiéndose, incapaz de responder a las urgencias de su estómago.

Una perdiz se desanuda del monte y levanta con sus pitidos el miedo que empieza a gobernar, más que el hambre, al animal uncido al carro. Es que vienen volteando los yaguarondíes. La perdiz lo sabe; el caballo no lo sabe, pero se le avisa, por dentro.

Los dos gatazos, moro el uno, canela el otro, se tumban por juego, ruedan empelotados y con las manos afelpadas se amagan y se sacuden, aunque sin daño, reservadas las uñas para la presa incauta o lerda que ya vendrá.

El caballo se moja repentinamente en los ijares y dispara. El ruido excesivo, ese ruido que no es del desierto, ahuyenta a los yaguarondíes, si bien eso no está en los alcances del carguero y él tira al médano.

La arena es blanda y blandas son las curvas de sus lomadas. Otra, de rectas precisas, es la geometría del carro que se esfuerza por montarlas.

Sin embargo en esa guerra de arena, tiene un resuello el animal. Ofuscado y resoplante, tupidas las fosas nasales, no ha sondeado en largo rato en busca de alimento, pero el pie, como bola loca, ha dado con una mancha áspera de solupe. La cabeza, por fin, puede inclinarse por algo que no sea el cansancio. Los labios rastrean codiciosos hasta que dan con los tallos rígidos. Es como tragarse un palo; no obstante, el estómago los recibe con rumores de bienvenida.

El ramillete de finas hojas del coirón se ampara en la reciedumbre del solupe y, para prolongar las horas mansas del desquite de tanta hambruna, el coirón comestible se enlaza más abajo con los tallos tiernos del telquí de las ramitas decumbentes.

El olor de una planta ha denunciado la otra, mas nada revela el agua, y el animal retorna, con otro día, hacia las «islas» de monte que suelen encofrarla.

Un bañado turbio, que no refleja la luz, un bañado decadente que morirá con tres soles, lo retiene y lo retiene como un querido corral.

Las islas y las isletas se pueblan de sedientos animales en tránsito, se achican de población cuando unos se dañan a otros, sin llegar a vaciarse.

El caballo se perturba con la vecindad vocinglera y reñidora, aunque nadie, todavía, se ha metido con él. Un día guarda distancia, condenándose al sol del arenal; al otro se arriesga y puede roer la miseria de la corteza del retamo.

De las islas se suelta la liebre. Ahonda su refugio el cuy. El zorro prescinde de su odio a la luz solar y deja ver a campo abierto su cola ampulosa detrás del cuerpo pobrete. Sólo en el ramaje queda vida, la de los pájaros; pero ellos también se silencian: viene el puma, el bandido rapado, el taimado que parece chiquito adelante y crece en su tren trasero para ayudar el salto.

No busca el agua, no comerá conejos. Desde lejos ha oteado en descubierto el caballo sin hombre. Se adelanta en contra del viento.

A favor, en cambio, tiene el aire una yegua guacha, libre, que no conoció jamás montura ni arreo alguno. Acude a las islas, por agua.

La inesperada presencia del macho la hace relinchar de gusto y el caballo en las varas voltea la cabeza como si pudiera ver, armando sólo un revuelo de moscas. En los últimos metros, la yegua presume con un trotecito y al final se exhibe, delante, cejada, con sus largas crines y su cuerpo sano.

En el caballo resucita el ansia carnal. Si ella postergó la sed, él puede superar la declinación física.

Se arrima, se arriman él y su carro. La hembra desconfía de ese desplazamiento monstruoso, no entiende cómo se mueve el carro cuando se mueve el macho. Corcovea, se escurre al acercamiento de las cabezas que él intenta, como un extraño y atávico parlamento previo.

Brinca ella, excitada y recelosa; se aturde por el ímpetu cálido que la recorre. Y aturdida, conmovida, descuidada, depone su guardia montaraz y

rueda con un relincho de pánico al primer salto y el primer zarpazo del puma.

Como herido en sus carnes, como perseguido por la fiera que está sangrando a la hembra, el caballo enloquece en una disparada que es traqueteo penoso, rumbo adentro del arenal.

Corta fue la arena para el terror. La uña pisa ya la ciénaga salitrosa. Es una adherencia, un arrastre que pareciera chuparlo hacia el suelo. Tiene que salir, pero sale a la planicie blanca, apenas de cuando en cuando moteada por la arenilla.

Gana fuerzas para otro empujoncito mascando vidriera, la hija solitaria del salitral, una hoja como de papel que envuelve el tallo alto de dos metros como si apañara un bastón.

Más adelante persigue los olores. Huele con avidez. Capta algo en el aire y se empeña tras de él, con su paso de enfermo, hasta que lo pierde y se pierde.

Ahora percibe el olor de pasto, de pasto pastoso, jugoso, de corral. Lo ventea y mastica el freno como si mascara pasto. Masca, huele y gira para alcanzar lo que imagina que masca. Está oliendo el pasto de su carro y da vueltas, con el carro, persiguiendo enfebrecido lo que carga atrás. Ronda una ronda mortal. El carro hace huella, se atasca y ya no puede, el caballejo, salir adelante. Tira, saca pecho y patina. Su última vida se gasta.

Tan sequito está, tan flaco, que luego, al otro o al otro día, como ya no gravita nada, el peso de los fardos echa el carro hacia atrás, las varas apuntan al firmamento y el cuerpo vencido queda colgado en el aire.

Por allá, entretanto, acude con su oscura vestimenta el jote, el que no come solo.

Un setiembre

Lavado está el carro, lavados los huesos, más que de lluvia, por las emanaciones enemigas y purificadoras del salitre.

Ruina son los huesos, caídos y dispersos, perdida la jaula del pellejo. Pero en una punta de vara enredó sus cueros el cabezal del arreo y se ha hecho bolsa que contiene, boca arriba, el largo cráneo medio pelado.

Sobre la ruina transcurre la vida, a la búsqueda de la seguridad de subsistencia: una bandada de catitas celestes, casi azules los machos, de un blanco apenas bañado de cielo las hembras.

Con ellas, una pareja de palomas torcazas emigra de la sequía puntana. Ya descubren, desde el vuelo, la excitante floración del chañar brea, que anchamente pinta de amarillo los montes del oeste.

Sin embargo, la palomita del fresco plumaje pardo comprende que no podrá llegar con su carga de madre. Se le revela, abajo, en medio de la tensa aridez del salitral, el carro que puede ser apoyo y refugio. Hace dos círculos en el aire, para descender. Zurea, para advertir al palomo que no la sigue. Pero el macho no se detiene y la familia se deshace.

No importa, porque la madre ha encontrado nido hecho donde alumbrar sus huevos. Como una mano combada, para recibir el agua o la semilla, la cabeza invertida del caballito ciego acoge en el fondo a la dulcísima ave. Después, cuando se abran los huevos, será una caja de trinos.

¿PUEDEN REÍR LOS CABALLOS?

Robert Musil

[Traducción de Elisa Lucena]

Un respetable psicólogo escribió la siguiente frase: «... pues el animal no sabe reír ni sonreír».

Esto me anima a contar que una vez vi reír a un caballo. Hasta ese momento pensaba que eso se podía sostener siempre, y no me atrevía a hacer aspavientos por ello. Pero, ante algo tan precioso como esto, tendré el gusto de entrar en detalles.

Bien, fue antes de la guerra, y es posible que los caballos ya no se rían desde entonces. El caballo estaba atado a una estacada que cercaba una pequeña finca. El sol brillaba, el cielo tenía un color azul oscuro y el aire era cálido pese a estar en febrero. Mas, en contraste con esta divina holgura, faltaba todo signo de humanidad. En una palabra, me encontraba cerca de Roma, en un sendero situado ante las puertas de la ciudad, en la frontera entre los humildes alrededores de ésta y el comienzo de la rural Campiña.

También el caballo era típico de la Campiña: joven y grácil y perteneciente a una armoniosa raza de escasa alzada que no guardaba ninguna semejanza con los ponis. Sin embargo, cuando lo montaba un jinete alto, éste parecía como un adulto en una sillita de muñecas. Un alegre mozo lo cepillaba, el sol brillaba sobre su pelaje y tenía cosquillas en las

axilas. Ahora bien, un caballo tiene, por así decir, cuatro axilas, y, por tanto, dobla al ser humano en lo que a cosquillas se refiere. Además, el caballo parecía tener otra zona especialmente sensible en la parte interior del muslo, de manera que cada vez que se le acariciaba esa zona, no podía contenerse la risa.

En el mismo instante en que veía acercarse de lejos la rascadera, se inquietaba, quería seguirla con el hocico y, al no poder hacerlo, enseñaba los dientes. Pero la rascadera continuaba su alegre marcha, pasada a pasada, y el belfo dejaba libre la dentadura, al tiempo que las orejas se iban inclinando cada vez más hacia atrás y el caballito apoyaba alternativamente sus patas en el suelo.

Y, de repente, empezó a reír, haciendo rechinar los dientes. Con su hocico intentó apartar con tanta vehemencia como le fue posible al mozo, que le hacía cosquillas, y lo hizo de la misma manera como lo hubiera hecho una labriega y sin morderle. También intentó darse la vuelta y hacerle retroceder con todo su cuerpo. Pero el joven le llevaba ventaja. Y cuando llegó con la rascadera a la zona de la axila, el caballo no pudo aguantar más: torció sus patas, se estremeció todo su cuerpo y replegó la carne que cubría sus dientes tanto como pudo. Entonces se comportó por unos segundos como un hombre al que se le han hecho tantas cosquillas que ya no se puede reír más.

El escéptico erudito objetará que ni siquiera pudo reírse. Cabría responderle que esto sería cierto en la medida en que fuera el mozo de cuadra el que relinchara de risa en cada ocasión. En efecto, parece que poder relinchar de risa es una capacidad exclusivamente humana. Mas, a pesar de todo, es obvio que los dos jugaban de mutuo acuerdo y que, tan pronto como volvían a empezar, no podía haber ninguna duda de que el caballo también quería reír y esperaba lo que vendría después.

De esta manera, la duda erudita sobre la capacidad del animal se reduce a que éste no puede reírse de los chistes.

Pero esto no hay que reprochárselo al animal.

UNA NOCHE ENTRE LOS CABALLOS

Djuna Barnes

[Traducción de Enrique Pezzoni]

A la hora del crepúsculo, durante el verano, un hombre vestido de gala, con sombrero de copa y bastón, se arrastraba a gatas por entre la vegetación que bordea los prados de la finca de Buckler. Como le dolían las muñecas, que habían sostenido su peso durante bastante tiempo, se sentó en el suelo. A su alrededor serpeaban enredaderas pegajosas; trepaban por los árboles y los postes del cerco, lo invadían todo. El hombre atisbó por entre la densa maraña de ramas y vio, recortados contra la oscuridad, un grupo de abedules blancos que brillaban como dientes en un cráneo.

Cada ráfaga de viento hacía rechinar el portón sobre sus goznes. El corazón del hombre se movía con el movimiento de la tierra. Una rana prorrumpió en su trémulo llanto sin memoria. El hombre respiraba con esfuerzo; el aire era denso y caliente. ¿Cómo salir de esa perplejidad?

Quería dormitar un rato, pero no hizo más que dejar el sombrero y el bastón a un lado, alisarse las colas de la chaqueta, tenderse de espaldas y esperar. Algo rápido se movió en el suelo y empezó a sacudirse con súbita alarma. El hombre se preguntó si no sería su propio corazón.

Cada vez que el viento agitaba las ramas, guiñaba una lámpara tras una ventana remota. El olor de la hierba aplastada, mezclado con el aroma vago y tranquilizador del estiércol, fluctuaba y se perdía hacia el norte. El hombre abrió la boca, combando las puntas de su bigote. La vibración se prolongó, corrió bajo su cuerpo y se hundió en la tierra.

El hombre se sentó. Se puso el sombrero y tanteó el suelo con el bastón, entre sus piernas extendidas. Ahora no sólo percibía la vibración de la tierra, sino también el ruido sordo de los cascos que hollaban la hierba con la violencia con que un amigo golpea la espalda de otro amigo: con fuerza, pero sin maldad. Iban acercándose, a medida que tomaban la curva del camino del Sauce. El hombre apretó la frente contra las barras del cerco.

El estruendo sordo y amenazador se ahondaba como se ahonda el calor. Los caballos, con las cabezas hacia delante, pasaron junto a él: las patas se levantaban y caían como agujas enloquecidas que dieran puntadas sin propósito.

El hombre vio los flancos que oscilaban a uno y otro lado y rozaban las barras del cerco. Tras esa valla, el hombre echó a correr, jadeando, en la misma dirección que los caballos. Un pie se le atascó bajo una rama rastrera y cayó hacia delante. Se golpeó la cabeza contra un tronco y empezó a chorrearle sangre: le caía sobre los ojos como una cabellera roja. Antes de ponerse el sombrero, el hombre la apartó con los nudillos. En la posición en que estaba, la vibración de los cascos lo sacudía como a un niño sobre una rodilla.

Entonces buscó el bastón. Lo encontró encajado en el cerco. Una flor en forma de pipa y como de cera le rozó la mejilla; la atrapó con la lengua y la partió en dos. La maleza, chasqueante de ramitas y piñas, nunca se interrumpía bajo sus pies. Entre el suave polvo de la madera del cerco cayó una bellota. El hombre la recogió. Mientras la sostenía entre el pulgar y el índice, su mente retrocedió y evocó, en ese mismo sitio, a la señora de la casa... ¿De qué otra manera podía llamar a Freda Buckler, sino «la señora de la casa»? Aquella mujercita terrible, con una batería por corazón y el cuerpo de un juguete, llena de ímpetu, saturada de arrogancia, que ronroneaba con un zumbido mecánico que ahuyentaba su humanidad.

El hombre se alisó el bigote. ¡Freda, con su irritante velo amarillo! Él le dijo que era «irritante», le dijo que era «impúdico», que sólo aumentaba la tentación. Y cuando ella pasó, hinchó las mejillas y sopló. Ella rió, le acarició el brazo y echó hacia atrás la cabeza, mostrando las rojas fosas nasales. Acabaron corriendo juntos, a una bota de distancia. Ella no era más grande que una abeja sobre un sombrero. Angustiado, él hundió las espuelas. «Despacio, John, despacio», dijo ella, mostrando el borde de los dientes en su ancha boca entreabierta. «No puedes ser palafrenero durante *toda* la vida. ¡Caballos!», agregó con un resoplido desdeñoso. «Me gustan los caballos, pero...». Él bajó la fusta. «Hay otras cosas. No es posible que sigas siendo mozo de cuadra, con ese talle que tienes... Tú lo sabes. Haré de ti un caballero. No permitiré que sigas siendo una “cosa”. Ya verás como te gustará».

Él se inclinó para darle un golpe en la bota con su fusta. Le acertó en la rodilla y el pie se levantó rápidamente en el estribo, como en un paso de baile.

¡Y el pequeño monstruo estaba fascinado! Siguieron trotando un rato y después regresaron. Él la ayudó a desmontar y ella se alejó, arrastrando el velo amarillo, y gritando: «¡Te encantaré!».

Un mes después, esa cacería, ese juego que consistía en hostigarse, en derribarse mutuamente a fuerza de ingenio, se convirtió para ambos en una partida sin el menor placer: señora rebajada, palafrenero rebajado, en las alas del vértigo.

¿A dónde quería llevarlo Freda? Él gritaba, hacía chasquear el látigo. ¿Qué demonios quería ella? La clase de mujer que no puede decir la verdad... La verdad se escapaba de ella como si sus venas hubiesen sido tubos comunicados por el demonio. Y al beber, él se inflaba, y el orgullo lo embaucaba, lo llevaba a flote. Veía a Freda tras él, en cada espejo, y Freda lo seguía incesantemente, y se inclinaba junto a él y lo ayudaba a caminar, con la mano bajo el codo.

—Llegarás a ser gobernador general... bueno, inspector...

—¡Inspector!

—Como quieras... Jefe de regimiento, digamos... O bien oficial de caballería. Caballos, cuero, látigos...

—Oh, santo Dios.

Freda casi relinchó mientras giraba sobre sus tacones.

—Con ese pecho noble, amplio y chato que tienes —dijo—, te convertirás en un campo de honores... Anímate, las penas acabarán para ti.

—¡Basta ya! —gritó él—. *Me gusta* ser un cualquiera.

—Con un talle flexible como el tuyo, los cuernos te echarán de menos.

—¿Qué cuernos?

—El dilema.

—Si quisiera, podría hacerte callar.

Ella estaba muy divertida.

—¿Arrinconado? —dijo.

Freda lo atormentaba, y sabía que lo hacía. Lo atormentaba con sus objetos «de cultura». Con una rodilla sobre una otomana, en la actitud de la miniatura más exquisita, alzaba marfiles en la palma de su mano y exponiéndolos a la luz del sol decía: «¡Mira!».

Él ponía las manos tras la espalda. Freda procuraba impedírselo. Le pedía que sostuviera antiguos misales, volúmenes de cuentos de hadas, todos exquisitamente labrados y encuadernados en marroquí bermejo. Extendía mapas y con un largo alfiler de sombrero recorría montañas y lagos hasta señalar el sitio preciso «donde había estado». Como un caracol seco, la punta avanzaba por la costa; de pronto, hundiendo el acero, Freda exclamaba: «¡Borgia!» y permanecía allí, agitando un aro con llaves antiguas.

En él, la angustia aumentaba con la curiosidad. Si se casaba con ella, ¿qué pasaría después del matrimonio? ¿Qué sería de él, una vez que ella hubiera satisfecho su absurdo capricho? ¿Qué haría Freda de él? En suma: ¿qué *dejaría* de él? Nada, absolutamente nada, ni siquiera sus caballos. No sería más que un pobre idiota. Después de Freda, no encajaría en ninguna parte, no sería lo que era ni lo que había sido. Sería una *cosa*, a medias erguida, a medias agachada, como esas figuras que están bajo los techos en los edificios históricos, en la actitud cojeante de los réprobos.

Al principio, él la había mirado sin verla. Pero después de un tiempo, empezó a mirarla con gran atención. ¡Bueno, bueno! Era una mujer pequeña, en verdad; tenía aspecto de ratón. El pelo, rubio y bonito, caía

hacia atrás, como las antenas de un insecto, hasta el vello de la nuca y se movía con el viento. Se precipitaba de un lado a otro, se agitaba demasiado, y siempre con la distraída intensidad de un juguete mecánico que avanza pateando por el suelo.

Y siempre estaba uno o dos pasos frente a él; o bien le acariciaba el brazo extendiendo el de ella, o bien se aproximaba a él como una ráfaga, apoyaba sobre su hombro el mentón minúsculo y se alejaba flotando lentamente aunque, al volverse, él tropezaba de inmediato con ella.

Aquel día, él la tomó por el talle y la obligó a volverse. Esta vez, pensó, le exigiré la verdad. Un disparo directo puede vencer su resistencia.

—Señorita Freda, un momento. Usted sabe que no tengo un solo amigo en el mundo. Usted sabe muy bien que no tengo una sola persona a la cual acudir, que no tengo a nadie a quien pedir ningún consejo. Entonces, ¿para qué me necesita usted?

Freda enrojeció hasta la raíz del pelo.

—¿Qué chiquilla! ¿Va a conducirse como una chiquilla?

Ella pareció a punto de gritar; se estremeció de pies a cabeza, pero logró dominarse y dijo con mucha lentitud:

—No seas nervioso. Sé paciente. Te acostumbrarás a todo. Y hasta te gustará. Nada es tan divertido como ascender.

—¿Y después?

—Después, todo desaparecerá: el establo y todo, todo.

Se cogió la nariz con los pliegues de un pañuelo de encaje.

—¿No es una meta?

Lo peor ocurrió la última noche, la noche del baile de disfraces. Ella había insistido en que fuera:

—Ven tal como estás —dijo—, serás nuestro mayoral.

Ése era el golpe decisivo, el insulto imperdonable. Él había obedecido. Sólo que no había ido «tal como estaba». Se había vestido con mucho esmero, con un traje de gala, como cualquier caballero. Era la única persona del baile que no estaba vestido «de algo», en la acepción corriente del término.

Al llegar, encontró que la mayoría de los huéspedes estaban achispados. Poco después, él estaba casi borracho y descubrió con horror que estaba

bailando un minué, majestuoso y lento, con una mujer inmensa, como de hojaldre, salpicada de monedas de oro y crujiente de cascadas de tul plisado. Se zafó de su brazo y se deslizó por las partes limpias del suelo, cubierto de resina, hasta encontrar a Freda: se acercaba a él con un minúsculo vaso con cordial que le echó en la boca abierta. Sólo entonces él se dio cuenta de que estaba jadeando.

Súbitamente inmóvil, abarcó todo el cuarto con su mirada ansiosa. Allí, en el rincón, estaba sentada la madre de Freda, con sus gatos. Siempre se sentaba en los rincones y siempre rodeada de gatos. Y allí estaba el resto del elenco: primos, sobrinos, tíos, tías. Un instante después, la *gaillarde*. Freda, con los brazos hacia arriba, las palmas de las manos hacia afuera, los codos doblados a la altura del pecho, una mantis religiosa, estaba pegada a él. ¡Un momento! Él se desasíó y con el pomo del bastón dibujó en la resina un círculo en torno a ella. Entonces retrocedió y salió por la ventana.

Después, sin saber cómo, se encontró en medio de los arbustos, jadeando, con la cara apoyada contra el cerco, atisbando a través de él. Estaba de nuevo con sus caballos; estaba en el lugar al que pertenecía. Los oía pisotear la hierba, galopar como si los prados hubieran sido su propio salón de baile (y, cosa extraña, a esa hora de la noche).

Arrojó ante sí el bastón y el sombrero, y empezó a arrastrarse, jadeando, por debajo de la última barra del cerco. El garañón negro llevaba ahora la delantera. Los caballos tomaban la curva del camino del Sauce, que llevaba al prado más distante, y a través del polvo parecían indistintos y enormes.

Cuatro se habían apartado y estaban en la cima de la colina olfateando el aire. ¡Atraparía a uno, lo montaría y escaparía de allí! Ya no tenía miedo. Se incorporó, agitando el sombrero y el bastón, gritando.

Los caballos parecieron no reconocerlo y se apartaron de él. Los miró, a punto de llorar. No se le había ocurrido pensar en su traje, en su pechera blanca, en el sombrero de copa, en el bastón que agitaba, en su brusca aparición de entre las sombras, en la agitación de los caballos. Pero sin duda no tardarían en reconocerlo.

Los caballos se precipitaron sobre él como una corriente embravecida, con las crines al viento y los belfos abiertos. En su espanto, los maldijo;

pero lo que aulló fue: «¡Perra!». Y se encontró tragando el fuego de su corazón, tendido de cara al suelo, sollozando:

—Soy capaz de lograrlo, malditos sean todos... Puedo arreglármelas, puedo llegar a ser *alguien*...

Los cascos alzados del primer caballo no dieron en el blanco. Los del segundo, sí.

Entonces los caballos se apartaron, mordisqueando la hierba y agitando las colas, esquivando un trecho de hierbas muy altas.

LOS CABALLOS DE ABDERA

Leopoldo Lugones

Abdera, la ciudad tracia del Egeo, que actualmente es Balastra y que no debe ser confundida con su tocaya bética, era célebre por sus caballos.

Descollar en Tracia por sus caballos, no era poco; y ella descollaba hasta ser única. Los habitantes todos tenían a gala la educación de tan noble animal, y esta pasión cultivada a porfía durante largos años, hasta formar parte de las tradiciones fundamentales, había producido efectos maravillosos. Los caballos de Abdera gozaban de fama excepcional, y todas las poblaciones tracias, desde los cicones hasta los bisaltos, eran tributarios en esto de los bistonos, pobladores de la mencionada ciudad. Debe añadirse que semejante industria, uniendo el provecho a la satisfacción, ocupaba desde el rey hasta el último ciudadano.

Estas circunstancias habían contribuido también a intimar las relaciones entre el bruto y sus dueños, mucho más de lo que era y es habitual para el resto de las naciones; llegando a considerarse las caballerizas como un ensanche del hogar, y extremándose las naturales exageraciones de toda pasión, hasta admitir caballos en la mesa. Eran verdaderamente notables corceles, pero bestias al fin. Otros dormían en cobertores de biso; algunos pesebres tenían frescos sencillos, pues no pocos veterinarios sostenían el gusto artístico de la raza caballar, y el cementerio equino ostentaba entre

pompas burguesas, ciertamente recargadas, dos o tres obras maestras. El templo más hermoso de la ciudad estaba consagrado a Arión, el caballo que Neptuno hizo salir de la tierra con un golpe de su tridente; y creo que la moda de rematar las proas en cabezas de caballo, tenía igual proveniencia: siendo seguro en todo caso que los bajos relieves hípicas fueron el ornamento más común de toda aquella arquitectura. El monarca era quien se mostraba más decidido por los corceles, llegando hasta tolerar a los suyos verdaderos crímenes que los volvieron singularmente bravíos; de tal modo que los nombres de Podargos y de Lampón figuraban en fábulas sombrías; pues es del caso decir que los caballos tenían nombres como personas.

Tan amaestrados estaban aquellos animales, que las bridas eran innecesarias, conservándolas únicamente como adornos, muy apreciados desde luego por los mismos caballos. La palabra era el medio usual de comunicación con ellos; y observándose que la libertad favorecía el desarrollo de sus buenas condiciones, se los dejaba todo el tiempo no requerido por la albarda o el arnés en libertad de cruzar a sus anchas las magníficas praderas formadas en el suburbio, a la orilla del Kossínites, para su recreo y alimentación.

A son de trompa los convocaban cuando era menester, y así para el trabajo como para el pienso eran exactísimos. Rayaba en lo increíble su habilidad para toda clase de juegos de circo y hasta de salón, su bravura en los combates, su discreción en las ceremonias solemnes. Así, el hipódromo de Abdera tanto como sus compañías de volatines; su caballería acorazada de bronce y sus sepelios, habían alcanzado tal renombre, que de todas partes acudía gente a admirarlos: mérito compartido por igual entre domadores y corceles.

Aquella educación persistente, aquel forzado despliegue de condiciones y, para decirlo todo en una palabra, aquella humanización de la raza equina iban engendrando un fenómeno que los bistonos festejaban como otra gloria nacional. La inteligencia de los caballos comenzaba a desarrollarse pareja con su conciencia, produciendo casos anormales que daban pábulo al comentario general.

Una yegua había exigido espejos en su pesebre, arrancándolos con los dientes de la propia alcoba patronal y destruyendo a coces los de tres paneles cuando no le hicieron el gusto. Concedido el capricho daba muestras de coquetería perfectamente visible.

Balios, el más bello potro de la comarca, un blanco elegante y sentimental que tenía dos campanas militares y manifestaba regocijo ante el recitado de hexámetros heroicos, acababa de morir de amor por una dama. Era la mujer de un general, dueño del enamorado bruto, y por cierto no ocultaba el suceso. Hasta se creía que halagaba su vanidad, siendo esto muy natural, por otra parte, en la ecuestre metrópoli.

Señalábanse igualmente casos de infanticidio que, aumentando en forma alarmante, fue necesario corregir con la presencia de viejas mulas adoptivas; un gusto creciente por el pescado y por el cáñamo, cuyas plantaciones saqueaban los animales; y varias rebeliones aisladas que hubieron de corregirse, siendo insuficiente el látigo, por medio del hierro candente. Esto último fue en aumento, pues el instinto de rebelión progresaba a pesar de todo.

Los bistonos, más encantados cada vez con sus caballos, no paraban mientes en eso. Otros hechos más significativos produjéronse de allí a poco. Dos o tres atalajes habían hecho causa común contra un carretero que azotaba su yegua rebelde. Los caballos resistíanse cada vez más al enganche y al yugo, de tal modo que empezó a preferirse el asno. Había animales que no aceptaban determinado apero; mas como pertenecían a los ricos, se defería a su rebelión comentándola mimosamente a título de capricho.

Un día los caballos no vinieron al son de la trompa, y fue menester constreñirlos por la fuerza; pero los subsiguientes no se reprodujo la rebelión.

Al fin ésta ocurrió cierta vez que la marea cubrió la playa de pescado muerto, como solía suceder. Los caballos se hartaron de eso, y se les vio regresar al campo suburbano con lentitud sombría.

Medianoche era cuando estalló el singular conflicto.

De pronto un trueno sordo y persistente conmovió el ámbito de la ciudad. Era que todos los caballos se habían puesto en movimiento a la vez

para asaltarla, pero esto se supo luego, inadvertido al principio en la sombra de la noche y la sorpresa de lo inesperado.

Como las praderas de pastoreo quedaban entre las murallas, nada pudo contener la agresión; y añadido a esto el conocimiento minucioso que los animales tenían de los domicilios, ambas cosas acrecentaron la catástrofe.

Noche memorable entre todas, sus horrores sólo aparecieron cuando el día vino a ponerlos en evidencia, multiplicándolos aún. Las puertas reventadas a coces yacían por el suelo dando paso a feroces manadas que se sucedían casi sin interrupción. Había corrido sangre, pues no pocos vecinos cayeron aplastados bajo el casco y los dientes de la banda en cuyas filas causaron estragos también las armas humanas.

Conmovida de tropeles, la ciudad oscurecíase con la polvareda que engendraban; y un extraño tumulto formado por gritos de cólera o de dolor, relinchos variados como palabras a los cuales mezclábase uno que otro doloroso rebuzno, y estampidos de coces sobre las puertas atacadas, unía su espanto al pavor visible de la catástrofe. Una especie de terremoto incesante hacía vibrar el suelo con el trote de la masa rebelde, exaltado a ratos como en ráfaga huracanada por frenéticos tropeles sin dirección y sin objeto; pues habiendo saqueado todos los plantíos de cáñamo, y hasta algunas bodegas que codiciaban aquellos corceles pervertidos por los refinamientos de la mesa, grupos de animales ebrios aceleraban la obra de destrucción. Y por el lado del mar era imposible huir. Los caballos, conociendo la misión de las naves, cerraban el acceso del puerto.

Sólo la fortaleza permanecía incólume y empezábase a organizar en ella la resistencia. Por lo pronto cubríase de dardos a todo caballo que cruzaba por allí, y cuando caía cerca era arrastrado al interior como vitualla.

Entre los vecinos refugiados circulaban los más extraños rumores. El primer ataque no fue sino un saqueo. Derribadas las puertas, las manadas se introducían en las habitaciones, atentas sólo a las colgaduras suntuosas con que intentaban revestirse, a las joyas y objetos brillantes. La oposición a sus designios fue lo que suscitó su furia.

Otros hablaban de monstruosos amores, de mujeres asaltadas y aplastadas en sus propios lechos con ímpetu bestial; y hasta se señalaba a una noble doncella que sollozando narraba entre dos crisis su percance: el

despertar en la alcoba a la media luz de la lámpara, rozados sus labios por la innoble jeta de un potro negro que respingaba de placer el belfo enseñando su dentadura asquerosa; su grito de pavor ante aquella bestia convertida en fiera, con el resplandor humano y malévolo de sus ojos incendiados de lubricidad; el mar de sangre con que la inundara al caer atravesado por la espada de un servidor...

Mencionábanse varios asesinatos en que las yeguas se habían divertido con saña femenil, despachurrando a mordiscos a las víctimas. Los asnos habían sido exterminados, y las mulas subleváronse también, pero con torpeza inconsciente, destruyendo por destruir, y particularmente encarnizadas contra los perros.

El tronar de las carreras locas seguía estremeciendo la ciudad, y el fragor de los derrumbes iba aumentando. Era urgente organizar una salida, por más que el número y la fuerza de los asaltantes la hiciera singularmente peligrosa, si no se quería abandonar la ciudad a la más insensata destrucción.

Los hombres empezaron a armarse; mas, pasado el primer momento de licencia, los caballos habíanse decidido a atacar también.

Un brusco silencio precedió al asalto. Desde la fortaleza distinguían el terrible ejército que se congregaba, no sin trabajo, en el hipódromo. Aquello tardó varias horas, pues cuando todo parecía dispuesto, súbitos corcovos y agudísimos relinchos cuya causa era imposible discernir, desordenaban profundamente las filas.

El sol declinaba ya, cuando se produjo la primera carga. No fue, si se permite la frase, más que una demostración, pues los animales se limitaron a pasar corriendo frente a la fortaleza. En cambio, quedaron acribillados por las saetas de los defensores.

Desde el más remoto extremo de la ciudad, lanzáronse otra vez, y su choque contra las defensas fue formidable. La fortaleza retumbó entera bajo aquella tempestad de cascos, y sus recias murallas dóricas quedaron, a decir verdad, profundamente trabajadas.

Sobrevino un rechazo, al cual sucedió muy luego un nuevo ataque.

Los que demolían eran caballos y mulos herrados que caían a docenas; pero sus filas cerrábanse con encarnizamiento furioso, sin que la masa

pareciera disminuir. Lo peor era que algunos habían conseguido vestir sus bardas de combate en cuya malla de acero se embotaban los dardos. Otros llevaban jirones de tela vistosa, otros, collares, y pueriles en su mismo furor, ensayaban inesperados retozos.

De las murallas los conocían. ¡Dinos, Aethon, Ameteo, Xanthos! Y ellos saludaban, relinchaban gozosamente, enarcaban la cola, cargando en seguida con fogosos respingos. Uno, un jefe ciertamente, irguióse sobre sus corvejones, caminó así un trecho manoteando gallardamente al aire como si danzara un marcial balisteo, contorneando el cuello con serpentina elegancia, hasta que un dardo se le clavó en medio del pecho...

Entre tanto, el ataque iba triunfando. Las murallas empezaban a ceder.

Súbitamente una alarma paralizó a las bestias. Unas sobre otras, apoyándose en ancas y lomos, alargaron sus cuellos hacia la alameda que bordeaba la margen del Kossínites; y los defensores volviéndose hacia la misma dirección, contemplaron un tremendo espectáculo.

Dominando la arboleda negra, espantosa sobre el cielo de la tarde, una colosal cabeza de león miraba hacia la ciudad. Era una de esas fieras antediluvianas cuyos ejemplares, cada vez más raros, devastaban de tiempo en tiempo los montes Ródopes. Mas nunca se había visto nada tan monstruoso, pues aquella cabeza dominaba los más altos árboles, mezclando a las hojas tenidas de crepúsculo las greñas de su melena.

Brillaban claramente sus enormes colmillos, percibíanse sus ojos fruncidos ante la luz, llegaba en el hálito de la brisa su olor bravío. Inmóvil entre la palpitación del follaje, herrumbrada por el sol casi hasta dorarse su gigantesca crin, alzábase ante el horizonte como uno de esos bloques en que el pelasgo, contemporáneo de las montañas, esculpió sus bárbaras divinidades.

Y de repente empezó a andar, lento como el océano. Oíase el rumor de la fronda que su pecho apartaba, su aliento de fragua que iba sin duda a estremecer la ciudad cambiándose en rugido.

A pesar de su fuerza prodigiosa y de su número, los caballos sublevados no resistieron semejante aproximación. Un solo ímpetu los arrastró por la playa, en dirección a la Macedonia, levantando un verdadero huracán de arena y de espuma, pues no pocos disparábanse a través de las olas.

En la fortaleza reinaba el pánico. ¿Qué podrían contra semejante enemigo? ¿Qué gozne de bronce resistiría a sus mandíbulas? ¿Qué muro a sus garras...?

Comenzaban ya a preferir el pasado riesgo (al fin en una lucha contra bestias civilizadas), sin aliento ni para enflechar sus arcos, cuando el monstruo salió de la alameda. No fue un rugido lo que brotó de sus fauces, sino un grito de guerra humano, el bélico «¡alalé!» de los combates, al que respondieron con regocijo triunfal los «hoyohei» y los «hoyotohó» de la fortaleza.

¡Glorioso prodigio!

Bajo la cabeza del felino, irradiaba luz superior el rostro de un numen; y mezclados soberbiamente con la flava piel, resaltaban su pecho marmóreo, sus brazos de encina, sus muslos estupendos.

Y un grito, un solo grito de libertad, de reconocimiento, de orgullo, llenó la tarde:

—¡Hércules, es Hércules que llega!

UN CABALLO ÁRABE

Alphonse de Lamartine

[Traducción de Anne-Hélène Suárez]

Un árabe y su tribu habían atacado en el desierto la caravana de Damasco; la victoria había sido completa, y los árabes ya estaban ocupados en cargar con su valioso botín, cuando los jinetes del pachá de Acre, que venían al encuentro de esa caravana, se lanzaron de improviso sobre los árabes victoriosos, mataron a muchos, hicieron prisioneros a los demás y, tras atarlos con cuerdas, los llevaron a Acre para ofrecérselos al pachá.

Abú-el-Marsh, como se llamaba el árabe, había recibido una bala en el brazo durante el combate; como su herida no era mortal, los turcos lo habían atado encima de un camello y, apropiándose del caballo, se llevaron al jinete y su montura.

Al anoecer del día en que tenían que regresar a Acre, acamparon con sus prisioneros en los montes de Safadt; el árabe herido tenía las piernas atadas con una correa de cuero y estaba tendido junto a la tienda en que dormían los turcos.

Durante la noche, cuando lo despertó el dolor de su herida, oyó relinchar su caballo entre las demás monturas trabadas alrededor de las tiendas, según la costumbre oriental; reconoció su voz y, no pudiendo

resistir el deseo de ir a hablar una vez más al compañero de su vida, se arrastró dificultosamente por el suelo, impulsándose con las manos y las rodillas, y llegó hasta su corcel.

—Mi pobre amigo —le dijo—, ¿qué harás tú entre los turcos? Te encerrarán bajo las bóvedas de un caravasar con los caballos de algún agá o de un pachá; las mujeres y los niños ya no te traerán leche de camella, cebada ni zahína en sus manos; ya no correrás libre en el desierto, como el viento de Egipto; tu pecho ya no surcará las aguas del Jordán, que refrescaban tu pelo tan blanco como su espuma: ¡al menos, si soy esclavo, sé libre! Hala, vete, vuelve a la tienda que conoces; ve a decir a mi mujer que Abú-el-Marsh no volverá, y asoma la cabeza entre los cortinajes de la tienda para lamer la mano a mis hijitos.

Mientras así decía, Abú-el-Marsh había ido royendo con los dientes la cuerda de pelo de cabra que sirve de traba para los caballos árabes, y el animal quedó libre. Pero, viendo a su amo herido y atado a sus pies, el fiel e inteligente corcel comprendió con su instinto lo que ninguna lengua podía explicarle: inclinó la cabeza, husmeó a su amo y, asiéndolo con los dientes por la correa de cuero que llevaba alrededor del cuerpo, se alejó al galope y lo llevó hasta sus tiendas.

Al llegar, después de depositar a su amo en la arena, a los pies de su mujer y sus hijos, el caballo expiró de agotamiento.

Toda la tribu lo lloró, los poetas lo cantaron, y su nombre está constantemente en la boca de los árabes de Jericó.

EL GATO MALTÉS

Rudyard Kipling

[Traducción de Rafael Lassaletta]

Tenían buenas razones para sentirse orgullosos, y mejores razones todavía para estar asustados; todos y cada uno de los doce: pues aunque se habían abierto camino, partido a partido, entre los equipos inscritos en el torneo de polo, aquella tarde se enfrentaban a los Archangel en la final. Los Archangel participaban con media docena de caballos cada jugador, y como el partido se dividía en seis partes de ocho minutos, eso significaba un caballo de refresco después de cada descanso. El equipo de los Skidar, aun suponiendo que no hubiera habido accidentes, sólo podía proporcionar un caballo de recambio, y dos a uno es una proporción bastante escasa. Además, tal como señalaba Shiraz, el sirio de color gris, se enfrentaban a lo mejor y más escogido de los caballos de polo del norte de la India: caballos que habían costado más de mil rupias cada uno, mientras ellos eran un lote barato sacado a menudo de carros de campo por sus amos, pertenecientes a un regimiento nativo de infantería que era honesto, pero pobre.

—El dinero significa andadura y peso —observó Shiraz al tiempo que se frotaba tristemente el sedoso y negro hocico entre sus bien ajustados protectores—. Y según las reglas del juego tal como yo las conozco...

—Ah, pero no estamos jugando a las reglas —contestó Gato Maltés—. Estamos jugando el partido, y tenemos la gran ventaja de conocerlo. Con que lo pienses sólo mientras das una zancada, Shiraz, te darás cuenta de que hemos subido desde la última a la segunda posición en dos semanas, contra todos esos tipos; y ha sido así porque jugamos con nuestra cabeza además de con las patas.

—Eso me hace sentirme chiquita y desgraciada todo el tiempo —intervino Kittiwynk, una yegua de color pardusco que tenía una frontalería roja y las patas más limpias que ha poseído nunca un caballo viejo—. Ésos nos doblan en tamaño.

Kittiwynk echó una mirada a la concurrencia y suspiró. El duro y polvoriento campo de polo de Umballa estaba cubierto de miles de soldados vestidos de negro y blanco, por no contar los cientos y cientos de carruajes, coches altos de cuatro caballos y cochecitos de dos ruedas y dos asientos, las damas con parasoles de brillantes colores, los oficiales con uniforme y sin él y la multitud de nativos situados detrás; sumémosles los ordenanzas que montados en camellos se habían detenido para ver el partido en lugar de llevar y traer cartas desde la estación, y los tratantes nativos de caballos que correteaban por allí sobre yeguas biluchi de delgadas orejas buscando la oportunidad de vender algunos caballos de polo de primera clase. Después estaban los caballos de los treinta equipos que se habían inscrito en la Copa Abierta del Norte de la India: casi todos los caballos dignos y valiosos que había desde Mhow hasta Peshawar, desde Allahabad hasta Multan: valiosos caballos árabes, sirios, de campo^[1], originarios de Deccán, Waziri y de Kabul, de todos los colores, formas y temperamentos que pueda imaginarse. Algunos de ellos estaban en establos con techo de esterilla, cerca del campo de polo, pero casi todos tenían encima la silla con su dueño, que habían sido derrotados en partidos anteriores y se dedicaban a trotar de aquí para allá y a decirse unos a otros cómo, exactamente, debía jugarse.

Era una vista gloriosa, y el ir y venir de los pequeños y rápidos cascos, así como los incesantes saludos de los caballos que se habían conocido anteriormente en otros campos de polo o en pistas de carreras, bastaba para volver loco a cualquier cuadrúpedo.

Pero los miembros del equipo de Skidar procuraban no conocer a sus vecinos, aunque la mitad de los caballos que había en el campo estaban deseosos de conocer a los pequeños que habían llegado desde el norte y, hasta el momento, habían barrido.

—Déjame pensar —le dijo a Gato Maltés un caballo árabe y suave de color dorado que el día anterior había jugado muy mal—: ¿No nos conocimos en el establo de Abdul Rahman, en Bombay, hace cuatro estaciones? Recordarás que aquella estación gané la Copa Paikpattan.

—No pude ser yo —contestó cortésmente Gato Maltés—. Entonces me encontraba en Malta, tirando de un carro de verduras. Yo no corro, sólo juego.

—¡Aah! —contestó el árabe levantando la cola y marchándose con trote fanfarrón.

—Concentraos en vosotros mismos —dijo Gato Maltés a sus compañeros—. No vamos a ir frotándonos el hocico con todos esos mestizos de culo de ganso del norte de la India. Cuando hayamos ganado esta copa, todos darán sus herraduras con tal de conocernos.

—No ganaremos *nosotros* la Copa —intervino Shiraz—. ¿Cómo te sientes?

—Tan rancio como la cena de ayer, sobre la que corría una rata almizclera —contestó Polaris, un caballo gris de hombros bastante pesados, y los demás miembros del equipo estuvieron de acuerdo con él.

—Cuanto antes olvidéis eso, mejor —dijo alegremente Gato Maltés—. En la gran tienda han terminado peleados. Ahora nos llamarán. Si las sillas no os están cómodas, cocead por delante. Si el bocado del freno no os resulta cómodo, cocead por detrás y haced que los *saises*^[2] sepan si las protecciones están bien colocadas.

Cada caballo tenía su *sais*, su mozo de cuadra, que vivía, comía y dormía con él, y había apostado en el partido mucho más de lo que podía permitirse. No había posibilidad alguna de que nada saliera mal, y para asegurarse de ello cada *sais* estuvo enjabonando las patas de su caballo hasta el último minuto. Tras los *saises* se sentaban todos los miembros del regimiento de Skidar que habían conseguido permiso para asistir al partido: la mitad de los oficiales nativos y cien o doscientos hombres oscuros y de

barba negra con las gaitas del regimiento que pasaban nerviosamente los dedos por los voluminosos instrumentos llenos de cintas. Los Skidar eran un regimiento de los que se consideraban pioneros, y las gaitas constituían la música nacional de la mitad de sus hombres. Los oficiales nativos llevaban manojos de palos de polo, mazos largos con mango de caña, y como la tribuna se había llenado después del almuerzo, se colocaron de uno en uno o por parejas en diferentes puntos del campo para que si a un jugador se le rompía un palo no tuviera que cabalgar mucho hasta conseguir uno nuevo. Una banda de la caballería británica atacó con impaciencia «If you want to know the time, ask a pleecman!»^[3], y los dos árbitros, vestidos con guardapolvos ligeros, empezaron a moverse sobre dos pequeños y excitados caballos. Salieron entonces los cuatro jugadores del equipo del Archangel, y sólo de ver sus hermosas monturas Shiraz volvió a gemir.

—Espera a que los conozcamos —dijo Gato Maltés—. Dos de ellos juegan con anteojeras, lo que significa que no pueden ver si se salen del camino por su propio lado, pues *podrían* lanzarse contra los caballos de los árbitros. ¡Y todos llevan riendas blancas de tela que con seguridad se estiran o resbalan!

—Y además los jinetes llevan el látigo en la mano en lugar de en la muñeca —intervino Kittiwynk, dando brincos para perder la rigidez—. ¡Ja!

—Es cierto. Ningún hombre puede manejar de esa manera el palo, las riendas y el látigo —añadió Gato Maltés—. Me he caído en cada metro cuadrado del campo de Malta, y tendría que saberlo. Para demostrar lo satisfecho que se sentía, hizo temblar su cruceta de color salpicado; pero su corazón no estaba tan animado. Desde que había llegado a India en un transporte de tropas y había sido traspasado, junto con un rifle viejo, como parte del pago de una deuda por apuestas de carreras, Gato Maltés había jugado al polo, y había predicado sobre este deporte al equipo de Skidar en su pedregoso campo de polo. Un caballo de polo es como un poeta. Si nace amando el juego, puede convertirse en jugador. Gato Maltés sabía que los bambúes crecen sólo para que con sus raíces puedan hacerse pelotas, que se les da grano para mantenerles fuertes y en buenas condiciones, y que a los caballos se les herraba para impedir que resbalaran en un giro. Y además de todas esas cosas, conocía todos los trucos y estratagemas del juego más

hermoso del mundo, y llevaba dos estaciones enseñando a los demás todo lo que sabía o sospechaba.

—Recordad que *debemos* jugar unidos, y que *debéis* jugar con vuestra cabeza —repitió por centésima vez cuando se acercaron los jinetes—. Y pase lo que pase, seguid a la pelota. ¿Quién sale primero?

Les pusieron las cinchas a Kittiwynk, Shiraz, Polaris y a un bayo corto y alto de tremendas corvas y sin una cruceta de la que fuera digno hablar (le llamaban Corks); y los soldados del fondo lo contemplaron todo fijamente.

—Quiero que estéis tranquilos —dijo Lutyens, capitán del equipo—. Y sobre todo que *no* empecéis a daros pisto.

—¿Ni siquiera si ganamos, capitán Sahib? —preguntó uno de los jactanciosos.

—Si ganamos, podréis hacer lo que os plazca —contestó Lutyens con una sonrisa mientras se deslizaba el lazo de su palo por la muñeca y se dirigía a galope corto hasta su posición.

Los caballos de los Archangel se sentían un poco por encima de sí mismos por la multitud multicolor que tan cerca estaba del campo de juego. Sus jinetes eran excelentes jugadores, pero formaban un equipo de jugadores de primer orden, en lugar de un equipo de primer orden, y ahí estaba toda la diferencia del mundo. Pretendían sinceramente jugar juntos, pero es muy difícil que cuatro hombres, cada uno de ellos el mejor que ha podido elegir el equipo, recuerden que en el polo no se compensa el juego con la manera brillante de golpear la pelota o cabalgar. Su capitán les gritaba las órdenes llamándoles por su nombre, y resulta curioso que si pronuncias en público el nombre de un inglés, éste se siente azorado y malhumorado. En cambio Lutyens no les dijo nada a sus hombres, porque ya todo se había dicho anteriormente. Montó a Shiraz, pues jugaba de «defensa», para defender la portería. Powell montó a Polaris como defensa medio, y Macnamara y Hughes jugaban de delanteros montando a Corks y Kittiwynk. Pusieron la dura pelota de raíz de bambú en el centro del campo, a unas ciento cincuenta yardas de los extremos, y Hughes cruzó el mazo, con la cabeza hacia arriba, con el capitán del Archangel, quien creyó adecuado jugar de delantero aunque desde esa posición no se puede controlar fácilmente el equipo. Cuando cruzaron los bastones de caña se

escuchó un pequeño «click» en todo el campo, y entonces Hughes hizo una especie de movimiento rápido de muñeca que le permitió driblar con la pelota unos metros. Kittiwynk se conocía ese golpe desde antiguo, y lo siguió como un gato persigue un ratón. Mientras el capitán del Archangel daba la vuelta a su caballo, Hughes golpeó con toda su fuerza y al instante siguiente Kittiwynk había partido, y Corks le seguía de cerca avanzando ligeramente con sus pequeñas patas como gotas de lluvia sobre cristal.

—Tira a la izquierda —dijo entre dientes Kittiwynk—. ¡Viene hacia nosotros, Corks!

El defensa y el medio de los Archangel caían sobre él cuando estaba al alcance de la pelota. Hughes se inclinó hacia adelante con la rienda suelta y recortó hacia la izquierda casi bajo las patas de Kittiwynk, que se apartó con una cabriola para dejar pasar a Corks, el cual vio que si no se daba prisa traspasaría los límites. Ese salto largo dio tiempo a los Archangel para girar y enviar a tres hombres a través del campo para neutralizar a Corks. Kittiwynk se quedó donde estaba, pues conocía el juego. Corks se encontró con la pelota media fracción de segundo antes de que llegaran los demás y Macnamara, quien con un golpe hacia atrás la envió a través del campo hacia Hughes, el cual vio el camino libre hasta la portería de los Archangel y metió la pelota antes de que nadie supiera muy bien lo que había sucedido.

—Eso sí que es suerte —comentó Corks mientras cambiaban de campo—. Un gol en tres minutos con tres golpes y sin ninguna cabalgada digna de mención.

—No creas —contestó Polaris—. Les hemos enfadado demasiado pronto. No me extrañaría que intentaran adelantarnos a toda velocidad la próxima vez.

—Entonces retén la pelota —dijo Shiraz—. Eso agota a cualquier caballo que no esté acostumbrado.

En la siguiente ocasión no hubo un galope sencillo a través del campo. Todos los Archangel se cerraron como un solo hombre, pero allí se quedaron, pues Corks, Kittiwynk y Polaris consiguieron colocarse de alguna manera encima de la pelota ganando tiempo entre los golpes de los

mazos mientras Shiraz daba vueltas por el exterior aguardando una oportunidad.

—Podemos pasarnos haciendo esto todo el día —dijo Polaris mientras empujaba con sus cuartos traseros el costado de otro caballo—. ¿Hacia dónde crees que estás empujando?

—Yo... me dejaría llevar con un *ekka*^[4] si lo supiera —le respondió un caballo jadeante—. Y daría la comida de una semana para que me quitaran las anteojeras. No puedo ver nada.

—El polvo es bastante malo. ¡Fiu! Ése casi me da en el corvejón. ¿Dónde está la pelota, Corks?

—Debajo de mi cola. Al menos un hombre la está buscando allí. Esto sí que es bueno. No pueden utilizar los mazos y eso les vuelve locos. ¡Dale al de las anteojeras un empujón y se irá para otro lado!

—¡Eh, no me toques! No veo. Me... creo que me voy a retirar —dijo el caballo de las anteojeras, pues sabía que si no puedes ver alrededor de tu cabeza no te puedes preparar contra los golpes.

Corks observaba la pelota que estaba en el polvo, cerca de sus patas delanteras, mientras Macnamara le daba golpecitos cortos de vez en cuando. Kittiwynk, agitando su cola cortada por la excitación nerviosa, se abrió camino fuera de la escaramuza.

—¡Ho! La tienen —resopló—. ¡Dejadme salir! —y diciendo esto galopó como una bala de rifle por detrás de un caballo alto y desgarrado de los Archangel, cuyo jinete estaba levantando el mazo para dar un golpe.

—Hoy no, te lo agradezco —dijo Hughes cuando el golpe por poco dio en su mazo levantado, y Kittiwynk empujó con los hombros los cuartos traseros del caballo alto, enviándole a un lado mientras Lutyens, montando a Shiraz, volvía a enviar la pelota al lugar de donde había venido, y el caballo alto resbalaba y se salía por la izquierda. Kittiwynk, al ver que Polaris se había unido a Corks en la persecución de la pelota terreno arriba, ocupó el lugar de Polaris, y entonces pitaron el final de ese tiempo.

Los caballos del Skidar no perdieron tiempo en cocear ni en soltar bufidos, pues sabían que cada minuto de descanso significaba un gran beneficio, por lo que trotaron hasta las barandillas y sus *saises*, quienes enseguida empezaron a rascarlos, cubrirlos con mantas y frotarlos.

—¡Fiu! —exclamó Corks poniéndose rígido para obtener todo el placer de las cosquillas que le producía el enorme rascador de vulcanita—. Si jugáramos caballo contra caballo, doblaríamos a los del Archangel en media hora. Pero ellos sacarán animales de refresco, y otros de refresco, y otros más después... ya veréis.

—¿Y a quién le importa? —preguntó Polaris—. Hemos ganado a primera sangre. ¿Se me está hinchando el corvejón?

—Así lo parece —contestó Corks—. Has debido de recibir un latigazo bastante fuerte. Que no se te ponga rígido. En media hora te necesitarán de nuevo.

—¿Cómo va el partido? —preguntó Gato Maltés.

—El campo está como tu herradura, salvo donde han echado demasiada agua —contestó Kittiwynk—. En esos sitios es resbaladizo. No juegues por el centro, que ahí hay una ciénaga. No sé cómo se comportarán los cuatro nuevos caballos, pero hemos mantenido la pelota retenida y les hemos obligado a sudar por nada.

—¿Quién sale ahora? ¡Dos árabes y un par de caballos de campo nativos! Eso está mal. ¡Qué consuelo da lavarte la boca!

Kitty hablaba con el cuello de una botella de agua de soda forrada de cuero entre los dientes, tratando al mismo tiempo de mirar por encima de su cruz. Eso le daba un aire muy coqueto.

—¿Qué es lo que está mal? —preguntó Grey Dawn, cediendo ante las cinchas y admirando sus hombros bien asentados.

—Que vosotros, los caballos árabes, no galopáis lo bastante rápido como para manteneros calientes... eso es lo que quería decir Kitty —le contestó Polaris cojeando para demostrar que su corvejón necesitaba atención—. ¿Juegas de «defensa», Grey Dawn?

—Eso parece —contestó Grey Dawn mientras se le subía encima Lutyens. Powell montó a Rabbit, un caballo de campo bayo muy parecido a Corks, pero con orejas parecidas a las de un mulo. Macnamara montó a Faiz Ullah, un caballito árabe de color rojo, cola larga, y de patas traseras cortas y hábiles, mientras Hughes montó a Benami, un animal viejo, de color marrón y malhumorado, que se apoyaba en las patas delanteras más de lo que debería hacerlo un caballo de polo.

—Parece que a Benami le gusta esto —comentó Shiraz—. ¿Cómo estamos de humor, Ben?

El veterano caballo se marchó cojeando sin responder, y Gato Maltés contempló los caballos nuevos del Archangel que saltaron haciendo cabriolas al campo de juego. Eran cuatro animales negros y hermosos con grandes sillas y lo bastante fuertes como para comer al equipo entero de Skidar y galopar con la comida en el estómago.

—Otra vez anteojeras —dijo Gato Maltés—. ¡Buen asunto!

—¡Son corceles... para las cargas de caballería! —exclamó Kittiwynk con indignación—. Nunca volverán a conocer los 13-3^[5]

—Pues todos han sido medidos con justicia y han obtenido sus certificados —intervino Gato Maltés—. Si no, no estarían aquí. Tenemos que aceptar las cosas tal como vienen y mantener la vista fija en la pelota.

Empezó el juego, pero esta vez los Skidar fueron acorralados en su propio campo, y los caballos que miraban el partido no lo aprobaron.

—Faiz Ullah está escurriendo el bulto, como de costumbre —comentó Polaris con un gruñido burlón.

—Faiz Ullah se está comiendo el látigo —añadió Corks. Podían escuchar la cuarta de polo de correas de cuero golpeando el tronco bien redondeado del caballito.

Entonces les llegó desde el campo de juego el agudo relincho de Rabbit:

—No puedo hacer solo todo el trabajo —gritaba.

—Juega y no hables —relinchó Gato Maltés; y todos los caballos se agitaron de excitación mientras los soldados y mozos de cuadra se aferraban a la barandilla y gritaban. Un caballo negro con anteojeras había sobrepasado al viejo Benami y le interfería de todas las maneras posibles. Podían ver a Benami agitando la cabeza de arriba abajo y haciendo vibrar el belfo inferior.

—Va a haber una caída enseguida —comentó Polaris—, Benami se está poniendo envarado.

El juego osciló de arriba abajo entre una portería y la otra y los caballos negros se fueron sintiendo más confiados cuando comprobaron que aventajaban a los otros. Golpearon la pelota fuera de una pequeña

escaramuza y Benami y Rabbit la siguieron; Faiz Ullah se contentó con quedarse tranquilo por un instante.

El caballo negro de las anteojeras subió como un halcón, seguido por dos de los suyos, y los ojos de Benami brillaron al emprender la carrera. La cuestión era cuál de los caballos aventajaría al otro; los jinetes estaban de acuerdo en arriesgar una caída por una buena causa. El negro, enloquecido casi por las anteojeras, confiaba en su peso y genio; pero Benami sabía cómo aplicar su peso, y cómo mantener el genio. Se encontraron produciendo una nube de polvo. El negro acabó de costado en el suelo, sin aliento en el cuerpo. Rabbit iba cien metros arriba por el campo llevando la pelota y Benami se había parado. Había resbalado casi diez yardas, pero se había cobrado su venganza y se quedó sentado haciendo ruidos con el hocico hasta que se levantó el caballo negro.

—Eso es lo que te pasa por meterte por en medio. ¿Quieres más? —preguntó Benami antes de volver a meterse en el juego. No se consiguió nada porque Faiz Ullah no galopó, aunque Macnamara le pegaba siempre que tenía un segundo libre para hacerlo. La caída del caballo negro impresionó muchísimo a sus compañeros, de manera que los Archangel no pudieron aprovecharse del mal comportamiento de Faiz Ullah.

Tal como dijo Gato Maltés, cuando terminó el tiempo y regresaron los cuatro resoplando y sudando, tendrían que haber coceado a Faiz Ullah alrededor de todo el campo de Umballa. Si no se portaba mejor en el siguiente tiempo, Gato Maltés prometió arrancarle al árabe la cola de raíz, y comérsela.

No hubo más tiempo para hablar, pues ordenaron salir al tercer grupo de cuatro caballos.

El tercer tiempo de un partido suele ser el más caliente, pues cada equipo piensa que los otros deben de estar agotados; y la mayor parte de las veces un partido se gana en ese tiempo.

Lutyens montó a Gato Maltés palmeándolo y abrazándolo, pues lo valoraba más que cualquier otra cosa en el mundo. Powell montó a Shikast, un pequeño canalla de color gris sin pedigrí ni buenas costumbres fuera del polo; Macnamara montó a Bamboo, el más grande del equipo, y Hughes a Who's Who, *alias* El Animal. Se suponía que tenía sangre australiana en

sus venas, pero parecía un percherón y podías golpearle en las patas con una palanca de hierro sin hacerle daño.

Salieron para encontrarse frente a la flor del equipo del Archangel, y cuando Who's Who vio sus patas elegantemente protegidas y las pieles hermosas y satinadas, sonrió tras su brida ligera y bien ajustada.

—¡Válgame Dios! —exclamó Who's Who—. Vamos a darle un poco de juego de patas. Esos caballeros necesitan un buen frotado.

—Sin morder —advirtió Gato Maltés, pues era conocido por todos que en una o dos ocasiones Who's Who se había olvidado de esa regla.

—¿Quién dijo algo sobre morder? No estoy jugando a el saltador^[6]. Estoy jugando el partido.

Los Archangel bajaron como lobos acorralados, pues se habían cansado del fútbol y querían jugar al polo. Y recibieron más y más. Poco después de empezar el tiempo, Lutyens golpeó una pelota que se acercaba a él con rapidez, y la elevó en el aire, como sucede a veces con una pelota, produciendo el sonido del aleteo de una perdiz asustada. Shikast la oyó, pero al principio no pudo verla, aunque miró para todas partes y también hacia el aire, tal como le había enseñado Gato Maltés. Cuando la vio hacia delante y por arriba, avanzó con Powell tan rápido como pudo. Entonces fue cuando Powell, en general un hombre tranquilo y juicioso, se sintió inspirado y jugó un golpe que a veces tiene éxito en una tranquila y larga tarde de entrenamiento. Cogió el mazo con ambas manos^[7] y poniéndose en pie sobre los estribos golpeó la pelota en el aire a la manera de Munipore. Se produjo un segundo de asombro paralizante antes de que los cuatro graderíos del campo se pusieran en pie lanzando un grito de aprobación y complacencia cuando la pelota salió volando (había que ver a los asombrados Archangel agachándose en la silla para salirse de la trayectoria de vuelo y mirándola con la boca abierta), y las gaitas reglamentarias de los Skidar sonaron desde las barandillas en cuanto los gaiteros recuperaron el aliento.

Shikast percibió el golpe, y al mismo tiempo oyó que se desprendía la cabeza del mazo. Novecientos noventa y nueve caballos de cada mil habrían perseguido precipitadamente la pelota llevando encima un jinete inútil tirándole de la cabeza, pero Powell le conocía, y él conocía a Powell;

en cuanto sintió moverse ligeramente la pierna derecha del jinete por encima de la gualdrapa, se dirigió hacia un lado desde el que un oficial nativo agitaba frenéticamente un mazo nuevo. Antes de que terminaran los gritos, Powell estaba armado de nuevo.

Sólo una vez en su vida había oído Gato Maltés ese mismo golpe, jugado entonces desde sus propios lomos, y se había aprovechado de la confusión que provocó. Esta vez actuó por experiencia y, dejando a Bamboo que defendiera la portería por si se producía algún accidente, pasó entre los otros como una centella, con la cabeza y la cola bajas, y Lutyens erguido sobre él para aliviarle. Avanzó antes de que el otro equipo se enterara de lo que estaba sucediendo y casi se golpeó la cabeza entre los postes de la portería de los Archangel cuando empujó la pelota, metiéndola, tras una carrera en línea recta de casi ciento treinta metros. Si había una cosa de la que Gato Maltés se enorgulleciera más que de cualquier otra era de esa especie de carrera rápida con la que sabía cruzar como un rayo la mitad del campo. No era de los partidarios de llevar la pelota alrededor del campo, a menos que uno estuviera siendo dominado claramente. Después les dieron a los del Archangel cinco minutos de fútbol, y un caballo caro y rápido odia el fútbol porque estorba a su temperamento.

En esa manera de jugar Who's Who demostró ser mejor incluso que Polaris. No permitía ningún movimiento hacia el exterior, sino que se metía gozosamente en la escaramuza como si tuviera el morro introducido en un comedero y estuviera buscando algo agradable. El pequeño Shikast saltaba sobre la pelota en cuanto ésta quedaba al descubierto y cada vez que un caballo del Archangel la seguía se encontraba a Shikast encima y preguntando qué sucedía.

—Si sobrevivimos a este tiempo, no me preocuparé —dijo Gato Maltés—. Vosotros no os agotéis, dejad que suden ellos.

Y entonces, tal como explicaron después los jinetes, los caballos «se cerraron». Los Archangel les sujetaron delante de su portería, pero eso les costó a sus caballos todo lo que les quedaba de temperamento; los animales empezaron a cocear, sus jinetes a repetir cumplidos, y los primeros se lanzaron contra las patas de Who's Who pero éste apretó los dientes y se

quedó donde estaba, mientras el polvo se elevaba como un árbol por encima de la escaramuza hasta que terminó aquel ardoroso tiempo.

Encontraron a los caballos muy excitados y confiados cuando llegaron junto a sus *saíses*; y Gato Maltés tuvo que advertirles que se acercaba lo peor del partido.

—Ahora *nosotros* salimos por segunda vez, y *ellos* trotan con caballos de refresco. Creeréis que sois capaces de galopar, pero descubriréis que no es posible, y os sentiréis apenados.

—Pero dos goles a cero es una gran ventaja —dijo Kittiwynk haciendo cabriolas.

—¿Cuánto se tarda en meter un gol? —preguntó a modo de respuesta Gato Maltés—. Por favor no salgáis con la idea de que el partido está casi ganado sólo porque ahora hayamos tenido suerte. Os acorralarán contra la tribuna si pueden; *no* debéis darles la oportunidad. Seguid a la pelota.

—¿Fútbol, como de costumbre? —preguntó Polaris—. El corvejón se me ha hinchado tanto que parece casi del tamaño de un morral.

—No les dejéis que vean la pelota si podéis evitarlo. Y ahora dejadme solo que he de descansar todo lo que pueda antes del último tiempo.

Bajó la cabeza y relajó todos los músculos. Shikast, Bamboo y Who's Who imitaron su ejemplo.

—Será mejor no mirar el partido —dijo—. No estamos jugando y nos agotaremos si nos ponemos ansiosos. Mirad al suelo y pensad que es la hora de irnos.

Hicieron todo lo que pudieron, pero resultaba difícil seguir su consejo. Los cascos retumbaban sobre el suelo, los mazos golpeaban campo arriba y abajo y los gritos de aprobación de las tropas inglesas indicaban que los Archangel estaban presionando fuerte a los Skidar. Los soldados nativos situados tras los caballos gemían y gruñían, murmuraban y finalmente escucharon un prolongado grito y un estruendo de hurras.

—Uno, para los Archangel —dijo Shikast sin levantar la cabeza—. Está a punto de acabar este tiempo. ¡Ay, por mi padre y mi madre!

—Faiz Ullah, si esta vez no juegas hasta el último clavo de tus herraduras, te derribaré a patadas delante de todos los otros caballos —dijo Gato Maltés.

—Y yo haré todo lo que pueda cuando me toque el turno —añadió el caballito árabe enérgicamente.

Los *saises* se miraban seriamente unos a otros mientras frotaban las patas de los caballos. Ahora era cuando de verdad estaban en juego las grandes bolsas, y todo el mundo lo sabía. Kittiwynk y los demás regresaron con el sudor goteándoles por encima de los cascos y con las colas contando tristes historias.

—Son mejores que nosotros —comentó Shiraz—. Sabía lo que iba a pasar.

—Cierra tu boca —le interrumpió Gato Maltés—. Todavía llevamos un gol de ventaja.

—Sí, pero ahora juegan dos árabes y dos caballos nativos —intervino Corks—. ¡Faiz Ullah, acuérdate! —añadió con voz cáustica.

Cuando Lutyens montó en Grey Dawn miró a sus hombres y comprobó que no tenían buen aspecto. Estaban cubiertos por franjas de polvo y sudor. Las botas amarillas estaban casi negras, las muñecas enrojecidas y llenas de bultos, y los ojos parecían haber profundizado cinco centímetros en la cabeza, aunque la expresión de la mirada era satisfactoria.

—¿Bebisteis algo en la tienda? —preguntó Lutyens, y los miembros del equipo negaron con la cabeza, pues estaban demasiado secos para poder hablar—. Muy bien. Los Archangel lo hicieron, y están muchísimo más agotados que nosotros.

—Pero tienen caballos mejores —contestó Powell—. No me sentiré apenado cuando esto termine.

El quinto tiempo fue triste en todos los aspectos. Faiz Ullah jugó como un pequeño demonio rojo; Rabbit parecía estar al mismo tiempo en todas partes, y Benami se lanzaba recto hacia cualquier cosa que se interpusiera en su camino, mientras los árbitros, montados en sus caballos, giraban como gaviotas alrededor del cambiante juego. Pero los Archangel tenían las mejores monturas y no permitieron a los Skidar jugar al fútbol. Golpearon la pelota arriba y abajo a lo ancho del campo hasta que Benami y los demás fueron superados. Entonces avanzaron y una y otra vez Lutyens y Grey Dawn fueron capaces por muy poco de alejar la pelota con un golpe largo cortante. Grey Dawn se olvidó de que era un árabe y dejó de ser gris para

volverse azul con sus galopes. La verdad es que se olvidó demasiado, pues no mantenía la vista en el suelo como debería hacer un caballo árabe, sino que sacaba el morro y se lanzaba a la carrera espoleado por el honor del partido. Habían regado el campo una o dos veces en los descansos, y un aguador descuidado había vaciado todo su odre en un lugar cercano a la portería de los Skidar. Estaba cercano al extremo del campo y por décima vez Grey Dawn corría tras una pelota cuando sus cuartos traseros resbalaron en el barro y cayó dando vueltas, lanzando a Lutyens, que por poco no chocó contra un poste. Además, los triunfantes Archangel consiguieron su gol. Entonces terminó el tiempo, con empate a dos goles; a Lutyens tuvieron que ayudarlo a levantarse y Grey Dawn se levantó con los cuartos traseros magullados.

—¿Qué daños ha habido? —preguntó Powell rodeando con el brazo a Lutyens.

—Desde luego la clavícula —contestó Lutyens entre dientes. Era la tercera vez que se la rompía en dos años, y le dolía.

Powell y los demás silbaron.

—Terminó el partido —dijo Hughes.

—Espera un momento. Todavía nos quedan cinco buenos minutos y no es mi mano derecha —dijo Lutyens—. Les vamos a superar.

—Quería saber si estás herido, Lutyens —preguntó el capitán de los Archangel llegando al trote—. Aguardaremos si quieres poner un sustituto. Me gustaría... quiero decir... la verdad es que tus hombres se merecen este partido, si hay algún equipo que lo merezca. Nos gustaría darte un hombre, o alguno de nuestros caballos... o algo.

—Eres muy amable, pero creo que jugaremos hasta el final.

El capitán de los Archangel se le quedó mirando un rato.

—Eso no está nada mal —dijo antes de regresar a su campo, mientras Lutyens pedía prestado un pañuelo a uno de sus oficiales nativos para hacerse con él un cabestrillo. Entonces llegó al galope uno de los Archangel con una gran esponja de baño y le aconsejó a Lutyens que se la metiera bajo la axila para aliviar el hombro, y entre todos le ataron científicamente el brazo izquierdo, y uno de los oficiales nativos se adelantó con cuatro vasos alargados que siseaban y burbujeaban.

El equipo miró a Lutyens con aspecto patético y éste asintió. Era el último tiempo y ya nada importaría mucho. Se tragaron la bebida de color dorado oscuro, se limpiaron el bigote y recuperaron la esperanza.

Gato Maltés había metido el morro por delante de la camisa de Lutyens como intentando decirle lo apenado que se sentía.

—Lo sabe —comentó con orgullo Lutyens—. El bribón lo sabe. Ya he cabalgado con él sin llevar brida... por diversión.

—Ahora no es por diversión —añadió Powell—. Pero no tenemos un sustituto decente.

—No —dijo Lutyens—. Es el último tiempo y tenemos que marcar nuestro gol y ganar. Confiaré en Gato.

—Si te caes ahora te vas a hacer daño —dijo Macnamara.

—Confiaré en Gato —repitió Lutyens.

—¿Habéis oído eso? —preguntó con orgullo Gato Maltés a los otros caballos—. Merece la pena haber jugado al polo durante diez años para oír que digan eso de ti. Y ahora, hijos míos, vamos. Cocearemos un poco para demostrar a los Archangel que *este* equipo no ha sufrido.

Y cuando entraron en el campo de juego Gato Maltés, tras convencerse de que Lutyens estaba cómodo sobre la silla, coceó tres o cuatro veces, y su jinete rió. Llevaba las riendas cogidas de alguna manera entre las puntas de los dedos de su mano vendada, sin pretender en ningún momento fiarse de ellas. Sabía que Gato respondería a la menor presión de la pierna, y para comprobarlo, pues el hombro le dolía mucho, hizo girar al caballo formando un ocho cerrado entre los postes de la portería. Eso produjo un rugido entre los hombres y los oficiales nativos, a los que les encantaba *dugabashi* (los trucos con caballos), tal como ellos lo llamaban, y las gaitas, con mucha tranquilidad pero en tono de burla, entonaron los primeros compases de una conocida melodía de bazar titulada «Frescamente Fresco y Nuevamente Nuevo», como advertencia a los otros regimientos de que los Skidar estaban en forma. Todos los nativos se echaron a reír.

—Y ahora recordad que es el último tiempo —dijo Gato cuando ocuparon su lugar—. ¡Y seguid la pelota!

—No es necesario decirlo —contestó Who's Who.

—Dejadme continuar. Todas las personas que hay en los cuatro lados del campo empezarán a amontonarse... como hicieron en Malta. Oiréis que la gente grita, se adelanta y es empujada hacia atrás, y eso va a incomodar mucho a los caballos del Archangel. Pero si una pelota cae en los límites, id por ella y que la gente se las arregle para apartarse. En una ocasión fuimos por la pelota de cuatro en fondo y la sacamos de entre el polvo. Apoyadme cuando corra y seguid la pelota.

Hubo una especie de murmullo de simpatía y sorpresa cuando se inició el último tiempo y empezó exactamente lo que había previsto Gato Maltés. La gente se amontonó cerca de los límites y los caballos del Archangel miraron hacia los laterales, cuyo espacio se estaba estrechando. Si sabéis cómo se siente un hombre obstaculizado en el tenis —y no porque quiera salirse corriendo del campo, sino porque le gusta saber que podrá hacerlo en caso de necesidad—, comprenderéis cómo se sienten los caballos cuando juegan encajonados entre seres humanos.

—Voy a chocar contra uno de esos hombres si me salgo —dijo Who's Who lanzándose como un cohete tras la pelota; y Bamboo asintió sin hablar. Estaban jugando hasta la última pizca de sus fuerzas y Gato Maltés había dejado la portería sin defender para unirse a ellos. Lutyens le había dado todas las órdenes para que pudiera llevarle de regreso, pero era la primera vez en su carrera que el pequeño y sabio caballo gris jugaba al polo bajo su propia responsabilidad, e iba a aprovecharla al máximo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Hughes cuando Gato cruzó por delante de él y corrió tras un Archangel.

—Gato se encarga... ¡preocúpate del gol! —gritó Lutyens, e inclinándose hacia delante golpeó la pelota de lleno y la siguió, obligando a los Archangel a dirigirse a su propia portería.

—Sin fútbol —dijo Gato—. Mantened la pelota cerca de los límites y obstaculizadlos. Jugad en orden abierto y empujadles hasta los límites.

La pelota voló formando grandes diagonales a uno y otro lado del campo, y siempre que se detenía y un golpe la acercaba a los límites, los caballos del Archangel se movían con rigidez. No les gustaba dirigirse contra un muro de hombres y carruajes, aunque de haber jugado en campo abierto podrían haber girado sobre una moneda de seis peniques.

—Empujadlos hacia los lados —dijo Gato—. Mantenedlos cerca de la multitud. Odian los carros. Shikast, oblégalos a mantenerse por este lado.

Shikast con Powell se situó a la izquierda y a la derecha tras la pelea de una escaramuza abierta, y cada vez que golpeaban la pelota alejándola Shikast galopaba sobre ella en un ángulo tal que Powell se veía obligado a golpearla hacia los límites; y cuando la multitud se había apartado de ese lado, Lutyens enviaba la pelota a otro, y Shikast se deslizaba desesperadamente tras ella hasta que llegaban sus amigos para ayudarle. En esa ocasión se trataba de billar, no de fútbol: billar en el agujero de una esquina; y los tacos no estaban bien entizados.

—Si nos cogen en medio del campo se alejarán de nosotros. Driblad la pelota hacia los lados —gritó Gato.

Así que la driblaron a lo largo de los límites, donde un caballo no podía acercarse hacia su lado derecho; los Archangel estaban furiosos y los árbitros tenían que olvidarse del juego para gritar a la gente que retrocediera, mientras varios policías montados intentaban torpemente restaurar el orden, siempre muy cerca de la escaramuza, y los nervios de los caballos del Archangel se tensaban y se rompían como si estuvieran hechos de tela de araña.

En cinco o seis ocasiones un Archangel golpeó la pelota llevándola hacia el centro del campo, y en cada ocasión el atento Shikast daba a Powell la oportunidad de devolverla, y tras cada retroceso, cuando se había asentado el polvo, los espectadores podían ver que los Skidar habían avanzado algunos metros.

De vez en cuando los espectadores gritaban «¡Apartaos! ¡Fuera del lateral!»; pero los equipos estaban demasiado atareados para prestar atención y los árbitros hacían todo lo que podían para mantener a sus enloquecidos caballos lejos de la lucha.

Finalmente Lutyens erró un golpe corto y fácil y los Skidar tuvieron que regresar volando, atropelladamente, para proteger su portería, siguiendo a Shikast. Powell detuvo la pelota con un golpe de revés cuando no estaba ni a cuarenta y cinco metros de los postes de la portería, y Shikast dio la vuelta con un tirón que casi hace caer a Powell.

—Ahora es nuestra última oportunidad —dijo Gato girando como un abejorro clavado con una aguja—. Tenemos que sobrepasarlos, adelante.

Lutyens sintió que el caballito respiraba profundamente y, por así decirlo, se encogía bajo su jinete. La pelota daba saltos hacia el margen derecho, y un Archangel cabalgaba hacia ella azuzando al caballo con las dos espuelas y el látigo; pero ni espuelas ni látigo harían que su caballo se estirara al acercarse la multitud. Gato Maltés le pasó bajo su mismo hocico, recogiendo bruscamente los cuartos traseros pues no había un centímetro que desperdiciar entre éstos y el bocado del otro caballo. Fue una exhibición tan clara como la del patinaje artístico. Lutyens golpeó con toda la fuerza que le quedaba, pero el mazo le resbaló un poco en la mano y la pelota salió hacia la izquierda en lugar de quedarse junto al margen. Who's Who estaba muy lejos, y pensaba concentrado mientras galopaba. Zancada a zancada repitió las maniobras de Gato, con otro caballo del Archangel, quitándole la pelota de debajo de la brida y salvando a su oponente por media fracción de centímetro, pues Who's Who se encontraba detrás. Entonces se lanzó hacia la derecha mientras Gato Maltés surgía por la izquierda; y Bamboo sostuvo una trayectoria media exactamente entre ellos. Los tres estaban haciendo una especie de ataque en forma de flecha ancha gubernamental^[8]; sólo había un Archangel para defender la portería, pero inmediatamente detrás de ellos los otros tres Archangel corrían todo lo que podían y con ellos se mezcló Powell, impulsando a Shikast en lo que pensaba era su última esperanza. Hace falta un hombre muy bueno para resistir el empuje de siete caballos enloquecidos en el último tiempo de una final de copa, cuando los hombres corren como si les fuera en ello la vida y los caballos están delirantes. El defensa del Archangel falló el golpe y se apartó justo a tiempo para dejar pasar el tropel. Bamboo y Who's Who acortaron la zancada para dejar espacio a Gato Maltés, y Lutyens consiguió el gol con un golpe limpio y suave que se escuchó en todo el campo. Pero no había manera de detener a los caballos. Traspasaron los postes de la portería en una multitud mezclada, juntos ganadores y perdedores, pues la velocidad había sido terrible. Gato Maltés sabía por experiencia lo que sucedería, y para salvar a Lutyens giró a la derecha con un último esfuerzo que le magulló un tendón trasero más allá de lo que era posible curar. Al

hacerlo oyó que el poste derecho se rompía al chocar contra él un caballo: se agrietó, se astilló y cayó como un mástil. Estaba serrado por tres partes por si había algún accidente, pero aun así hizo volcar al caballo, que chocó con otro, el cual chocó contra el poste de la izquierda y entonces todo fue confusión, polvo y madera. Bamboo estaba tumbado en el suelo viendo las estrellas; un caballo del Archangel rodaba a su lado, enfadado y sin aliento; Shikast se había sentado como un perro para no caer sobre los otros y se deslizaba sobre su cola cortada en medio de una nube de polvo; Powell estaba sentado en el suelo, golpeándolo con el mazo y tratando de animar a todos. Los demás gritaban con lo que les quedaba de voz, y los hombres que habían sido derribados también gritaban. En cuanto los espectadores vieron que nadie había salido herido, diez mil nativos e ingleses gritaron y aplaudieron, y antes de que nadie pudiera detenerlos los gaiteros del Skidar entraron en el campo arrastrando detrás a todos los hombres y oficiales nativos, y marcharon arriba y abajo tocando una salvaje melodía del norte llamada «Zakhme Bagan», y entre el estrépito de las gaitas y los agudos gritos de los nativos se podía escuchar a la banda del Archangel que martilleaba «Son unos chicos excelentes» y luego reprochaban al equipo perdedor: «¡Ooh, Kafoozalum! ¡Kafoozalum! ¡Kafoozalum!».

Además de todas estas cosas, y otras muchas, había un comandante en jefe, y un inspector general de caballería, y el principal oficial veterinario de toda India que, en pie sobre un coche del regimiento, gritaban como escolares; y brigadieres, coroneles, comisionados y cientos de hermosas damas se unían al coro. Pero Gato Maltés estaba con la cabeza agachada, preguntándose cuántas patas le quedarían; y Lutyens vio a los hombres y a los caballos apartarse de los restos de los dos postes y palmeó muy tiernamente a Gato.

—Diría yo... —dijo el capitán del Archangel escupiendo un guijarro que llevaba en la boca—. ¿Aceptarías tres mil por ese caballo... tal como está?

—No, muchas gracias. Tengo la idea de que me ha salvado la vida —respondió Lutyens descabalgando y tumbándose en el suelo cuan largo era. Los dos equipos estaban también en el suelo, lanzando sus botas al aire, tosiendo y respirando profundamente, mientras llegaban corriendo los

saises para llevarse los caballos, y un aguador oficioso rociaba a los jugadores con agua sucia hasta que se sentaron.

—¡Por mi tía! —exclamó Powell frotándose la espalda y mirando los tocones de lo que habían sido dos postes—. ¡Esto sí que fue un partido!

Aquella noche, en la cena de gala, volvieron a jugarlo, un golpe tras otro, cuando la Copa del Abierto se llenó y pasó alrededor de la mesa, y se vació y volvió a llenar, y todos hicieron los discursos más elocuentes. Hacia las dos de la mañana, cuando debía llegar el momento de cantar un poco, una cabeza pequeña, sabia y gris miró por la puerta abierta.

—¡Hurra! Que entre —dijeron los Archangel; y su *sais*, que estaba verdaderamente feliz, palmeó a Gato Maltés en el costado, y cojeando entró bajo el resplandor de la luz y los brillantes uniformes, buscando a Lutyens. Estaba habituado a los comedores, los dormitorios y otros lugares en los que no solían entrar caballos, y en su juventud había saltado una mesa de comedor por una apuesta. Por eso se comportó con gran cortesía, comió pan untado en sal y fue acariciado por toda la mesa, moviéndose cautelosamente. Los hombres bebieron a su salud porque había hecho más por ganar la Copa que cualquier otro hombre o caballo que pisara el campo.

Tenía gloria y honor suficientes para el resto de sus días, y Gato Maltés no se quejó demasiado cuando el cirujano veterinario dijo que ya no serviría más para el polo. Cuando Lutyens se casó, su esposa no le permitió seguir jugando, por lo que se vio obligado a convertirse en árbitro; y su caballo en esas ocasiones era uno gris salpicado con pulcra cola de polo, cojo, pero desesperadamente rápido sobre sus patas, al que todo el mundo conocía como el Pasado Pluscuamperfecto Prestísimo Jugador de Polo.

LA MUERTE DE LOS ARANGO

José María Arguedas

Contaron que habían visto al tifus, vadeando el río, sobre un caballo negro, desde la otra banda donde aniquiló al pueblo de Savia, a esta banda en que vivíamos nosotros.

A los pocos días empezó a morir la gente. Tras del caballo negro del tifus pasaron a esta banda manadas de cabras por los pequeños puentes. Soldados enviados por la Subprefectura incendiaron el pueblo de Sayla, vacío ya, y con algunos cadáveres descomponiéndose en las casas abandonadas. Sayla fue un pueblo de cabreros y sus tierras secas sólo producían calabazas y arbustos de flores y hojas amargas.

Entonces yo era un párvulo y aprendía a leer en la escuela. Los pequeños deletreábamos a gritos en el corredor soleado y alegre que daba a la plaza.

Cuando los cortejos fúnebres que pasaban cerca del corredor se hicieron muy frecuentes, la maestra nos obligó a permanecer todo el día en el salón oscuro y frío de la escuela.

Los indios cargaban a los muertos en unos féretros toscos; y muchas veces los brazos del cadáver sobresalían por los bordes. Nosotros los contemplábamos hasta que el cortejo se perdía en la esquina. Las mujeres iban llorando a gritos, cantaban en falsete el ayataki, el canto de los

muertos; sus voces agudas repercutían en las paredes de la escuela, cubrían el cielo, parecían apretarnos sobre el pecho.

La plaza era inmensa, crecía sobre ella una yerba muy verde y pequeña, la romesa. En el centro del campo se elevaba un gran eucalipto solitario. A diferencia de los otros eucaliptos del pueblo, de ramas escalonadas y largas, éste tenía un tronco ancho, poderoso, lleno de ojos, y altísimo; pero la cima del árbol terminaba en una especie de cabellera redonda, ramosa y tupida. «Es hembra», decía la maestra. La copa de ese árbol se confundía con el cielo. Cuando lo mirábamos desde la escuela, sus altas ramas se mecían sobre el fondo nublado o sobre las abras de las montañas. En los días de la peste, los indios que cargaban los féretros, los que venían de la parte alta del pueblo y tenían que cruzar la plaza, se detenían unos instantes bajo el eucalipto. Las indias lloraban a torrentes, los hombres se paraban casi en círculo con los sombreros en la mano; y el eucalipto recibía a lo largo de todo su tronco, en sus ramas elevadas, el canto funerario. Después, cuando el cortejo se alejaba y desaparecía tras la esquina, nos parecía que de la cima del árbol caían lágrimas, y brotaba un viento triste que ascendía al centro del cielo. Por eso la presencia del eucalipto nos cautivaba; su sombra, que al atardecer tocaba al corredor de la escuela, tenía algo de la imagen del helado viento que envolvía a esos grupos desesperados de indios que bajaban hasta el panteón. La maestra presintió el nuevo significado que el árbol tenía para nosotros en esos días y nos obligó a salir de la escuela por un portillo del corral, al lado opuesto de la plaza.

El pueblo fue aniquilado. Llegaron a cargar hasta tres cadáveres en un féretro. Adornaron a los muertos con flores de retama; pero en los días postreros las propias mujeres ya no podían llorar ni cantar bien, estaban roncadas e inermes. Tenían que lavar las ropas de los muertos para lograr la salvación, la limpieza final de todos los pecados.

Sólo una acequia había en el pueblo; era el más seco, el más miserable de la región, por la escasez de agua; y en esa acequia, de tan poco caudal, las mujeres lavaban en fila, los ponchos, los pantalones haraposos, las faldas y las camisas mugrientas de los difuntos. Al principio lavaban con cuidado y observando el ritual estricto del pichk'ay; pero cuando la peste cundió y empezaron a morir diariamente en el pueblo, las mujeres que

quedaban, aun las viejas y las niñas, iban a la acequia y apenas tenían tiempo y fuerzas para remojar un poco las ropas, estrujarlas en la orilla y llevárselas, rezumando todavía agua por los extremos.

El panteón era un cerco cuadrado y amplio. Antes de la peste estaba cubierto de bosque de retama. Cantaban jilgueros en ese bosque, y al mediodía, cuando el cielo despejaba quemando al sol, las flores de retama exhalaban perfume. Pero en aquellos días del tifus, desarraigaron los arbustos y los quemaron para sahumar el cementerio. El panteón quedó rojo, horadado; poblado de montículos alargados con dos o tres cruces encima. La tierra era ligosa, de arcilla roja oscura.

En el camino al cementerio había cuatro catafalcos pequeños, de barro, con techo de paja. Sobre estos catafalcos se hacía descansar los cadáveres, para que el cura dijera los responsos. En los días de la peste los cargadores seguían de frente; el cura despedía a los muertos a la salida del camino.

Muchos vecinos principales del pueblo murieron. Los hermanos Arango eran ganaderos y dueños de los mejores campos de trigo. El año anterior, Don Juan, el menor, había pasado la mayordomía del santo patrón del pueblo. Fue un año deslumbrante. Don Juan gastó en las fiestas sus ganancias de tres años. Durante dos horas se quemaron castillos de fuego en la plaza. La guía de pólvora caminaba de un extremo a otro de la inmensa plaza, e iba incendiando los castillos. Volaban coronas fulgurantes, cohetes azules y verdes, palomas rojas desde la cima y de las aristas de los castillos; luego las armazones de madera y carrizo permanecieron durante largo rato cruzadas de fuegos de colores. En la sombra, bajo el cielo estrellado de agosto, esos altos surtidores de luces, nos parecieron un trozo del firmamento caído a la plaza de nuestro pueblo y unido a él por las coronas de fuego que se perdían más lejos y más alto que la cima de las montañas. Muchas noches los niños del pueblo vimos en sueños el gran eucalipto de la plaza flotando en llamaradas.

Después de los fuegos, la gente se trasladó a la casa del mayordomo. Don Juan mandó poner enormes vasijas de chicha en la calle y en el patio de la casa, para que tomaran los indios; y sirvieron aguardiente fino de una docena de odres, para los caballeros. Los mejores danzantes de la provincia amanecieron bailando en competencia, por las calles y plazas. Los niños

que vieron a aquellos danzantes, el «Pachakchaki», el «Rumisonk'o», los imitaron. Recordaban las pruebas que hicieron, el paso de sus danzas, sus trajes de espejos ornados de plumas; y los tomaron de modelos, «¡Yo soy Pachakchaki!», «¡Yo soy Rumisonk'o!», exclamaban; y bailaron en las escuelas, en sus casas, y en las eras de trigo y maíz, los días de la cosecha.

Desde aquella gran fiesta, Don Juan Arango se hizo más famoso y respetado.

Don Juan hacía siempre de Rey Negro, en el drama de la Degollación que se representaba el 6 de enero. Es que era moreno, alto y fornido: sus ojos brillaban en su oscuro rostro. Y cuando bajaba a caballo desde el cerro, vestido de rey, y tronaban los cohetones, los niños lo admirábamos. Su capa roja de seda era levantada por el viento; empuñaba en alto su cetro reluciente de papel dorado; y se apeaba de un salto frente al «palacio» de Herodes; «Orreboar», saludaba con su voz de trueno al rey judío. Y las barbas de Herodes temblaban.

El hermano mayor, Don Eloy, era blanco y delgado. Se había educado en Lima; tenía modales caballerescos; leía revistas y estaba suscrito a los diarios de la capital. Hacía de Rey Blanco; su hermano le prestaba un caballo tordillo para que montara el 6 de enero. Era un caballo hermoso, de crin suelta; los otros galopaban y él trotaba con pasos largos, braceando.

Don Juan murió primero. Tenía treinta y dos años y era la esperanza del pueblo. Había prometido comprar un motor para instalar un molino eléctrico y dar luz al pueblo, hacer de la capital del distrito una villa moderna, mejor que la capital de la provincia. Resistió doce días de fiebre. A su entierro asistieron indios y principales. Lloraron las indias en la puerta del panteón. Eran centenares y cantaron en coro. Pero esa voz no arrebató, no hacía estremecer, como cuando cantaban solas, tres o cuatro, en los entierros de sus muertos. Hasta lloraron y gimieron junto a las paredes, pero pude resistir y miré el entierro. Cuando iban a bajar el cajón a la sepultura, Don Eloy hizo una promesa: «¡Hermano —dijo mirando el cajón, ya depositado en la fosa— un mes, un mes nada más, y estaremos juntos en la otra vida!». Entonces la mujer de Don Eloy y sus hijos lloraron a gritos. Los acompañantes no pudieron contenerse. Los hombres gimieron; las mujeres se desahogaron cantando como las indias. Los caballeros se

abrazaron, tropezaban con la tierra de las sepulturas. Comenzó el crepúsculo; las nubes se incendiaban y lanzaban al campo su luz amarilla. Regresamos tanteando el camino; el cielo pesaba. Las indias fueron primero, corriendo. Los amigos de Don Eloy demoraron toda la tarde en subir al pueblo; llegaron ya de noche.

Antes de los quince días murió Don Eloy. Pero en ese tiempo habían caído ya muchos niños de la escuela, decenas de indios, señoras y otros principales. Sólo algunas beatas viejas acompañadas de sus sirvientas iban a implorar en el atrio de la iglesia. Sobre las baldosas blancas se arrodillaban y lloraban, cada una por su cuenta, llamando al santo que preferían, en quechua y en castellano. Y por eso nadie se acordó después de cómo fue el entierro de Don Eloy.

Las campanas de la aldea, pequeñas pero con alta ley de oro, doblaban día y noche en aquellos días de mortandad. Cuando doblaban las campanas y al mismo tiempo se oía el canto agudo de las mujeres que iban siguiendo a los féretros, me parecía que estábamos sumergidos en un mar cristalino en cuya hondura repercutía el canto mortal y la vibración de las campanas; y los vivos estábamos sumergidos allí, separados por distancias que no podían cubrirse, tan solitarios y aislados como los que morían cada día.

Hasta que una mañana, Don Jáuregui, el sacristán y cantor, entró a la plaza tirando de la brida al caballo tordillo del finado Don Eloy. La crin era blanca y negra, los colores mezclados en las cerdas lustrosas. Lo habían aperado como para un día de fiesta. Doscientos anillos de plata relucían en el trenzado; el pellón azul de hilos también reflejaba la luz; la montura de cajón, vacía, mostraba los refuerzos de plata. Los estribos cuadrados, de madera negra, danzaban.

Repicaron las campanas, por primera vez en todo ese tiempo. Repicaron vivamente sobre el pueblo diezmado. Corrían los chanchitos mostrencos en los campos baldíos y en la plaza. Las pequeñas flores blancas de la salvia y las otras flores aún más pequeñas y olorosas que crecían en el cerro de Santa Brígida se iluminaron.

Don Jáuregui hizo dar vueltas al tordillo en el centro de la plaza, junto a la sombra del eucalipto; hasta le dio de latigazos y le hizo pararse en las patas traseras, manoteando en el aire. Luego gritó, con su voz delgada, tan conocida en el pueblo:

—¡Aquí está el tifus, montado en el caballo tordillo de Don Eloy! ¡Canten la despedida! ¡Ya se va, ya se va! ¡Aúúú! ¡A ú ú ú!

Habló en quechua, y concluyó el pregón con el aullido final de los jarahuis; tan largo, eterno siempre:

—¡Ah... ííí! ¡Yaúúú... yaúúú! ¡El tifus se está yendo; ya se está yendo!

Y pudo correr. Detrás de él, espantaban al tordillo algunas mujeres y hombres emponchados, enclenques. Miraban la montura vacía, detenidamente. Y espantaban al caballo.

Llegaron al borde del precipicio de Santa Brígida, junto al trono de la Virgen. El trono era una especie de nido formado en las ramas de un arbusto ancho y espinoso, de flores moradas. El sacristán conservaba el nido por algún secreto procedimiento; en las ramas retorcidas que formaban el asiento del trono no crecían nunca hojas, ni flores ni espinos. Los niños adorábamos y temíamos ese nido y lo perfumábamos con flores silvestres. Llevaban a la Virgen hasta el precipicio, el día de su fiesta. La sentaban en el nido como sobre un casco, con el rostro hacia el río, un río poderoso y hondo, de gran correntada, cuyo sonido lejano repercutía dentro del pecho de quienes lo miraban desde la altura.

Don Jáuregui cantó en latín una especie de responso junto al «trono» de la Virgen, luego se empinó y bajó el tapaojos, de la frente del tordillo, para cegarlo.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Adiós calavera! ¡Peste!

Le dio un latigazo, y el tordillo saltó al precipicio. Su cuerpo chocó y rebotó muchas veces en las rocas, donde goteaba agua y brotaban líquenes amarillos. Llegó al río; no lo detuvieron los andenes filudos del abismo.

Vimos la sangre del caballo, cerca del trono de la Virgen, en el sitio en que se dio el primer golpe.

—¡Don Eloy, Don Eloy! ¡Ahí está tu caballo! ¡Ha matado a la peste! En su propia calavera. ¡Santos, santos, santos! ¡El alma del tordillo recibid!

¡Nuestra alma es, salvada! ¡Adiós millahuay, despidillahuay...! (¡Decidme adiós! ¡Despedidme...!).

Con las manos juntas estuvo orando un rato, el cantor, en latín, en quechua y en castellano.

HISTORIA DEL CABALLO DE ÉBANO

de *Las mil y una noches*

[Traducción de Juan Vernet]

Se cuenta que en el tiempo más antiguo vivía un gran rey muy poderoso. Tenía tres hijas, semejantes a un plenilunio sin nubes, a jardines en flor. Tenía, además, un hijo varón que era como la luna llena. Cierta día, mientras estaba sentado en el trono de su imperio, se presentaron ante él tres sabios. El primero llevaba un pavo de oro; el segundo, una trompeta de bronce, y el tercero, un caballo de marfil y de ébano. El rey les preguntó: «¿Qué significan estas cosas? ¿Qué utilidad tienen?». El dueño del pavo explicó: «Este pavo grita y agita sus alas a cada hora que transcurre, sea de día o sea de noche». El dueño de la trompeta dijo: «Si esta trompeta se coloca en la puerta de la ciudad, hace el oficio de guardián, ya que si entra en ella un enemigo, la trompeta da la alarma, lo reconoce y lo pone en retirada». El dueño del caballo explicó: «¡Señor mío! Si un hombre monta en este caballo, será conducido al país que desee». El rey les replicó: «No os recompensaré hasta haber probado la utilidad de estos inventos». Probó el pavo, y vio que era tal como lo había descrito su dueño; probó la trompeta, y comprobó que respondía exactamente a la descripción de su dueño. El rey dijo a los dos sabios: «¡Pedidme lo que deseáis!». «Cada uno de nosotros

quiere casarse con una de tus hijas». Luego se adelantó el dueño del caballo, besó el suelo delante del rey y le dijo: «¡Rey del tiempo! ¡Concédeme lo mismo que has concedido a mis amigos!». «Espera que pruebe lo que has traído». Entonces se adelantó el hijo del rey y dijo: «¡Padre! Yo montaré ese caballo, y comprobaré sus cualidades». El rey replicó: «¡Hijo mío! ¡Pruébalo como quieras!». El muchacho se acercó al corcel y espoleó, pero no se movió de su sitio. Preguntó: «¿Dónde está el sabio que decía que este caballo andaba?». El hombre se acercó al hijo del rey y le enseñó la manivela de la subida. Le dijo: «Da la vuelta a esta llave». El hijo del rey lo hizo así, y el caballo se estremeció y se echó a volar hacia las nubes con el hijo del rey. Voló ininterrumpidamente hasta perderse de vista. El hijo del rey se quedó perplejo, y se arrepintió de haber montado en el caballo. «¡Este sabio ha buscado el medio de aniquilarme! ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!». Empezó a examinar todos los miembros del animal, y mientras hacía esto descubrió algo que parecía la cabeza de un gallo en el hombro derecho del caballo; en el hombro izquierdo había otra pieza igual. El príncipe dijo: «No veo ningún otro signo, aparte de estos dos botones». Apretó el que estaba en el lado derecho, y el caballo aumentó la velocidad y la altura. Volviéndose luego hacia el hombro izquierdo, tocó el botón, lo movió y los movimientos del corcel se hicieron más lentos y empezó a bajar poco a poco, con cuidadosos movimientos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el príncipe comprobó con ello las virtudes del caballo, y el corazón se le llenó de alegría y de gozo. Dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!) por los favores que le había hecho al salvarlo de la muerte. Fue descendiendo durante todo el día, ya que había subido muy alto.

Mientras bajaba, movía la cabeza del animal a su placer: bajaba o subía según quisiera. Cuando se hubo familiarizado con el caballo, llegó a una región de la tierra y empezó a contemplar lo que había en sus comarcas y ciudades, que no conocía ni había visto en toda su vida. Entre las muchas

cosas que distinguió había una ciudad, de bellos edificios, construida en medio de una tierra verde, floreciente, con muchos árboles y ríos. Se dijo: «¡Quién supiera el nombre de esta ciudad y la región en la que se encuentra!». Empezó a dar vueltas en torno a la misma y a examinarla a derecha e izquierda. El día se iba, y el sol estaba a punto de ponerse. Se dijo: «No encontraré un lugar más hermoso que esta ciudad para pasar la noche. Dormiré en ella, y cuando llegue la mañana regresaré al lado de mi familia, a la sede de mi reino, y explicaré a mis parientes y a mi padre lo que me ha ocurrido; les contaré lo que han contemplado mis ojos». Empezó a buscar un lugar seguro para él y para su caballo, y no encontró ninguno que le agradara. En esto descubrió en el centro de la ciudad un alcázar que se levantaba por los aires y que estaba rodeado por anchas murallas de elevadas almenas. El príncipe se dijo: «Este lugar es magnífico». Empezó a maniobrar con el botón que hacía descender el caballo, y no paró de bajar hasta que se posó en la azotea del alcázar. Descabalgó y dio gracias a Dios (¡ensalzado sea!). Empezó a dar vueltas en torno al caballo, lo contempló y dijo: «¡Por Dios! ¡Quien te ha hecho de este modo es un experto sabio! Si Dios (¡ensalzado sea!) me devuelve a mi país y a mi familia salvo, reuniéndome con mi padre, he de colmar de favores y regalos a un sabio como éste». Se sentó en la azotea del palacio, y allí permaneció hasta que todos estuvieron durmiendo. Tenía mucha hambre y sed, ya que no había comido nada desde que se separó de su padre. Se dijo: «En un palacio como éste no deben faltar alimentos». Dejó allí el caballo y bajó para ver si encontraba algo de comida. Vio una escalera y descendió por ella: fue a parar a una sala cubierta de mármoles, ante la cual quedó boquiabierto, por lo bien construida que estaba; pero no encontró ningún ser viviente ni oyó el menor ruido. Se detuvo y miró a derecha e izquierda, sin saber hacia dónde dirigirse. Se dijo...

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas cincuenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el príncipe se dijo:] «Lo mejor que puedo hacer es volver al lugar en que he dejado el caballo y pasar la noche a su lado; por la mañana montaré y me iré». Mientras así

reflexionaba, vio una luz enfrente de él. Miró bien y descubrió un grupo de doncellas, entre las cuales había una tan esbelta como el Alif, cuya belleza parecía la de la luna radiante, tal como ha dicho el poeta:

Vino, sin previa cita, en la oscuridad de las tinieblas, tal como si
fuese la luna llena cuando aparece por encima del horizonte.
Esbelta, no halla entre las criaturas quien pueda compararse con
ella en el fulgor de su belleza o en el esplendor de su aspecto.
Apenas mis ojos contemplaron sus bellezas, grité: «¡Gloria a Aquel
que creó el hombre de un coágulo!»^[1].
Pido a Dios que la proteja de los ojos de todos los hombres. Di:
«Busco refugio en el Señor de las gentes y de la aurora»^[2].

La adolescente aquella era hija del rey de la ciudad. Su padre la quería muchísimo, y tanto era su afecto por ella que le construyó aquel alcázar. Cada vez que se sentía angustiada, marchaba al alcázar con sus doncellas y permanecía en él uno, dos o más días, después de los cuales volvía a su serrallo. Aquella noche había ido allí para distraerse y divertirse. Avanzaba rodeada de sus doncellas, a las que custodiaba un criado espada al cinto. Entraron en el alcázar, tendieron los tapices, encendieron las maderas olorosas en los pebeteros y empezaron a jugar y a distraerse. Mientras así se divertían y pasaban el rato, el hijo del rey cayó de repente sobre el criado, lo abofeteó, lo derribó, le arrebató la espada, se lanzó sobre las criadas que había con la princesa y las dispersó a derecha e izquierda. La joven, al ver lo hermoso y guapo que era, le dijo: «Tal vez tú seas aquel que ayer me pidió a mi padre en matrimonio, y que mi padre rechazó asegurando que era feo. ¡Por Dios! ¡Mi padre ha mentido! ¿Cómo puede haber dicho esas palabras, si tú eres hermoso?».

Quien pidió en matrimonio a la joven fue el hijo del rey de la India, y el padre de la muchacha lo había rechazado porque era feo, mas la princesa creyó que quien tenía delante era el que la había pedido. Se acercó hacia él, lo abrazó, lo besó y lo hizo sentar a su lado. Las doncellas le decían: «¡Señora! Éste no es el que te ha pedido en matrimonio a tu padre: aquél era feo, y éste es guapo. El que pidió la mano a tu padre —y le fue negada— no podría ser ni criado de éste. Este joven debe de ser un gran personaje». Las jóvenes se dirigieron junto al criado, que seguía tumbado, y lo hicieron volver en sí. Asustado, se puso en pie de un salto y buscó su espada, pero

no la encontró a mano. Las doncellas le dijeron: «El que te ha arrebatado la espada y te ha derribado, está sentado junto a la hija del rey». El monarca había encargado a aquel criado la vigilancia de su hija para evitar que le ocurriese algo malo o deshonroso.

El criado se dirigió hacia la cortina, la levantó y vio a la princesa sentada junto al príncipe. Al verlos, dijo a éste: «¡Señor! ¿Eres un ser humano, o un genio?». El muchacho replicó: «¡Ay de ti, el más nefasto de los esclavos! ¿Cómo puedes confundir a los hijos de los reyes, a los césares, con los demonios descreídos?». Empuñó la espada y añadió: «¡Soy el yerno del rey, puesto que me he casado con su hija y me ha mandado que entrase!». El criado admitió: «¡Señor mío! Si eres un ser humano, como aseguras, ella sólo te corresponde a ti; tú eres más digno de ella que los otros». El criado corrió a ver al rey dando gritos, rasgándose las vestiduras y tirándose tierra sobre la cabeza. El rey, al oír el escándalo preguntó: «¿Qué desgracia te ha ocurrido? Me intranquilizas el corazón. ¡Infórmame rápidamente y sé breve!». «¡Rey! ¡Acude en auxilio de tu hija! Se ha apoderado de ella uno de los demonios de los genios que tiene aspecto de hombre, pues ha adoptado la figura de los hijos de los reyes. ¡Entiéndetelas con él!». Al oír estas palabras el rey se dispuso a matarlo y le dijo: «¿Cómo has podido abandonar a mi hija y dejar que se apodere de ella este intruso?». El rey se dirigió al alcázar en que estaba su hija, y al llegar a él encontró a las esclavas en pie. Les preguntó: «¿Qué le ha ocurrido a mi hija?». Respondieron: «Mientras estábamos sentadas con ella, sin sospechar nada, apareció de repente ese joven que se parece a la luna llena, pues jamás hemos visto un rostro más hermoso; venía armado con una espada desenvainada. Le hemos preguntado qué le ocurría, y nos ha dicho que le has dado tu hija en matrimonio. No sabemos nada más, e ignoramos si es un ser humano o un genio, aunque, sea como fuere, es casto y educado; no hace nada malo». El rey se tranquilizó al oír aquello. Levantó poco a poco la cortina y vio al príncipe, sentado junto a su hija y conversando. Su aspecto era magnífico, y su cara parecía la de la luna resplandeciente. Celoso de su hija, no supo contenerse: levantó la cortina, entró con la espada desenvainada y cayó sobre ambos como un ogro. El príncipe dijo a la muchacha: «¿Es tu padre?». «Sí».

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh, rey feliz!, de que entonces se puso en pie de un salto, cogió la espada y lanzó un grito terrible, que sobrecogió al rey; temió que el príncipe, más ágil, lo atacase con la espada; por ello, envainó la suya y esperó a que el joven se acercara. El rey lo acogió cortésmente y le preguntó: «¡Muchacho! ¿Eres un ser humano o un genio?». «Si no fuese por respeto a tu hija, vertería tu sangre. ¿Cómo te atreves a emparentarme con los demonios? Yo soy hijo de los reyes llamados Cosroes, los cuales, si quisiesen, se apoderarían de tu reino, harían conmovér tu grandeza y tu autoridad y te arrebatarían cuanto encierran tus Estados». El rey, al oír estas palabras, quedó intimidado y temió por su vida. Le dijo: «Si, tal como afirmas, eres hijo de reyes, ¿cómo has entrado, sin permiso, en mi palacio, y violado mi honor al acercarte a mi hija, cuyo esposo aseguras ser, pues pretendes que yo te he casado con ella? Todos los hijos de los reyes que me la han pedido en matrimonio han muerto a mis manos. ¿Quién te va a salvar de mi cólera? Si doy un grito a mis esclavos y a mis pajes y les ordeno que te maten, lo harán en el acto. ¿Quién podrá salvarte de mis manos?». El príncipe replicó: «Estoy admirado de tu poco entendimiento: ¿es que acaso buscas para tu hija un esposo más hermoso que yo? ¿Es que has visto a alguien que posea un corazón más firme, que sea más generoso en la recompensa o que tenga más poder, más soldados y esclavos que yo?». El rey replicó: «¡No, por Dios! Aunque hubiera sido preferible, muchacho, que me la hubieses pedido en matrimonio delante de testigos; no te la habría negado. Lo que me afrenta es el que te cases con ella en secreto». «Dices la verdad, rey. Pero si reúnes a tus esclavos, a tus criados y a tus tropas para que me maten, como afirmas, te cubrirás de vergüenza, y la gente ya no podrá saber si eres leal o mientes. Me inclino a creer que aceptarás lo que te voy a sugerir». «¡Habla!». «He aquí lo que te digo: o nos medimos tú y yo en lucha singular, y quien mate al otro será el más digno de poseer el reino, o me dejas en paz esta noche, y al amanecer atacaré a tus tropas, a tu ejército y a tus pajes, a condición de que me digas su número». «Son cuarenta mil caballeros, sin contar los esclavos y sus siervos, que suman

otros tantos». «Cuando amanezca, ordena que salgan a mi encuentro y diles...».

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el príncipe prosiguió:] «... y diles: “Éste me ha pedido mi hija en matrimonio, a condición de que lo atacéis todos a la vez; pretende que os vencerá y os intimidará; que vosotros no lo venceréis”. Luego dejase que yo los ataque: si me matan, éste será el mejor modo de guardar tu secreto y salvar tu honor. Pero si yo los venzo, seré el yerno que el rey desea». El soberano al oír estas palabras se admiró de su salida y aceptó su idea, a pesar de lo mucho que le sorprendía su decisión de enfrentarse solo con todas las tropas que le había descrito. Se sentaron a hablar, y el rey llamó al criado y le dijo que fuese a buscar en seguida al visir para que reuniese todas las tropas, debidamente armadas, y las hiciese montar a caballo. El criado corrió en busca del visir y le informó de la disposición del rey. El ministro llamó a los jefes del ejército y a los grandes del reino y les ordenó que montasen a caballo y saliesen armados.

Hasta aquí lo referente a ellos. En cuanto al rey, siguió hablando con el joven, y admirando su inteligencia y su educación. La aurora los sorprendió conversando, y entonces el soberano se levantó, se dirigió al trono, ordenó a sus tropas que montasen a caballo y ofreció al príncipe un magnífico corcel, uno de sus mejores caballos. Mas el príncipe dijo: «¡Rey! No montaré hasta estar en presencia de las tropas y haberlas revistado». «¡Como quieras!». Ambos se dirigieron al patio de armas. El joven echó un vistazo a tan numeroso ejército. El rey gritó: «¡Atención todos! Este joven ha venido a pedirme a mi hija por esposa. Nunca he visto a nadie más bello, de corazón más firme ni de ánimo más valeroso. Asegura que él solo os vencerá a todos, que os pondrá en fuga, y pretende que aunque fueseis cien mil seríais pocos para él. Por consiguiente; en cuanto os ataque recibidlo con la punta de vuestras lanzas y el filo de vuestras espadas, pues se ha metido en una empresa bien difícil». Luego añadió, dirigiéndose al príncipe; «¡Vamos, hijo mío! Haz con ellos lo que te plazca». «¡Rey! No eres justo conmigo. ¿Cómo he de poder combatir a pie cuando ellos van a caballo?». «Te dije que

montases a caballo, y te has negado. Aquí tienes los caballos: escoge el que prefieras». «No me gusta ninguno; sólo montaré en el que me ha traído hasta aquí». «¿Dónde está tu caballo?». «¡Encima de tu alcázar!». «¿En qué parte?». «En la azotea». El rey al oír estas palabras replicó: «Es la primera vez que das muestra de no estar cuerdo. ¡Ay de ti! ¿Cómo un caballo puede estar en la azotea? Ahora mismo vamos a saber si dices verdad o mentira». El rey se volvió hacia uno de sus cortesanos, y le dijo: «Ve a mi palacio y trae lo que encuentres en la azotea». Todos estaban maravillados de las palabras del joven. Se decían unos a otros: «¿Cómo hará el caballo para bajar desde el techo por la escalera? ¡Jamás hemos oído nada parecido!».

El mensajero enviado por el rey subió hasta lo más alto y vio un caballo en pie; nunca había visto otro más hermoso. Se acercó hacia él, lo examinó y vio que era de oro y de marfil. Otros cortesanos habían subido también detrás del mensajero, y al ver el caballo se burlaron y dijeron: «¿Sobre este caballo quiere el joven hacer lo que ha dicho? ¡Está loco! Veremos qué es lo que ocurre».

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y dos*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [los cortesanos se decían:] «Lo más probable es que le ocurra algo grave».

Levantaron el caballo por las patas y se lo llevaron al rey. Lo dejaron ante éste y toda la gente empezó a contemplarlo y a admirarse de lo bien hecho que estaba, de su estupenda silla y de las riendas. El mismo soberano se maravilló en grado sumo y declaró que era hermoso. Preguntó: «¡Joven! ¿Es éste tu caballo?». «Sí, rey, éste es mi caballo: verás que hace cosas prodigiosas». «Coge tu corcel y móntalo». «No subiré hasta que se hayan alejado las tropas». El soberano mandó a los soldados que estaban a su alrededor que se alejasen a la distancia de un tiro de flecha. El joven le dijo: «Voy a montar en mi caballo y cargaré contra tu ejército, al que dispersaré a diestra y a siniestra y les partiré el corazón». «¡Haz lo que quieras! ¡No te detengas ante ellos, pues ellos no se detendrán ante ti!».

El hijo del rey se dirigió al caballo y montó; los soldados se extendieron en fila ante él, diciéndose unos a otros: «Cuando el muchacho llegue ante

nuestras líneas, lo cogeremos con la punta de las lanzas y el filo de las espadas». Uno de ellos observó: «¡Por Dios, qué desgracia! ¿Cómo vamos a matar a un muchacho de rostro tan hermoso y tan buen aspecto?». Otro añadió: «¡Por Dios! ¡No llegaremos hasta él sino con mucho trabajo! El muchacho no habría hecho esto si no estuviera seguro de su propio valor y destreza».

El joven, ya sobre el caballo, movió la llave de subida. Todas las miradas estaban fijas en él, para ver lo que hacía. El caballo empezó a moverse, a agitarse y a hacer los movimientos más raros que jamás hizo caballo alguno. Llenó su vientre de aire y empezó a ascender y a subir por los aires. El rey, al ver que se elevaba y subía, arengó a sus tropas: «¡Ay de vosotros! ¡Cogedlo antes de que escape!». Sus visires y funcionarios le replicaron: «¡Rey! ¿Es que hay quien pueda coger al pájaro que vuela? Éste es un mago prodigioso. Dios te ha librado de él. Da gracias a Dios (¡ensalzado sea!) que te ha salvado de sus manos». El rey, después de ver lo que el príncipe había hecho, regresó a su alcázar, fue a visitar a su hija y le explicó lo que le había sucedido con el hijo del rey en la plaza de armas. Comprobó que estaba triste por su partida. Poco después enfermó gravemente y tuvo que guardar cama. Su padre, al verla en este estado, la estrechó contra su pecho, la besó entre los ojos y le dijo: «¡Hija mía! Loa a Dios (¡ensalzado sea!) y dale gracias por habernos salvado de ese mago tan experto», y volvió a explicarle lo que había visto hacer al príncipe y cómo se había remontado por los aires. Pero ella no hacía caso de sus palabras y lloraba y sollozaba cada vez con más desconsuelo. Se decía: «¡Por Dios! No comeré ningún alimento ni beberé ningún líquido hasta que Dios nos haya reunido». El rey, su padre, quedó muy preocupado por ello, y el estado de su hija le entristecía el corazón. Todas las muestras de afecto sólo servían para aumentar su pasión.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y tres*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia al príncipe: cuando se hubo remontado en el aire, encontrándose solo, empezó a meditar en la hermosura y belleza

de la joven. Había preguntado a los cortesanos del rey el nombre de éste y de su ciudad, y le habían dicho que era la ciudad de Sana. Aceleró la marcha hasta llegar al reino de su padre, empezó a evolucionar por encima de la ciudad, dirigióse a palacio y se posó en la azotea. Dejó en ésta el caballo, bajó en busca de su progenitor, entró en su habitación y lo halló triste y cabizbajo a causa de su ausencia. El padre, al verlo, corrió hacia él, lo abrazó, lo estrechó contra su pecho y se alegró muchísimo. El príncipe le preguntó por el sabio que había fabricado el caballo, diciendo: «¡Padre! ¿Qué ha hecho de él la suerte?». «¡Hijo mío! ¡Dios no bendiga a tal sabio ni la hora en que lo vi, ya que ha sido la causa de tu partida! Está encarcelado, hijo mío, desde el día en que te marchaste». El príncipe rogó que lo pusieran en libertad, que lo sacasen de la prisión y que lo llevaran a su presencia. Cuando lo tuvo delante, el rey le regaló un traje de honor y le hizo muchos dones, pero no lo casó con su hija. Esto fue causa de que el sabio se enfadase muchísimo y se arrepintiese de lo que había hecho y de haber enseñado al hijo del rey el secreto del caballo y cómo se manejaba. El rey dijo al príncipe: «Mi opinión es que no debes acercarte más a ese caballo ni volver a montar en él a partir de hoy, pues no conoces bien sus características y te ofuscas». El príncipe le explicó todo lo que le había ocurrido con la princesa de aquella ciudad y con el rey, su padre. «Si aquel rey hubiera querido matarte, lo habría hecho; pero tu hora está lejos aún».

El príncipe vivía atormentado por el amor que sentía hacia la hija del señor de Sana. Se dirigió al caballo, montó en él, movió la llave de subida y se remontó por los aires. Al amanecer, el padre no lo encontró. Subió a lo más alto del palacio, lleno de tristeza, y vio que su hijo se elevaba por los aires. Se entristeció al ver que se iba, y se arrepintió muchísimo de no haber escondido el artefacto. Se dijo: «¡Por Dios! Si regresa, me desharé del caballo para tener tranquilo el corazón en lo que respecta a mi hijo». Después volvió a llorar y a sollozar...

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y cuatro*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [el rey volvió a sollozar] de pena.

Esto es lo que a él se refiere.

He aquí lo que hace referencia a su hijo: siguió volando por los aires, sin interrupción, hasta llegar a la ciudad de Sana, y descendió en el mismo lugar que la primera vez. Procurando ocultarse, avanzó hasta el sitio en que había encontrado a la hija del rey, pero no halló ni a ésta, ni a las doncellas, ni al criado que la custodiaba. Esto lo contrarió, y empezó a recorrer el alcázar en su busca. La halló en un salón distinto de aquél en que se había reunido con ella por primera vez: estaba en cama, rodeada por las doncellas y las nodrizas. Entró y las saludó. La joven, al oírlo, corrió hacia él, lo abrazó y empezó a besarlo entre los ojos y a estrecharle contra su seno. Él le dijo: «¡Señora mía! El estar separado de ti este tiempo me ha intranquilizado». «Yo soy quien ha estado intranquila. Si tu ausencia llega a durar un poco más, habría muerto sin remedio». «¡Señora mía! ¿Qué piensas de lo que me ha ocurrido con tu padre y de lo que éste ha hecho conmigo? Si no hubiese sido por tu amor —¡oh, seducción de los mundos!—, habría hecho en él un escarmiento para que sirviera de ejemplo a todos los mirones. Pero como te amo a ti, a él lo aprecio». «¿Cómo puedes estar lejos de mí, y cómo puedo gustar de la vida alejada de ti?». «¿Me obedecerás y harás caso de mis palabras?». «Di lo que quieras, pues haré lo que tú me propongas; no te contrariaré en nada». «Ven conmigo —propuso el príncipe— a mi país y a mi reino». «¡De buen grado!».

El joven se alegró mucho al oír su respuesta, la cogió de la mano y le hizo jurar lo que había dicho, poniendo a Dios (¡ensalzado sea!) por testigo de lo que decía. Subió con ella a lo más alto de la azotea del castillo, montó en el caballo y la hizo subir en la grupa. La ató con nudos muy seguros, y movió la clavija correspondiente. El caballo se elevó por los aires con los dos. Al verlo, las doncellas empezaron a gritar e informaron a sus padres, quienes corrieron a la azotea del alcázar, y el soberano, elevando la vista al cielo, distinguió el caballo de ébano, que surcaba el aire con ambos. Completamente turbado, gritó: «¡Príncipe! Te conjuro, por Dios, a que te apiades de mí y de mi esposa para que no nos separes de nuestra hija». El hijo del rey no le contestó, mas pensó que la joven estaba arrepentida de separarse de su padre y de su madre, por lo que le preguntó: «¡Seducción de la época! ¿Quieres que te devuelva a tus padres?». «¡Señor mío! ¡Por Dios,

no tengo ese propósito! Quiero estar a tu lado dondequiera que estés, pues el amor que te tengo es superior a todo, incluso superior a mis padres». El príncipe se alegró mucho al oír aquello y aceleró la marcha del caballo para que la joven no se cansase. Viajaron sin interrupción hasta avistar una verde pradera, en la que había una fuente de agua corriente. Bajaron, comieron y bebieron, y después el príncipe volvió a montar en el caballo y subió a la joven a su grupa, atándola a su propio cuerpo con cuerdas muy seguras, temeroso de que se cayera. Viajaron de nuevo hasta llegar a la ciudad de su padre, rebosantes de alegría. Quiso mostrar a la princesa la sede de su poder y el reino de su padre, para que comprendiera que éste era más poderoso que el padre de ella. Descendió en un jardín en que el rey acostumbraba pasear, y la introdujo en un palacete de su padre. Dejó el caballo en la puerta y recomendó a la joven que lo vigilase. «Quédate aquí hasta que venga por ti un mensajero, pues ahora voy a ver a mi padre para prepararte un palacio y mostrarte mi reino». La joven se alegró mucho y le replicó: «¡Haz lo que quieras!».

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y cinco*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el príncipe creyó oportuno que la joven fuese recibida en la ciudad con fiestas y honores, como era propio de las mujeres de su rango. El hijo del rey penetró en la ciudad y fue a saludar a su padre, el cual, al verlo, se alegró mucho, salió a su encuentro y le dio la bienvenida. El príncipe le dijo: «Sabe que he traído conmigo a la hija del rey del que te he hablado. La he dejado en las afueras de la ciudad, en un jardín, y he venido a informarte de su llegada para que prepares un cortejo y salgas a recibirla, a fin de mostrarle tu poder, tu ejército y tus servidores». «De buen grado», replicó el rey. Mandó en seguida a sus súbditos que adornasen bien la ciudad, y él montó a caballo de acuerdo con el protocolo más solemne y con sus mejores galas. Marchaban con él sus soldados, los grandes del reino, todos sus súbditos y los criados. El príncipe sacó de su alcázar joyas, vestidos y todo lo que atesoran los reyes, y preparó para la joven un palanquín de brocado verde, rojo y amarillo, con esclavas indias, griegas y abisinias y sacó tesoros en gran cantidad. Después el

príncipe dejó el palanquín y a los que en él estaban y corrió al jardín, y entró en el palacete en que había dejado a la joven, pero no encontró ni a ella ni el caballo. Entonces se abofeteó el rostro, se desgarró los vestidos y empezó a recorrer el lugar, mientras en su mente se agitaban las más confusas ideas. Cuando estuvo más sereno se dijo: «¿Cómo ha podido descubrir el manejo del caballo, si yo no se lo he enseñado? Tal vez el sabio persa que lo construyó se haya apoderado de él y haya raptado a la joven para vengarse del comportamiento de mi padre con él». Buscó a los guardianes del jardín y les preguntó por las personas con quienes se habían cruzado: «¿Habéis visto si alguien ha entrado en el jardín?». «Sólo hemos visto al sabio persa. Ha entrado a recoger hierbas medicinales». Al oír la contestación el joven se convenció entonces de que el raptor de la muchacha era el sabio persa.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y seis*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el destino había dispuesto que cuando el hijo del rey abandonara a la joven en el palacete del jardín para ir al palacio de su padre a fin de preparar la recepción, entrase en él el sabio persa, que iba a recoger algunas hierbas útiles. Aspiró el aroma del almizcle y de los perfumes que exhalaba el cuerpo de la princesa, y olfateándolos, el sabio llegó hasta el palacete, descubrió el caballo que había hecho él y se detuvo en la puerta. Se alegró mucho al contemplar su caballo, ya que estaba triste desde que lo perdiera. Se aproximó a su obra, reconoció todas sus partes y vio que estaba intacto. Se dispuso a montar y marcharse, pero antes se dijo: «He de ver qué es lo que ha traído el hijo del rey con el caballo». Entró en el palacete y encontró a la joven sentada. Era como un sol alto ya en el horizonte, con la atmósfera clara. El sabio comprendió en seguida que aquella joven era mujer de alta posición, raptada por el príncipe gracias al caballo y abandonada en el pabellón, mientras él se dirigía a la ciudad para preparar el séquito con el que debía hacer su entrada en la misma. Se presentó y besó el suelo delante de ella; la princesa levantó los ojos, lo observó y vio que era feo y deforme. «¿Quién eres?», le preguntó. «Soy un mensajero del príncipe, el cual me ha enviado con la orden de que

te traslade a otro jardín próximo a la ciudad». «¿Y dónde está el príncipe?». «En la ciudad, con su padre; vendrá a buscarte con un gran séquito». «¿Y el hijo del rey no ha encontrado más mensajero que tú?». Rióse el sabio y replicó: «¡Señora! No te engañes por la fealdad de mi cara y mi deforme persona. La elección de un mensajero de aspecto horripilante se debe a los celos que causas al príncipe y a lo mucho que te quiere; por lo demás, tiene esclavos blancos y negros, siervos, vasallos e innumerables parientes».

La joven quedó convencida, lo creyó...

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y siete*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que [la joven] salió con él y cogió al sabio por la mano y le dijo: «¡Padre mío! ¿Qué caballo me has traído?». «Señora: montarás en el mismo caballo que te ha traído hasta aquí». «¡Pero yo no puedo montarlo sola!». Sonrió el sabio al comprender lo fácil que iba a resultarle raptarla. Le replicó: «Yo montaré contigo». Subió el sabio al corcel, la joven montó en la grupa, y él la ató fuertemente a su propio cuerpo, sin que ella supiera qué iba a hacer. Tocó la clavija de subida, y el vientre del caballo se llenó de aire, se movió, se agitó y empezó a ascender por los aires, hasta que la ciudad se perdió de vista. La joven le dijo: «¿Qué haces? ¿No me has dicho que eras un mensajero del hijo del rey?». El sabio replicó: «¡Afrente Dios al hijo del rey, malvado!». «¡Ay de ti! ¿Cómo desobedeces la orden que te ha dado tu señor?». «Él no es mi señor. ¿Sabes quién soy yo?». «Sólo sé lo que tú me has dicho». «Todo lo que te he referido ha sido una trampa que os he tendido a ti y al hijo del rey. Yo estaba triste por haber perdido el caballo que ahora nos lleva por los aires. Es una obra mía, que me arrebató el príncipe. Pero ahora lo he recuperado y me he apoderado de ti, y voy a abrazarle el corazón del mismo modo que él ha abrazado el mío, pues jamás volverá a recuperar el caballo. En cuanto a ti, tranquiliza tu corazón y alégrate, pues yo te seré más útil que él».

La joven se abofeteó el rostro, exclamando: «¡Qué pena! ¡Ni he conseguido a mi amado, ni me he quedado con mi padre y con mi madre!». Lloró amargamente por lo que le sucedía, mientras avanzaba sin descanso hacia el país de los *rum*. Descendieron en una verde pradera, con riachuelos

y árboles, que se extendía cerca de la ciudad en la cual vivía un rey muy importante. Aquel día, el rey de la ciudad había salido de caza; cruzó por la pradera y vio al sabio, que estaba de pie, a la joven, junto a él, y al caballo. Antes de que se diera cuenta de nada, los esclavos del rey cayeron sobre él y sobre la joven, se apoderaron del caballo y los llevaron a presencia del rey. Éste, al ver el feo aspecto y la mala presencia del sabio, que contrastaba con la hermosura y belleza de la joven, le dijo: «¡Señora mía! ¿Qué parentesco tiene contigo este anciano?». El sabio se apresuró a decir: «Es mi esposa, la hija de mi tío paterno». Pero la joven lo desmintió: «¡Rey! ¡Juro por Dios que no lo conozco y que no es mi esposo! Al contrario: se ha apoderado de mí mediante engaño, por fuerza». El rey mandó entonces apalear al sabio. Lo apalearon hasta dejarlo medio muerto; después ordenó que lo llevasen a la ciudad y lo metiesen en la cárcel. Así lo hicieron. El rey se llevó consigo a la joven y el caballo, sin saber las propiedades de éste ni cómo se manejaba.

Hasta aquí lo referente al sabio y a la joven.

He aquí lo que hace referencia al hijo del rey. Se puso ropas de viaje, tomó el dinero que necesitaba y partió, triste y abatido. Fue de país en país y de ciudad en ciudad, preguntando por el caballo de ébano. Todos cuantos lo oían lo tomaban por loco. Esto duró cierto tiempo, sin que nadie le diera noticia alguna. Se dirigió a la ciudad del padre de la joven y allí preguntó por la muchacha, pero no habían sabido nada más de ella, y el rey estaba muy afligido por su pérdida. Volvió atrás y se dirigió al país de los *rum*, donde preguntó por ellos.

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y ocho*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el príncipe entró en una posada y vio un grupo de comerciantes que estaban sentados hablando. Se acomodó cerca de ellos, y oyó que uno decía: «¡Compañeros! ¡He visto el mayor prodigio!». «¿En qué consiste?». «En cierta ciudad —y citó el nombre de la ciudad en que se encontraba la joven— oí que sus habitantes relataban algo maravilloso: el rey había salido cierto día de caza acompañado por un grupo de cortesanos y grandes del reino. Al llegar a la

campiña, cruzaron una verde pradera y encontraron en ella a un hombre, a una mujer y un caballo de ébano. El hombre era feo, de pésimo aspecto, mientras que la mujer era una adolescente hermosa, bella, guapa, perfecta, esbelta, y el caballo de ébano era uno de los prodigios, pues nunca se ha visto uno más hermoso ni mejor hecho». Los presentes inquirieron: «¿Y qué hizo el rey?». «Detuvo al hombre y le preguntó por la joven; él aseguró que era su esposa, la hija de su tío paterno, pero la muchacha desmintió sus palabras. El rey mandó que lo apaleasen y lo metieran en la cárcel. En cuanto al caballo de ébano, no sé lo que han hecho de él». El hijo del rey se acercó al comerciante y empezó a interrogarlo con buenos modales, hasta enterarse de los nombres de la ciudad y de su rey. Cuando el príncipe se hubo enterado de ambos pasó la noche contento, y al amanecer salió, se puso en camino y no se detuvo hasta llegar a dicha ciudad. Al entrar en ella lo detuvieron los porteros, pues querían conducirlo ante su rey para que éste le preguntara quién era, qué lo llevaba a la ciudad y cuál era el oficio en que sobresalía, ya que aquel soberano tenía por costumbre preguntar a los extranjeros por su persona y por su oficio. Mas el príncipe llegó a la ciudad al atardecer, a una hora en que no era posible conducirlo ante el soberano o preguntar lo que había que hacer con él. Los porteros lo llevaron a la cárcel y lo dejaron en ella. Cuando los guardianes vieron lo hermoso y bello que era, no se atrevieron a meterlo en una celda y le permitieron que se quedase con ellos fuera de las rejas. Sirvieron la cena y comió con ellos hasta hartarse. Luego empezaron a hablar, se acercaron al hijo del rey y le preguntaron: «¿De qué país eres?». «De Persia, del país de los Cosroes». Se echaron a reír, y uno de ellos dijo: «¡Persia! He oído la historia y las aventuras de mucha gente, he visto su situación, pero nunca he visto ni oído a otro más embustero que un persa que tenemos en la cárcel». Y otro guardián añadió: «Ni yo he visto persona de peor figura y de más mal aspecto». Él preguntó entonces: «¿Qué os ha hecho creer que es embustero?». «Asegura que es un sabio. El rey lo encontró cuando iba de caza. Iba acompañado por una muchacha hermosa, maravillosa, preciosa, perfecta, esbelta y de buenas proporciones; tenía además un caballo negro de ébano, como jamás hemos visto otro. La joven está ahora con el rey, el cual se ha enamorado de ella; pero esa mujer está loca, y si ese hombre

fuese un sabio, como asegura, la habría curado. El rey se esfuerza en que recupere su sano juicio. El caballo de ébano está en el tesoro del rey, y tenemos en la cárcel al hombre de mal aspecto. Al llegar la noche llora y se lamenta tristemente por su suerte, y no nos deja dormir».

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas sesenta y nueve*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que al príncipe se le ocurrió entonces una idea para conseguir su propósito. Los carceleros, al irse a dormir, lo metieron en una celda y cerraron la puerta. Oyó que el sabio lloraba y sollozaba por lo que le había ocurrido, y decía en persa: «¡Ay de mí! ¿Qué es lo que he hecho al príncipe? ¿Y qué hice con la joven? ¡No la dejé en paz, y no conseguí mi propósito! Y todo porque he obrado mal. He tratado de alcanzar lo que no merecía ni era propio para un hombre como yo. ¡Quien busca lo que no le conviene, cae del mismo modo que yo!». El príncipe, al oír las palabras que el sabio decía en persa le dijo: «¿Hasta cuándo va a durar este llanto y estos gemidos? ¿Es que crees que lo que a ti te ha ocurrido no le ha pasado a nadie más?». El sabio se consoló con él y se quejó del estado en que se hallaba y de las molestias que le causaba.

Al día siguiente, por la mañana, los porteros llevaron al príncipe ante el rey e informaron a éste de que había llegado el día anterior, a una hora a la cual no habían podido introducirlo. El soberano lo interrogó: «¿De qué país eres? ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu oficio? ¿Por qué has venido a esta ciudad?». «En persa me llamo Harcha; mi patria es Persia; soy sabio, y mi especialidad es la Medicina. Curo las enfermedades y a los locos. Recorro los países y las ciudades con el fin de aumentar mis conocimientos. Cuando encuentro a un enfermo, lo curo. Tal es mi profesión». El rey se alegró mucho al oír estas palabras, y le dijo: «¡Sabio virtuoso! Has llegado aquí en el momento en que te necesitamos». Le explicó toda la historia de la joven, y añadió: «Si la curas y la libras de su demonio, te daré todo lo que me pidas». «Dime cuántos días hace que le dio el arrebató de locura, y cómo has conseguido a la joven, al sabio y el caballo». El soberano le contó toda la historia, desde el principio hasta el fin. Después añadió: «El sabio está en la prisión». «¡Rey feliz! ¿Qué has hecho del caballo?». «Sigue en mi poder,

guardado en una habitación». El príncipe se dijo: «Lo mejor de todo será ver el caballo primero. Si está en buen estado y no le ha sucedido nada, habré conseguido lo que deseo. Si veo que carece de movimientos, idearé una treta para librar a mi amor». Volviéndose hacia el rey le dijo: «¡Rey! Necesito ver el citado caballo; tal vez encuentre en él algo que me ayude a curar a la joven». «¡De buen grado!». El rey se puso de pie, lo cogió de la mano y lo llevó junto al caballo. El príncipe dio vueltas en torno al caballo, lo examinó bien y comprobó que estaba perfectamente, que no le faltaba nada. Se alegró mucho, y dijo: «¡Dios haga fuerte al rey! Quiero visitar a la joven para ver lo que tiene. Espero que Dios la cure por mi mano y con el auxilio del caballo». Ordenó que custodiasen el caballo y fue con el rey a la habitación en que estaba la joven. El príncipe, al entrar, vio que se hallaba postrada y deprimida; no estaba loca, pero fingía estarlo para que nadie se acercase a ella. Al verla en este estado, le dijo: «¡Ningún daño te ha de alcanzar, seducción de los mundos!».

La observó, la trató cortésmente y se dio a conocer. Al reconocerle la muchacha lanzó un grito de alegría y cayó desmayada. El rey creyó que aquel desvanecimiento sería debido al miedo. El príncipe le dijo al oído: «¡Seducción de los mundos! ¡Salva mi sangre y la tuya! ¡Ten paciencia y valor! Nos encontramos en un estado que exige constancia; hemos de buscar un medio para librarte de este poderoso rey. La treta será la siguiente: me presentaré ante él y le diré que la causa de tu enfermedad es un espíritu maligno, que yo le garantizo tu curación siempre que te separe de él. Entonces te abandonará el espíritu maligno, y si el rey viene a verte, recíbelo con buenas palabras para que vea que te has curado gracias a mí. Así llegaremos a conseguir nuestro deseo». «Oír es obedecer», contestó la princesa.

El joven salió de su habitación y se dirigió, alegre y contento, al encuentro del rey. «¡Rey feliz! Para tu contento, he diagnosticado su enfermedad, y he logrado curarla. Entra a saludarla y háblale con dulzura y suavidad; prométele cuanto la pueda complacer y conseguirás de ella lo que desees».

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que el rey fue a ver a la princesa. Ésta se puso de pie y besó el suelo delante de él; le dio la bienvenida, y el rey se alegró muchísimo y ordenó a las esclavas y a los criados que permaneciesen a su servicio, que la condujesen al baño y que preparasen joyas y vestidos. Se presentaron a ella, la saludaron, y ella les devolvió el saludo con las palabras más bellas y su mejor dicción. Después le pusieron un regio vestido, le colocaron en el cuello un collar de aljófares, la llevaron al baño y la sirvieron. La sacaron del baño como una luna llena. Al llegar ante el rey, lo saludó y besó el suelo delante de él. El rey se alegró muchísimo y dijo al príncipe: «Todo esto es debido a tu bendición. ¡Dios aumente, en nuestro favor, tus poderes!». El príncipe replicó: «La curación definitiva sobrevendrá cuando tú, con todos tus cortesanos y soldados, hayas ido al lugar en que la encuentres y lleves contigo el caballo de ébano que estaba a su lado para que yo pueda allí atar al demonio, sujetarlo y matarlo, a fin de que no vuelva jamás a apoderarse de ella». «De mil amores», replicó el rey. Mandó que llevaran el caballo de ébano a la pradera en que lo habían encontrado con la joven y el sabio persa. El soberano montó, en compañía de su ejército, y acompañó a la muchacha sin saber lo que el príncipe iba a hacer. Al llegar al prado, el joven, que aún se hacía pasar por médico, mandó que colocasen el caballo y a la joven algo alejados del rey y de las tropas, a una distancia a la que alcanzase la vista. Dijo al rey: «Con tu permiso voy a quemar incienso y a recitar exorcismos, para encadenar al demonio y evitar que vuelva a apoderarse de ella. Después montaré en el caballo de ébano y haré que la joven se coloque detrás de mí. El caballo se moverá y avanzará hasta ti. Entonces habrá terminado la curación y tú podrás hacer de ella lo que te plazca». El rey se alegró mucho. El príncipe montó en el caballo y colocó a la joven detrás de él, mientras el rey y todas sus tropas lo miraban; la ató fuertemente a sí mismo, y accionó la clavija de subida. El caballo ascendió con ambos por los aires. Los soldados se quedaron mirando hasta que los perdieron de vista, y el rey esperó su regreso durante mediodía. Pero no volvieron. Entonces se desesperó, se arrepintió mucho y se entristeció por verse separado de la joven. En unión de su ejército, regresó a la capital.

Esto es lo que a él se refiere.

Entretanto, el príncipe, lleno de alegría, se dirigió a la ciudad de su padre y se posó encima del palacio. Hizo bajar a la princesa, la dejó en un lugar seguro y corrió a ver a sus padres. Los saludó y los informó de la llegada de la princesa. Ambos se alegraron mucho.

Y aquí termina, por ahora, lo referente al hijo del rey, al caballo y a la joven.

En cuanto al soberano de los *rum*, una vez en su ciudad se retiró a su palacio, triste y cabizbajo. Sus ministros acudieron a consolarlo y le decían: «Quien te ha arrebatado a la joven es un mago. ¡Loado sea Dios, que te ha librado de su magia y de sus engaños!». Fueron hablándole así hasta que lograron convencerlo.

El príncipe, por su parte, ofreció grandes banquetes a los habitantes de la ciudad y...

Sahrazad se dio cuenta de que amanecía e interrumpió el relato para el cual le habían dado permiso.

Cuando llegó la noche *trescientas setenta y una*, refirió:

—Me he enterado, ¡oh rey feliz!, de que las fiestas duraron un mes. Después celebró su boda con la joven, y fueron muy felices. Esto es lo que a él se refiere.

En cuanto a su padre, rompió el caballo de ébano y destruyó su máquina. Después, el príncipe escribió al padre de la joven explicándole cómo se encontraba, que se había casado con ella y que la joven se encontraba con él en el mejor de los estados. Envío la carta con un mensajero, junto con regalos y preciosos obsequios. El embajador, al llegar a la ciudad del suegro, que era Sana, en el Yemen, entregó el mensaje y los regalos al rey. Éste, al leerla, se alegró mucho, aceptó los regalos y honró a su portador. Después preparó un magnífico obsequio para su yerno, el príncipe, y lo envió por medio del mismo mensajero. Éste regresó e informó a su señor de lo mucho que se había alegrado el rey, el padre de la joven, al enterarse de la boda de su hija.

El príncipe escribía cada año a su suegro y le hacía regalos. Así continuaron hasta que murió el padre del príncipe; éste le sucedió en el trono, gobernó con justicia a sus súbditos y se comportó rectamente. El país

le estaba sometido, y las criaturas de Dios le prestaban obediencia. En la más dulce de las vidas, del modo más cómodo y tranquilo, transcurrieron sus días hasta que llegó el destructor de las dulzuras, el separador de las multitudes, el aniquilador de los palacios, el constructor de las tumbas. ¡Gloria a Dios, el Viviente, el que no muere, Aquel que tiene en la mano el Imperio y el Señorío!